

# ESCRITORAS



EVA GONZAY & JULIA C. BROWN

# Contents

[CAPÍTULO 1](#)  
[CAPÍTULO 2](#)  
[CAPÍTULO 3](#)  
[CAPÍTULO 4](#)  
[CAPÍTULO 5](#)  
[CAPÍTULO 6](#)  
[CAPÍTULO 7](#)  
[CAPÍTULO 8](#)  
[CAPÍTULO 9](#)  
[CAPÍTULO 10](#)  
[CAPÍTULO 11](#)  
[CAPÍTULO 12](#)  
[CAPÍTULO 13](#)  
[CAPÍTULO 14](#)  
[CAPÍTULO 15](#)  
[CAPÍTULO 16](#)  
[CAPÍTULO 17](#)  
[CAPÍTULO 18](#)  
[CAPÍTULO 19](#)  
[CAPÍTULO 20](#)  
[CAPÍTULO 21](#)  
[CAPÍTULO 22](#)  
[CAPÍTULO 23](#)  
[CAPÍTULO 24](#)  
[CAPÍTULO 25](#)  
[CAPÍTULO 26](#)  
[CAPÍTULO 27](#)  
[CAPÍTULO 28](#)  
[CAPÍTULO 29](#)  
[CAPÍTULO 30](#)  
[CAPÍTULO 31](#)  
[EPÍLOGO](#)

# ESCRITORAS

EVA GONZAY  
JULIA C. BROWN

Copyright © 2024 Eva Gonzay  
Copyright © 2024 Julia C. Brown  
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2403287507848

# CAPÍTULO 1

—¡No pienso estar ahí con esa impresentable, Javier! —masculla Victoria Rivas, la escritora estrella de Chapter editorial.

La escritora está comiendo en un restaurante absurdamente caro con su editor y viejo amigo, Javier Martínez. Victoria sabía que se trataba de una artimaña en el momento que supo el lugar de la reunión. Está molesta, a sus cuarenta y tres años no le gusta que la tomen por tonta, y mucho menos que intenten obligarla a asistir a una presentación con el nuevo éxito de la editorial; Micaela de Luca Bianchi. Cada vez que escucha su nombre, a Victoria le entran escalofríos.

—Victoria, cariño, tienes que ser más flexible. ¿Es que no recuerdas tus inicios? —pregunta Javier con actitud apaciguadora.

—Ella no me necesita, Javier. Su libro ha alcanzado el top tres de ventas en el país.

—Todos necesitamos apoyo cuando comenzamos. Tú lo tuviste, recuerdo todas las firmas y eventos en los que estuviste acompañada de varios escritores de éxito. Ahora tú eres una autora consagrada, todos te conocen y sigues vendiendo como siempre. Además, piénsalo, puedes ganar más lectores si vais juntas —aplaude eufórico el editor.

—¿Ganar más lectores? Javier, yo escribo romance, amor, historias que te hacen suspirar. Esa chica escribe pornografía —escupe Victoria con cara de espanto.

La tensión se puede cortar con un cuchillo. Ambos se miran intentando no seguir con esa discusión absurda. Victoria sabe que debe apoyar a la nueva generación de su editorial, pero se niega a dar su brazo a torcer tan fácilmente. En la prensa dicen que Micaela es su relevo y a ella al principio le daba igual, pero las ventas se dispararon tanto que empezó a pensar que podía ser cierto. Así que comenzó a leer sus libros y la diferencia entre ellas es abismal, es imposible que esa chica pueda pasar por encima de su carrera y sus logros. Javier lleva casi toda su vida en el mundillo y conoce muy bien todas las estrategias de marketing para ganar lectores, y tiene claro que unir a dos escritoras tan buenas, es un éxito asegurado.

—Reconoce que te has puesto cachonda leyendo los libros de Micaela, sobre todo el último, madre mía, incluso yo me puse cerdo, y eso que a mí las relaciones heterosexuales me dan repelús —suelta Javier de repente.

Victoria lo mira y arruga la nariz, no quiere reconocerlo, pero, finalmente, acaba cediendo ante la cara de expectación de su amigo.

—¡Joder! No sabes la de veces que el succionador se me quedó sin batería en medio de la lectura —dice Victoria soltando una carcajada que es seguida por Javier. Ahora están más relajados.

—Cariño, sabes que tienes que acompañarla, ¿verdad? No quiero que te sientas obligada, y esto te lo digo ya como amigo, a ti te vendrá genial y ella no se sentirá sola. La editorial estará contenta y así todos ganamos —le explica el editor mientras le coge la mano.

—Lo sé, sé que tienes razón. Iré, pero me sigue tocando la moral, Micaela y yo no tenemos nada que ver, somos el cielo y la tierra editorialmente hablando. Venga,

cambieamos ya el tema. ¿Qué tal está tu marido?

—Como siempre —suspira y se acomoda en el respaldo de la silla—. Con sus guardias interminables. Desde que lo ascendieron a jefe de cirugía casi no para en casa. Apenas nos vemos entre eso y mi trabajo, aunque me dijo que iríamos al chalet de la sierra el mes que viene, pero no sé, el último viaje lo canceló. En otro momento hablamos de esto, que hay tela que cortar. ¿Tu hijo, cómo está?

—Con el listo de mi ex. Si algo bueno salió de esa relación fue Daniel. Va muy bien en la universidad y la convivencia con su padre parece que es buena, ¿y cómo no va a serlo? —Victoria pone los ojos en blanco—, si pasa de mi hijo, solo le da dinero y tiene contratada a una chica que le hace la comida y limpia la casa. Ahora aprovecho que he venido hasta Madrid para verlo, lo echo mucho de menos —confiesa Victoria entristecida.

—Es normal que te sientas así, pero te aseguro que está mejor aquí en la capital que allí en Toledo contigo. Tú estás en tu santuario haciendo lo que más te gusta y Dani aquí tiene buenos amigos, vida social y está muy centrado en su carrera. Has hecho muy buen trabajo con él —afirma Javier con una sonrisa en los labios.

—¿Y tú cómo sabes tantas cosas de Dani? —pregunta sorprendida la escritora.

—Te conté que le he encargado algunos trabajos pequeños, es muy bueno en lo suyo, cuando acabe la carrera podría entrar en la editorial diseñando las portadas y maquetando. Alguna vez hemos hablado y me ha contado que está muy contento de estar en la ciudad. Bueno, Vicky, debería irme ya, tengo una reunión en la otra punta de Madrid —le dice Javier mientras levanta la mano para pedir la cuenta.

—Espero que vuelvas a traerme aquí la próxima vez que quieras invitarme a comer, la carne estaba exquisita, sin duda vale cada euro que vas a pagar —sonríe complacida Victoria.

—Eres una cabrona, pediste lo más caro solo para joderme.

—La próxima vez piénsalo bien antes de intentar engatusar a Victoria Rivas con tus artimañas.

—Al menos ha funcionado —murmura el editor con una sonrisa cuando se dirigen a la puerta.

Victoria lo mira con ganas de matarlo, sabe que no le queda otra, pero no le gusta ni un poco tener que estar en un evento en el que la protagonista no será ella, sino una escritora que parece que se ha propuesto mojar las bragas de todas las mujeres que la leen.

## CAPÍTULO 2

—¡Joder, Micaela! Ya quisiera tener yo ese cuerpazo —exclama Valeria, una de las mejores amigas de Micaela de Luca Bianchi, la escritora estrella del momento.

Es en casa de Micaela donde están reunidas el grupo de Las lelas, como se hacen llamar las tres amigas que lo forman. Después de pasearse por cuatro centros comerciales y recorrer medio Madrid, Micaela hace un pase de modelos en la habitación porque aún no ha decidido lo que va a llevar puesto para la presentación de su segundo libro. Está muy ilusionada, no siempre ha tenido mucha fe en ella misma, pero el éxito que están creando sus novelas, es más de lo que jamás había imaginado.

Después de graduarse como periodista en la Universidad Complutense de Madrid, tuvo un bloqueo profesional y no estaba segura de lo que quería. Así que viajó a Italia, de donde son sus padres, y se recluyó durante meses en la casa familiar. Un día, de repente, su vena más creativa salió a flote y empezó a escribir una historia romántica con un punto de erotismo que hasta a ella misma le costaba teclear sin que le temblasen las piernas y se le acelerase el pulso. Decidió saltar al vacío y autopublicó su novela, que para su sorpresa, no solo empezó a venderse muy bien, sino que quedó finalista en un conocido concurso literario. A raíz de eso, varias editoriales se pusieron en contacto con ella y ¿para qué mentir? Se quedó con la que mejores beneficios le ofrecía. Ahora su segundo libro está en el top ventas y es momento de iniciar la gira de presentación. Tiene ganas de seguir petándolo y vivir ese placer de estar en la palestra, rodeada de gente que la admira y aplaude su trabajo.

—Este es el que mejor te queda, Micaela —comenta Ignacia, la tercera integrante del grupo.

—¿Tú crees? ¿No es muy soso? A mí me parece que le falta un poco de escote —rezonga la escritora mientras se mira en el espejo.

—Tú lo que quieres es que se te vean las tetas y poder llevarte a alguna de las lectoras que acudan a la presentación a la cama, guarra —dice Valeria.

—O más de una —interviene Ignacia—, que la última vez te fuiste con dos. No sé cómo lo haces, de verdad. No sé si envidiarte o idolatrarte.

—Todas quieren un poquito de Micaela —explica chula la escritora—. Yo creo que, con el pantalón negro, esta camisa que tiene algo de escote y la americana blanca, me vería bien, ni demasiado seria ni muy fresca —concluye satisfecha, dando un giro de trescientos sesenta grados como si ya tuviese la ropa puesta.

Una vez resuelto el conflicto de la vestimenta, las tres amigas cenan y ven una película. Micaela no está del todo centrada, aunque no lo exprese, tiene muchos nervios. Javier, su editor, le explicó que Victoria Rivas la acompañaría en la presentación. Ha leído algunos de sus libros, para ella son una pastelada, pero se venden como churros. Mañana la conocerá y le pondrá cara, aunque a Micaela poco le interesa hacer nuevas amigas, ella solita ha conseguido un gran éxito y no necesita el respaldo de alguien que escribe novelas cursis.

—No sé por qué tiene que venir —dice frustrada, deteniendo la película ante la cara



de circunstancias de sus amigas.

—¿Venir quién? —pregunta Valeria sin entender nada.

—Victoria Rivas. Es un acto para mi libro, su presencia sobra —se queja Micaela.

La gira de presentación de su segunda novela —la primera con la editorial— comenzó en Barcelona. Hasta llegar al acto de mañana en Madrid, Micaela ya ha pasado por siete ciudades españolas donde no ha necesitado a nadie para llenar las librerías en las que se celebraban los actos, por eso le cuesta entender que, ahora que llega a Madrid, la ciudad donde vive, Victoria deba estar presente.

—Pero si es una escritora fabulosa, a mí me encantan sus novelas —declara Ignacia con los ojos muy abiertos.

—¿Te encantan? Son aburridísimas —bufa Micaela—. Sus romances no tienen chispa, todavía no he leído una sola escena de cama en ninguno de sus libros.

—Pero los has leído —la chincha Valeria.

—Haya paz —interviene Ignacia—, tenéis estilos diferentes, nada más. Yo creo que su presencia sí que te conviene. No entiendo mucho de marketing, pero que una autora de su calibre te acompañe, da a entender que considera que vales tanto como ella, te dará caché.

—Eso es verdad —la apoya Valeria—, y es posible que muchas de sus seguidoras que ni siquiera te conocen, acudan para verla a ella y acaben comprando tu libro. La que sale ganando ahí; eres tú.

—¿Por qué no van a conocerme? —se queja Micaela.

—Deja de pensar que eres una diosa y pon la película de una vez —dice Ignacia dándole un empujón suave en el hombro.

Micaela se ríe y reanuda la película. Es consciente de que se le han subido un poco los humos, o quizá bastante. Lo que muchos autores buscan con empeño y gran esfuerzo durante años, a ella le ha llegado prácticamente sin buscarlo y todavía flota en una nube de la que no le apetece bajar.

## CAPÍTULO 3

Desde que se ha levantado, cada cosa que hace Victoria Rivas, va acompañada de un mal humor que le cuesta controlar. La idea de tener que invertir toda la tarde de un viernes en estar presente en un acto para esa escritora con aires de grandeza, la desquicia de mala manera. Sabe que Javier tiene razón, que ella en sus inicios también tuvo el apoyo de autores muy conocidos del panorama editorial, pero ella no tiene nada que ver con Micaela. Victoria siempre se ha considerado una persona humilde y ha mantenido los pies en el suelo, en cambio, Micaela —por lo que ha podido leer en un par de entrevistas en internet— a pesar de tener solo dos novelas publicadas, ya se cree la Diosa del Olimpo.

—Como si ya lo tuviera todo aprendido —bufa mientras termina de guardar los platos en el armario.

—Venga, Victoria, quita esa cara, sabes que en el fondo te lo pasas bien en estos eventos —dice Javier cuando ella lo avisa de que ya ha aparcado y él, caballeroso y pelotero, sale a buscarla para tratar de apaciguarla.

—En este seguro que no, Micaela no me cae bien —zanja la escritora colgándose de su brazo.

Javier suelta una carcajada, en el fondo, se divierte mucho con la situación.

—Pero si ni siquiera la conoces. ¿O sí? —pregunta y entorna los ojos con gesto intrigado—. No serás tú una más de sus conquistas, ¿verdad?

—¿Una más? —pregunta Victoria sin entender nada.

—Bueno, parece que Micaela es como esos cantantes en los conciertos, que después de actuar, se marchan acompañados de alguna de sus fans —chismorrea divertido.

—¡Qué vergüenza! ¿Y te parece bien? —se escandaliza ella.

Javier se encoge de hombros.

—No seas antigua, Victoria. Micaela es una mujer soltera y libre que puede hacer lo que quiera. Si esas chicas quieren, yo no veo dónde está el problema.

—Pues yo sí, Javi —dice y se detiene de manera tan abrupta, que el editor casi trastabilla—. Ella es escritora, alguien a quien esas mujeres de alguna manera idolatran. Irse a la cama con ellas es peligroso, pueden confundirse y pensar que son las protagonistas de alguna de sus novelas —argumenta Victoria ante la cara de pasmo de Javier.

—¿Hablas por experiencia propia?

—Eres un capullo —escupe Victoria y reanuda el paso.

—Vale, vale —Javier la sigue y vuelve a enganchar su brazo con el de ella—. Tienes razón, visto de ese modo, es un riesgo, pero no es problema nuestro, Micaela ya es grandecita para saber lo que hace.

—Eso desde luego, a mí me da igual lo que le pase a esa engreída.

Javier vuelve a reírse y no dice nada más porque han llegado a la librería. La cola de personas esperando para conseguir una firma, casi llega fuera y Victoria aprieta la mandíbula porque, en el fondo, le molesta que una recién llegada consiga en meses algo que ella se ganó con el paso de los años.

Los dos pasan por el lado de la gente, la gran mayoría, mujeres. Algunas de ellas miran a Victoria y se emocionan, le piden hacerse una foto y que les firme un libro suyo que han llevado al evento al conocer su asistencia, pero la gran mayoría, la observan con cara de circunstancias, dejándole claro a la escritora que desconocen quién es, lo que le provoca sentimientos encontrados. Por un lado, se alegra de no compartir el mismo tipo de lectoras con Micaela porque considera que su forma de escribir es muy diferente, pero por otro, le molesta, le molesta mucho que sepan quién es esa descarada y no tengan ni idea de quién es ella.

—Victoria, cariño, ven. Te presento a Micaela de Luca Bianchi, creo que las dos formaréis una buena alianza. Dos estrellas juntas, qué maravilla —aplaude pletórico Javier.

Victoria no ha tenido tiempo de prepararse para esto, estaba concentrada en la fila de mujeres y sus pensamientos perturbadores y, al girarse, se encuentra con que Micaela está al lado de su amigo y la mira con una sonrisa de oreja a oreja que no le gusta ni un poco.

—Te imaginaba más joven —responde Micaela como todo saludo, dejando a Victoria clavada en el sitio, bloqueada y ofendida.

—Y yo a ti más madura, la verdad —escupe con rabia.

—Chicas, chicas, hagamos el amor y no la guerra. Seamos profesionales, hemos venido a un evento importante, así que vamos a ello —zanja radical Javier que, a pesar de saber de antemano la animadversión que sienten la una hacia la otra, no esperaba en absoluto esta reacción tan infantil por parte de ninguna.

—Sí, hagamos lo que hemos venido a hacer y acabemos con esto cuanto antes —dice Victoria girándose hacia la zona habilitada con un atril, dos sillas y una mesa llena de libros que esperan vender esa tarde. El lugar donde debe presentar a la escritora—. ¿Me explicas lo que debo hacer?

—Claro que sí —contesta Javier mirando su reloj.

Todavía faltan diez minutos para la hora anunciada, pero viendo el panorama, lo mejor es no dar opción a las mujeres a que interactúen entre ellas.

En los siguientes minutos, el editor le explica a cada una lo que debe hacer. La presentación es corta, lo que más tiempo llevará es la firma de ejemplares en la que Victoria no intervendrá, pero debe quedarse hasta acabar el evento. El local está a reventar, han venido muchas personas, sobre todo chicas jóvenes para conocer a su escritora favorita y marcharse a casa con la tan esperada rúbrica.

Victoria camina hacia el atril y recibe un gran aplauso cuando se coloca frente a todas las asistentes, que permanecen sentadas en las hileras de sillas o de pie en los laterales porque ya no quedaba sitio. La escritora intenta calmarse y coloca disimuladamente un papel sobre el atril. En él ha escrito un breve discurso de apoyo a Micaela, ha preferido hacerlo así porque sabe que, si lo improvisa, dirá lo que realmente piensa y es probable que la editorial le rescinda el contrato por hacerles perder dinero cuando todas las presentes se levanten y se marchen corriendo.

—Y ahora, ya os dejo con ella —dice Victoria haciendo una seña amable para que Micaela se acerque.

Este es sin duda el peor momento para ella, porque ahora, delante de todo ese público, deben fingir que se llevan bien y darse un abrazo tal y como les ha suplicado Javier.

—Suerte —le dice Victoria por educación cuando están en pleno abrazo.

—Gracias, pero no la necesito —suelta Micaela, deshaciéndose de ella para colocarse donde más le gusta, delante de su público.

—Te ha quedado muy bien el discurso, Vicky, es que hasta para eso eres buena — comenta Javier en cuanto se coloca junto a él.

—Deja de hacerme la pelota, no me fui en el momento que esa maleducada me insultó porque tengo mucha decencia y compromiso. Dios mío, ¿has visto lo engreída que es? — añade irritada.

—Venga, no exageres. Sé que Micaela es un poco diva.

—¿Un poco? —lo interrumpe Victoria—, se cree que es una diosa, Javi.

—Bueno, puede que tengas razón, pero su personalidad es muy atractiva, mira la fila de gente esperando a que le firme la novela —argumenta el editor.

—¿Personalidad? Que lleva las tetas fuera, Javier. No hace más que provocar y todas esas mujeres de la fila se mueren por follársela —despotrica la mayor de las escritoras.

—¿Celosa?

—Vete a la mierda —bufa Victoria.

—Me voy, pero no a la mierda, cariño. Voy a fumar y que me dé un poco el aire, ahora vuelvo, quédate cuidando a nuestro pichón —comenta Javier con una sonrisa maliciosa mientras sale a toda velocidad del local para evitar un ataque en su contra.

El evento dura varias horas en las que Victoria, además de aguantar estoica, también consigue nuevas lectoras mientras que el editor mata el tiempo saliendo y entrando para calmar su agobio fumando sin parar.

Cuando la firma por fin ha terminado, Victoria se lleva la sorpresa de que en una de esas veces que Javier entra, lo hace acompañado de su hijo Daniel.

—Dani, ¿qué haces aquí, cariño? —pregunta contenta mientras lo abraza.

—Estaba cerca y he decidido pasar a verte, mamá —contesta él entre sus brazos.

—Pues me alegro mucho de que lo hayas hecho —dice ella orgullosa, deshaciendo el abrazo, pero manteniéndolo pegado a su cuerpo justo en el momento que Micaela se acerca hasta ellos.

—¿Qué os parece si para celebrar que la firma ha sido un éxito, os invito a los tres a cenar? —propone el editor ante la cara de espanto de Victoria, que tiene ganas de matarlo.

—Nosotros no podemos —contesta de inmediato la escritora observando a su hijo, que la mira con las cejas arqueadas.

—Lo siento, Javi, pero yo ya he quedado —sonríe pícaro Micaela mientras mira a una chica que espera al fondo del local—. Ya nos veremos, ¿vale? —dice y se da la vuelta dejando al grupo allí para irse con la que será su amante esta noche.

—¿Lo ves? Esta tía se cree que estamos en un club de citas, qué descarada —masculla Victoria escandalizada.

—Mamá, que te va a escuchar —interviene Daniel avergonzado.

—No me importa —responde de forma infantil Victoria.

—A mí me parece guapísima, la verdad, un bombón —vuelva a comentar el hijo de la escritora.

—¿Un bombón? No te quiero ver cerca de ella, ¿me oyes? —lo amenaza su madre con cara de susto—. Esa mujer es una depredadora y no quiero saber lo que haría con un niño como tú.

—Tengo veintiún años, mamá —se queja Daniel—, ya no soy un niño.

—Para mí lo serás siempre, y me comeré a cualquiera que intente hacerte daño.

—Bueno, ahora que Micaela no está en la ecuación, estoy seguro de que sí que me dejas invitaros a cenar, ¿verdad? —dice divertido Javier, guiñándole un ojo a Daniel para

convertirlo en su cómplice.

—Por supuesto, y si es en el restaurante donde comimos el otro día, mucho mejor — responde la escritora.

—No abuses, Victoria —zanja el editor ante la risa espontánea de Daniel.

## CAPÍTULO 4

A Victoria Rivas siempre le ha encantado la Feria del libro de Madrid, aunque en los últimos años, la disfruta mucho más cuando ella es una de las autoras por la que la gente hace cola para llevarse una novela firmada. Sin embargo, este año el sabor será agridulce, porque la editorial ha decidido que ella y Micaela de Luca Bianchi, firmen juntas durante dos tardes seguidas.

Por supuesto, en cuanto se enteró, soltó una serie de improperios y llamó a Javier exigiendo explicaciones y también soluciones, pero su amigo y editor, enseguida se lavó las manos alegando que la orden venía de arriba y que él no podía hacer nada. Además, le recordó lo bien que le viene hacer dupla con la escritora revelación.

—Otra vez con eso, Javier —bufó—. Eres muy listo, cuando quieres escurres el bulto muy rápido —se quejó Victoria.

—Venga, no te pongas así —trató de apaciguarla, obviando decirle que hacía diez minutos que había recibido una llamada parecida de Micaela.

En el caso de la escritora de apellidos italianos, sus reservas no iban tan enfocadas al hecho de tener que estar al lado de Victoria, sino al temor de que le robase protagonismo.

—Ni siquiera tienes que hablar con ella, Vicky, tú dedícate a firmar tus libros y ella los suyos. Todo irá bien, ya verás.

Victoria colgó muy irritada y ni siquiera la presencia de Vicente, ese amante ocasional al que recurre a veces para desahogarse, logró quitarle el mal humor.

Y ahora están ahí. La última vez que se vieron fue en la presentación de Micaela en la librería de Madrid, antes de que la muy descarada se fuera con una de sus lectoras. El saludo entre ambas ha sido un poco incómodo para los trabajadores de la caseta y el propio editor, que han tenido que presenciar cómo se miraban de reojo y se sentaban en sus respectivas sillas tras soltar un ‘hola’ muy escueto y frío que ha dejado clara que la animadversión es mutua.

Llevan más de tres horas firmando cuando Victoria se hace una foto con una mujer y su hija y, tras ellas, se da cuenta de que no hay nadie. Lleva mucho rato deseando que eso pase, necesita ir al baño y estirar un poco las piernas, pero Micaela lo aprovecha para soltarle un dardo envenenado que la deja quieta en la silla.

—¿Ya has terminado de firmar? —pregunta con una sonrisa burlona—, si no acabas todos los ejemplares que la editorial había previsto, a lo mejor te despiden —añade mientras firma un libro.

Victoria se muerde la lengua, ella es una mujer educada y no quiere montar una escena, pero cuando Micaela estira el cuello para ver la cola de gente que todavía tiene y después la mira a ella con aire de superioridad, no puede aguantarse.

—¿Cuántos libros has firmado? —pregunta Micaela con retintín—. ¿Cien? ¿Ciento diez? Yo llevo más de doscientos, tengo la mano medio dormida.

La escritora se levanta y se acerca hasta la silla de Micaela para susurrarle al oído y que nadie más pueda escucharla mientras Javier las observa aterrorizado por lo que pueda

pasar.

—¿En serio eres tan tonta que vas contando los libros que firmas? ¿Es que no tienes nada mejor en lo que pensar?

Javier hace un gesto a la siguiente en la cola y le pide que espere antes de acercarse, solo le falta que escuche algo que no debe y sus dos escritoras estrella acaben siendo las protagonistas de algún chisme que resulte negativo en todos los aspectos y se vean perjudicadas ellas, la editorial y lo peor; las ventas.

—No es que los cuente, solo necesito ver como mis montones bajan mientras que los tuyos siguen ahí. Asúmelo, soy mejor que tú —suelta en un ataque de ego.

—No te equivoques, tu cola es más larga porque llevas un escote escandaloso, así cualquiera vende libros.

—Piensa lo que quieras —dice y se mira orgullosa esa camiseta de tirantes ajustada que tan bien le queda—, pero es mi historia la que está arrasando.

—¿Eres consciente de que mi libro salió hace meses y el tuyo es novedad? Deberías tener algo más de humildad, bonita, me gustará ver lo que vendes cuando la editorial termine las promociones y a la gente se le olvide tu nombre.

Micaela pierde la sonrisa que lucía hasta hace un segundo y se gira hacia ella, quedando tan cerca de su rostro, que sus narices casi llegan a rozarse.

—No necesito la promoción de la editorial para que la gente me conozca, mi historia tiene tanto enganche, que va de boca en boca. ¿Puedes decir lo mismo de la tuya? Deberías retirarte y dejar paso a las nuevas generaciones, lo digo en serio, tu tiempo ya ha pasado. Te haces mayor, Victoria.

—Mira, guapa...

Victoria no puede terminar la frase porque, de repente, se ve arrastrada por el editor, que ha preferido intervenir antes de que estalle la guerra.

—Estábamos hablando —protesta ella con la rabia metida en el cuerpo.

—Me parece estupendo, cariño —dice Javier con una amplia sonrisa—, pero me da que vuestras conversaciones nunca tendrán un final agradable, así que vuelve a sentar ese bonito culo en la silla y sigue firmando, que tienes fila otra vez.

Victoria se gira y todavía se cabrea más cuando se da cuenta de que el poco tiempo que tenía para vaciar la vejiga, lo ha desperdiciado hablando con la escritora porno.

—Es insoportable, no sé cómo la aguantas —dice indignada.

—A mí me da igual cómo sea mientras venda libros, ahora siéntate de una vez para que podamos seguir ganando dinero —dice y le da un suave empujón.

Victoria se deja caer en la silla y se desconecta por completo cuando un joven aparece ante ella para que le firme el libro. Para ella no todo se traduce a números, le encanta el contacto con los lectores y también la idea de que sus historias logren transportarlos a otra parte cuando más lo necesitan.

## CAPÍTULO 5

Nueve meses después

—¡Vamos, Micaela, no caigas ahora! —se dice a sí misma la escritora.

Micaela de Luca Bianchi, la escritora revelación de Chapter editorial, está en su casa a punto de perder la cabeza. Lleva semanas intentando escribir la que será su nueva novela y no encuentra la forma. No le salen las palabras, las ideas que le surgen son aburridas y ha cambiado de trama dos veces. Escribir un solo párrafo le cuesta horrores y cuando lo lee para ver cómo le ha quedado, se da cuenta de que es espantoso y hasta un niño pequeño escribiría con más gancho que ella. De repente le suena el teléfono móvil y el corazón se le desboca cuando ve que se trata de Javier. No se lo coge, sabe perfectamente que es para pedirle el avance del manuscrito y ella no tiene nada para entregarle. En su lugar, espera a que la llamada finalice y decide llamar a Las lelas, necesita ayuda urgente.

—No puedo más, chicas —se queja Micaela cuando sus amigas responden la videollamada grupal.

Antes de poder contestar, le salta una notificación por la parte superior de la pantalla, un mensaje de texto de Javier que le provoca un estallido de ansiedad.

—¿Qué pasa, Ela? —contesta Ignacia llamándola por su mote cariñoso con voz de preocupación.

—Mi editor acaba de llamarme, hace dos semanas que debería haberle entregado parte del manuscrito. Le he dado largas y hoy no le he cogido el móvil, pero está muy enfadado, me ha dejado un mensaje de texto pidiéndome que me presente en su oficina —habla de carrerilla, casi asfixiada de lo nerviosa que se ha puesto.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Por qué no le das lo que te pide? —pregunta esta vez Valeria.

—Joder, Val. Es que no puedo, no he escrito ni una puta palabra. Estoy completamente bloqueada —confiesa Micaela.

Las lelas se han quedado mudas. No saben qué contestar a su amiga, esa que hasta hace poco escribía historias sin el más mínimo esfuerzo y que ahora parece no poder escribir ni un capítulo.

—¿Podéis decirme algo? —insiste la escritora.

—Que reces a todos los santos que conozcas —bromea Valeria en un intento de rebajar la tensión.

—Los santos no pueden ayudarme —protesta Micaela.

—Está bien. ¿Has pensado el motivo por el que estás así de bloqueada? —se pone seria Valeria—. Quizá hay algo que te preocupa y no te deja concentrarte.

Micaela se queda pensativa, pero, finalmente, niega de forma rotunda.

—No, no hay nada. Lo único que me preocupa es estar bloqueada, si sigo así, no podré cumplir con el plazo de entrega y podría tener problemas muy serios con la editorial.

—¿Qué tipo de problemas? —pregunta Ignacia.

—No lo sé, pero seguro que son gordos.



Micaela lamenta haber leído el contrato en diagonal, estaba tan eufórica cuando lo firmó, que solo se aseguró de que le iban a pagar lo que le habían prometido. Ahora desconoce si tiene alguna sanción si se retrasa con la entrega, y está tan cagada, que prefiere no mirarlo para no sentirse más presionada.

—¿Has intentado aislarte? Escribiste tu primer libro internada en la casa de tus padres — dice Ignacia.

—Joder, Ignacia, hace tres semanas que no os veo. No he salido ni a comprar el pan, todo me lo traen a la puerta de casa. He hecho de todo y nada funciona. Estoy muy jodida. Ha sido un placer conoceros.

—No seas dramática —dicen las dos a la vez.

—Habla con tu editor. Es lo único que puedes hacer ahora mismo. No serás ni la primera ni la última escritora a la que le pasa esto. Seguro él sabrá cómo lidiar con este problema —concluye Valeria.

—¿Tú crees? —duda la escritora.

—Pues claro, para eso es tu editor, ¿no? Si quiere sacar tajada de tus libros tendrá que buscar soluciones a problemas como este.

—Valeria tiene razón —la respalda Ignacia—, llámalo antes de que todo sea peor.

—Está bien, gracias por vuestro apoyo, chicas.

Micaela no se lo piensa mucho, siente una punzada de desesperación en el centro del pecho que le recuerda a aquella época en la que se encontraba muy perdida y no sabía qué hacer con su vida. Así que busca a Javier entre sus contactos y hace la llamada antes de que se arrepienta.

—Micaela, ya era hora, me tenías preocupado—responde su editor como todo saludo.

—Hola, Javi. Lamento no haberte llamado antes —titubea nerviosa.

—No importa, la cuestión es que lo has hecho ahora —dice él disimulando el alivio.

—Ya, oye, iré directa al grano, ¿podemos quedar para hablar? Tengo que comentarte algo —pregunta tímida, una actitud jamás vista en público por parte de Micaela.

A Javier le sorprende mucho el tono con el que le habla, le falta toda esa energía y el desparpajo que la caracteriza y tan nerviosa pone a su amiga Victoria.

—¿Estás bien? Me estás asustando —pregunta el editor tratando de que su imaginación no se anticipe y se ponga en lo peor.

—Sí, yo estoy bien, pero hay algunos temas que me gustaría hablar contigo. Es mejor hacerlo en persona, por teléfono no me sentiría cómoda —responde la escritora casi sin respirar.

—De acuerdo, no hay problema. Hoy mismo podemos quedar, a las cinco de la tarde, si te parece bien. Nos vemos en el bar que está en la calle de atrás de la editorial. Así estamos más relajados y me cuentas todo lo que quieras —contesta Javier, entre intrigado, conciliador y preocupado.

—Perfecto, Javi. Estaré allí en unas horas. Y muchas gracias, a veces pienso que estaría desamparada sin ti.

Micaela no se reconoce a sí misma después de pronunciar esas palabras. Hace unas semanas ni se le pasaba por la cabeza pedir ayuda, y ahora no solo hace eso, sino que casi la suplica y eso la hace sentir que retrocede en el tiempo.

—Para eso estoy, guapísima. Nos vemos más tarde —se despide el editor muy sorprendido por su comportamiento.

Micaela comprueba la hora en el móvil y ve que aún queda bastante tiempo para la

cita. Está tan nerviosa que no se puede quedar quieta, así que decide ducharse tranquilamente, vestirse y salir de casa para ir al encuentro caminando. Tiene un paseo hasta el bar, pero a ella siempre le ha gustado andar, la relaja mucho y hace tiempo que no da sus largas caminatas porque desde que sus novelas empezaron a venderse como el pan caliente, Micaela tiene coche, moto y hasta un patín eléctrico que, en realidad, poco uso les da porque el tráfico de Madrid es tan infernal que se suele mover en metro o en Uber.

—Hola, Javi, gracias por reunirte conmigo tan rápido —saluda Micaela a su llegada al bar. Javier la estaba esperando en la mesa donde suele sentarse siempre que queda con alguno de sus escritores.

—¿Cómo estás, cariño? Me has dejado muy ansioso con esa llamada, y un poco preocupado —añade mirándola fijamente.

—No tengo el manuscrito —suelta la escritora a bocajarro, sin ningún preámbulo.

Al editor por poco se le salen los ojos de las cuencas.

—¿Hablas en serio? —pregunta perplejo.

—Ojalá fuese una broma —reconoce avergonzada—. Lo siento, Javi, pero todo este tiempo he intentado escribir basándome en la idea que te mandé.

—Era muy buena —interviene él.

—Ya, pues de allí no salió nada, sentía que los diálogos eran monótonos y los personajes vacíos. Ni siquiera yo conseguía engancharme a la trama. Pensé que ese era el problema, que si no estaba cómoda no podía seguir, así que cambié de idea hasta dos veces y me pasó exactamente lo mismo —confiesa cada vez más nerviosa.

Javier se queda callado observándola y Micaela siente una losa en el pecho que no la deja respirar con tranquilidad. La mente de la escritora trabaja a toda velocidad, baraja ideas que van desde que puedan echarla a la calle hasta que le caiga una demanda millonaria por no cumplir con un contrato. Sería su fin.

El editor decide hablar, la chica está pálida como un papel. Sufre de verdad.

—Te aseguro que no me lo esperaba, pero tampoco me sorprende.

A Micaela las cejas se le elevan debido a la sorpresa que le produce la respuesta del editor.

—Esto suele ocurrir mucho, sobre todo cuando escribes dos novelas que no paran de venderse. Se crea el miedo a no dar la talla, a no escribir una buena historia que guste a los lectores como lo han hecho las anteriores, e incluso, en algunos casos, a no poder llevar el mismo tren de vida porque las ganancias son más bajas —explica Javier de forma cariñosa.

En el fondo, ya se imaginaba que los tiros iban por ahí, el único motivo por el que un escritor no le coge el teléfono a su editor, es porque no tiene nada para darle.

—¿A Victoria también le ha pasado? —la pregunta le sale de la boca antes de que su cerebro pueda filtrarla. Inmediatamente, se siente estúpida y muy infantil, pero ya es tarde para rectificar, y Javier la ha escuchado a la perfección.

—No —contesta él sin poder contener un intento de sonrisa—, a Victoria no le ha pasado nunca, pero no estamos hablando de ella, estamos hablando de ti —zanja Javier, sabiendo que, si le cuenta eso a Victoria, su amiga se regodearía durante lo que queda de año.

—Estoy agotada mentalmente —dice Micaela frotándose las sienas—, llevo semanas frente al portátil y solo veo el cursor titilar en el programa de escritura durante horas —confiesa con la voz rota—. ¿Qué hago? —pregunta casi suplicando.

—Lo primero, es que debiste llamarme en cuanto empezaste a sentirte así. Yo estoy

aquí para ayudarte, Micaela. Mi trabajo, entre otras cosas, es ofrecerte todas las herramientas necesarias para que puedas salir del estado en que te encuentras y que no te permite escribir —le dice Javier, esta vez con un ligero tono de reproche.

A Micaela no le queda más remedio que aguantar el tipo y aceptar que tiene razón por mucho que le escuece encontrarse en esa situación tan delicada, cuando hace apenas unos meses, parecía que se iba a comer el mundo.

—Lo sé, Javi. No puedo hacer otra cosa que disculparme contigo y pedirte que me ayudes —dice haciendo un mohín con los labios.

—Tranquila, saldrás de esto. Creo que tengo una buena idea que te sacará de este bloqueo de una vez por todas.

—¿En serio? —pregunta emocionada.

—Ya lo creo, tú déjame que le dé un par de vueltas. Te llamaré mañana. Ahora vete a casa y descansa, olvida el portátil por hoy.

—Gracias, Javi, me salvas la vida —dice sintiendo un cúmulo de emociones.

Javier le sonrío y asiente mientras su mente sigue pensando si lo que se le ha ocurrido será una buena idea o, por el contrario, empeorará la situación de Micaela.

## CAPÍTULO 6

Victoria está nerviosa, no saber las cosas la pone de mal humor y no le permite centrarse, se vuelve errática y despistada, la prueba está en que esta mañana ha guardado un paquete de arroz en la nevera y ha estado diez minutos buscando su móvil cuando lo tenía en el bolsillo. La culpa de todo la tiene su amigo Javier, que la ha llamado a primera hora para citarla en la editorial para una reunión sobre la que no le ha querido dar detalles alegando que no podía. Eso sí, como siempre, le ha prometido que después la invitará a comer.

Desde entonces, Victoria no ha dejado de darle vueltas al asunto. Que ella sepa, no tiene ningún tema pendiente con la editorial, el contrato de su siguiente novela ya está firmado y va tan adelantada, que es imposible que la reunión tenga algo que ver con eso.

—Quizá sea para elegir la portada —piensa en voz alta mientras conduce de Toledo hasta Madrid.

Enseguida lo descarta y hace un chasquido con la lengua contrariada. Sabe que Javier no tendría tanto secretismo para algo así, además, todavía no ha terminado de decidir el título de la novela, por lo que la portada tiene que esperar.

Victoria llega a la sede Chapter editorial diez minutos antes de la hora acordada. Esperaba ver a Javier en la puerta como hace siempre, y no encontrarlo, solo la pone más nerviosa y le incrementa el mal humor.

—Buenos días, Victoria —la saluda el conserje, un señor simpático de pelo canoso recogido en una coleta que ya estaba allí cuando Victoria empezó su andadura con la editorial.

—Buenos días, Juan —sonríe ella—. ¿Sabes si ha llegado ya Javier?

—Sí, hace bastante, estará en su despacho, ¿quieres que le avise? —se ofrece señalando el teléfono que tiene sobre la mesa.

—No hace falta, ya subo. Que pases un buen día.

Victoria entra en el ascensor echando chispas por los ojos, no comprende tanto secretismo y le enfada mucho no haber llegado con más tiempo para interrogar a su amigo antes de la reunión, pero la culpa la tiene él, la ha avisado muy tarde a pesar de que sabe que Victoria vive a una hora de la capital.

—Cabrón —masculla mientras camina por el pasillo.

La escritora comprueba la hora en su reloj y ve que faltan dos minutos para el inicio de la reunión, así que tuerce por otro pasillo para ir directa a la sala de reuniones, porque si hay algo que no soporta, es la impuntualidad, ni la suya, ni la de los demás.

—¿Qué haces aquí? —Victoria estaba tan ofuscada y concentrada en no llegar tarde que, hasta que no le ha hablado, no se ha dado cuenta de que la mujer que espera frente a la puerta de la sala de reuniones es Micaela.

La mira con perplejidad, intentando que su cabeza le permita descubrir cómo encaja la escritora porno en la ecuación.

—¿A ti qué te importa? —contesta igual de borde que la escritora de apellidos italianos.

—En realidad, nada —responde Micaela y se pone a mirar las redes sociales en su

móvil.

A Victoria le hierva la sangre, bastante malhumorada está ya como para rematar la mañana encontrándose con semejante elemento.

—Aquí están mis dos mujeres favoritas —dice Javier saliendo de los baños que hay justo enfrente de la sala.

A Victoria le da la sensación de que estaba escondido ahí como una comadreja, haciendo tiempo para que ellas llegasen y no pudiesen protestar, lo que corrobora cuando intenta abrir la boca.

—Javi, ¿podemos hablar un segundo?

—Lo siento, cariño, pero tendrá que ser después, ahora tenemos que entrar, nos están esperando —dice el editor, extendiendo los brazos para abarcar a las dos escritoras.

—¿Nos esperan? —Victoria mira a Micaela con la misma cara de espanto que Micaela la mira a ella.

—Eso he dicho —Javier sonríe y abre la puerta para que ninguna de las dos pueda protestar.

Dentro de la sala, se encuentra con un hombre y una mujer que Victoria sabe que pertenecen a la junta directiva. Él es el director de marketing y ella es la editora jefa.

Tras los saludos y apretones de manos, las dos escritoras toman asiento, una a cada lado del editor.

—Supongo que estáis deseando saber por qué estáis aquí —empieza a decir Inés, la editora jefa.

—Pues no —suelta Victoria más tensa que la cuerda de una guitarra.

—La verdad es que no he tenido tiempo de ponerlas al día —sonríe el editor sin atreverse a mirar a su amiga.

—Bueno, en ese caso me complace ser yo misma la que os dé la noticia —sonríe Inés—. Tras reunimos ayer después de conocer el bloqueo de Micaela...

A Victoria los ojos se le desorbitan y gira el cuello hacia la que considera su enemiga, comprendiendo que sea lo que sea lo que pasa, es culpa de ella.

—La propuesta de Javier de que escribáis un libro a cuatro manos nos pareció una maravilla. No nos podemos permitir más retrasos con las fechas de Micaela y su bloqueo parece serio. Podemos justificar el retraso de su siguiente novela en solitario si antes añadimos al calendario de publicación una escrita por las dos, y tú, Victoria, vas sobrada de tiempo con la tuya, así que no creemos que esto te suponga ningún contratiempo.

Victoria escucha la voz de Inés como si estuviera distorsionada dentro de su cabeza. Tiene ganas de gritar, pero sobre todo tiene ganas de matar a Javier, el propulsor de semejante despropósito. ¿Cómo puede hacerle esto sabiendo que no se soportan?

—No sé si es buena idea, Micaela y yo tenemos estilos muy diferentes —dice intentando evitar verse envuelta en esa situación que le parece insufrible.

—En realidad, no tanto, las dos tenéis una forma de comunicar muy parecida —interviene por primera vez el director de marketing—, la diferencia entre ambas radica en que tú te centras más en lo que sienten los personajes y Micaela en escenificar las escenas eróticas con exquisitez.

—Exacto —lo apoya Inés—, pensamos que una fusión de esas dos cosas tiene que dar como resultado una historia que volverá loco al público femenino, que es vuestro principal sector.

Victoria se da cuenta de que no tiene nada que decir, ellos han decidido por ella y

seguramente ya han hecho números y se están frotando las manos. Micaela, por su parte, está conteniendo la rabia, no sabe qué le molesta más, si tener que escribir con Victoria o que se haya enterado de que está bloqueada.

—En fin, dicho esto, nos gustaría que la novela saliese publicada en la fecha que teníamos prevista para la de Micaela, como mucho con un mes de retraso, así que debéis ponerlos a ello con esmero —dice Inés—. Javier os dará los detalles del plan.

—¿Qué plan? —pregunta Victoria aterrorizada.

—¿Qué detalles? —abre la boca por primera vez Micaela.

—Hemos pensado que lo mejor es que os aislemos en un retiro hasta que escribáis el libro, cero distracciones, máxima productividad —dice Javier acojonado, sabiendo que en cuanto salga de ahí, su amiga le va a saltar encima como una pantera.

—Estupendo, pues creo que eso es todo —concluye Inés con expresión satisfecha—, si me disculpáis, me esperan en otra reunión.

El grupo se disuelve y, cuando los directivos desaparecen, las dos escritoras abordan a Javier hablando al mismo tiempo de manera histérica.

—¡Vale, vale, un segundo! —alza la voz agobiado—. Victoria, espérame aquí unos minutos, ¿quieres hacerme ese favor?

Victoria lo mira perpleja, ¿cómo se atreve a pedirle un favor después de la puñalada que acaba de asestarle?

—No, no quiero —espeta irritada.

—Será un momento, por favor —suplica al mismo tiempo que coge a Micaela del brazo y la arrastra de nuevo a la sala de reuniones para hablar con ella a solas.

—Te espero en el restaurante de siempre —bufa Victoria y se marcha a paso firme por el pasillo.

—No pienso escribir con ella —suelta Micaela en cuanto se queda a solas con Javier—. Si esa es tu solución a mi problema, ya puedes buscar otra —añade y se cruza de brazos, herida en su orgullo.

—No hay otra mejor que esta, Micaela. Suponiendo que logres superar ese bloqueo tú sola, ya no te da tiempo a escribir algo decente y tú lo sabes. Te estoy salvando el culo, Victoria es tu única opción. Ella conoce muchas técnicas y tiene mucha experiencia. A su lado, verás cómo te sueltas y escribes sin darte cuenta.

—No la necesito, solo quiero que me digas cómo desbloquear esta cabeza —dice y se da un golpe con la palma de la mano.

—Te equivocas, sí que la necesitas, si no entregas el manuscrito a tiempo, la editorial puede demandarte y te aseguro que tu carrera podría acabar de un plumazo.

A Micaela le cambia la cara.

—¿Harían eso?

—¿Quieres comprobarlo? Les he vendido que aplacen la publicación de tu libro a cambio de publicar uno a cuatro manos entre las dos, es todo lo que he podido conseguirte y te aseguro que no todo el mundo tiene estas oportunidades. Sé que no os soportáis, pero Victoria es tu herramienta para salvar este bache y aprender todo lo que puedas, así que aprovéchala —dice el escritor con firmeza.

—Está bien —acepta Micaela a regañadientes, sabiendo que, en el fondo, su editor tiene razón.

—Perfecto, no quiero escuchar más quejas sobre este asunto, me voy a comer con Victoria, ya hablaremos.

Victoria se ha pedido una copa de vino del más caro que ha visto en la carta. No es que sea una gran catadora ni sepa distinguirlos especialmente, lo único que quiere es que Javier pague una cuenta bien abultada, por eso ya ha seleccionado también los platos más caros de la carta.

—Eres un puto traidor —suelta en cuanto él se sienta frente a ella.

—Sé que crees que te estoy jodiendo, pero piénsalo bien, Vicky, Micaela está bloqueada y no tiene tiempo de entregar su manuscrito, esto es una jugada para salvarle el culo, sí —reconoce y la mira fijamente—, pero también es tu oportunidad para bajarle los humos.

Victoria iba a protestar, pero tras escuchar esto último, una ligera sonrisa maquiavélica comienza a estirarle los labios y Javier sabe que ha logrado su objetivo: sus dos escritoras estrella van a escribir un libro juntas.

## CAPÍTULO 7

Victoria y Micaela van de camino a Vinuesa, una población de menos de novecientos habitantes situada al norte de Madrid, en la provincia de Soria. Allí se encuentra la casa en la que la editorial ha decidido aislarlas para que escriban el libro, y es donde pasarán las próximas semanas.

Su aventura juntas comienza con un silencio muy incómodo. Se han saludado de manera fría al encontrarse y Micaela se ha puesto al volante mientras que Victoria ha maldecido las casi tres horas que tienen de trayecto.

—Pon la radio y deja de quejarte, a mí me gusta esto tan poco como a ti —suelta Micaela mirándola de soslayo.

—Puede que te guste poco, pero que no se te olvide que estamos aquí por tu culpa —contraataca Victoria disfrutando cada palabra que sale de su boca.

—Yo no he pedido esto —protesta Micaela con la mandíbula tensa.

—Ya, pues parece que no confían en que puedas apañarte sola y te han puesto una niñera. Ahora cállate de una vez y déjame ver lo que tienes escrito para saber en qué punto estás.

—Lo que tengo escrito no es relevante, eso es para mi libro y nosotras vamos a comenzar una trama nueva —se exaspera Micaela, con el orgullo cada vez más herido.

—Sí que es relevante para mí, tengo que saber a qué me enfrento.

Aprovechando que están paradas en un semáforo, Micaela le envía el mismo archivo que le había enviado a Javier la primera vez, el que después reescribió dos veces y acabó borrando. Victoria se recuesta en el asiento con gesto desgarrado, dejándole claro a Micaela que lo que tiene entre las manos le importa entre poco y nada, y comienza a leer.

Micaela, a pesar de que por dentro estalla de rabia por no poder defenderse de los ataques de Victoria —que sabe que merece por su comportamiento altivo y provocador de las veces que se han visto— agradece el silencio cuando la escritora se pone a leer, pero al mismo tiempo, tiene un nudo de ansiedad en la boca del estómago y no deja de mirarla de reojo, tratando de valorar sus gestos al leer, mientras se pregunta si realmente es tan malo como ella piensa o quizá sea salvable en opinión de la escritora consagrada que se sienta a su lado.

Por fin salen de Madrid y Micaela consigue relajarse un poco, aunque no le dura mucho, porque Victoria termina de leer y lo que suelta por la boca no es precisamente agradable.

—Esto es una porquería, si pretendes utilizar esta historia vas a tener que reescribirla entera, ¿qué coño te ha pasado? —escupe sorprendida.

Victoria no es fanática de los libros de Micaela, pero su narrativa le gusta y lo que acaba de leer carece de ese toque de frescura que caracteriza a la escritora que tiene al lado. Los dos capítulos que ha leído son tan planos que, si llega a ser de noche, se habría quedado dormida.

—¿Por qué crees que estamos aquí? Estoy bloqueada, ¿de acuerdo? Todo lo que me sale es mierda como esa, y no me ayuda que vengas tú a restregármelo por la cara —dice



Micaela, tan enfadada como ofendida.

—¿Quieres que te aplauda? Si está mal, está mal, y hay que decirlo para que mejores. ¿Sabes la de escritores que hay por ahí a quienes la carrera se les va a la mierda por estar rodeados de gente que no es capaz de decirles la verdad a la cara? No puedes mejorar si no sabes lo que haces mal —explica Victoria muy seria.

—Pero ese no es mi problema, mi problema es que no me sale nada.

—Claro que es tu problema —Victoria se enciende y la señala—. ¿Por qué te piensas que te pasa lo que te pasa? Porque tienes un ego como una catedral, te crees que eres una diosa de la escritura cuando apenas acabas de comenzar. Has tenido un éxito, eso es cierto, pero ahora te has cagado en los pantalones porque te da miedo que tu siguiente libro no esté a la altura de ese.

Micaela abre la boca para contestarle un montón de idioteces que le pasan por la mente en ese instante, pero las palabras mueren antes de salir cuando se da cuenta de que quizá esa escritora tan insoportable que tiene al lado, tiene razón. De repente siente que se desinfla y tiene ganas de gritar, porque una cosa es que tenga razón y otra que ella se lo reconozca, su orgullo no se lo permite.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? —pregunta en lugar de reconocer que Victoria está en lo cierto.

—Pues un poco sí, te acabas de caer del pedestal en el que tú solita te habías subido —se regocija Victoria con una sonrisa maliciosa.

—Eres... —Micaela la mira un instante mientras piensa qué decirle, instante suficiente para que no vea un bache enorme y meta la rueda de lleno haciendo botar el coche asustándolas a ambas.

—Encima de una escritora pésima eres gilipollas —suelta Victoria con la mano en el pecho.

—Tú tienes la culpa, deja de meterte conmigo, joder —chasquea la lengua Micaela.

Victoria la mira a punto de despotricar un poco más, pero al verla con la expresión tensa y la cara tan roja, piensa que igual se está pasando un poco. Ella no ha tenido la mala suerte de tener un bloqueo con la escritura, pero es consciente de que le puede pasar en cualquier momento, y si le pasa, no quiere que haya alguien a su lado que se lo restrigüe continuamente, así que decide callar, aunque el silencio dura muy poco dentro del vehículo, porque el coche hace un movimiento raro y el volante comienza a vibrar.

—Mierda —masculla irritada Micaela—. Me parece que hemos pinchado la rueda trasera derecha.

—No me extraña, con el socavón que te has comido, lo raro es que no hayamos pinchado también la delantera —dispara Victoria sin poder contenerse.

Micaela suelta un resoplido que le mueve el pelo del flequillo y pone el intermitente para salir de la carretera y aparcar en el arcén. Las dos bajan del coche al mismo tiempo y, mientras Victoria saca el triángulo para señalar que tienen una avería, Micaela mira la rueda con gesto contrariado.

—¿Esperas que se cambie sola? —pregunta Victoria cuando regresa a su lado.

—Pues sería genial, porque yo no sé cambiarla —espeta dejando tiesa a Victoria.

—¿Cómo que no sabes? Es una jodida rueda y hemos pinchado por tu culpa, así que saca el gato y remángate un poco, bonita.

—Muchas gracias por reconocer que te gusto, pero mejor llamo a la grúa.

Victoria ve pasar un camión y se siente tentada de darle una patada a Micaela y tirarla

debajo para acabar con su ego.

—No tengo cobertura —dice Micaela elevando el móvil hacia el cielo—. Nada, ni una raya. ¿Tú tienes?

Victoria saca el suyo y comprueba con espanto que tampoco tiene cobertura.

—No, y no me extraña, estamos en medio de la nada.

—Pues yo no pienso ir caminando hasta la próxima gasolinera, ya sabes lo que pasa en las películas, a las chicas guapas las acaban matando.

—Porque son tontas —suelta Victoria.

Micaela le dedica una mirada asesina, pero se calla cuando Victoria abre el maletero.

—¿Qué haces? —pregunta situándose a su lado, con gesto curioso y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Sacar el gato. Si no tenemos cobertura y tú no tienes intención de hacer nada, alguien tendrá que cambiar la rueda, digo yo.

Micaela parpadea y sonrío divertida.

—¿Y la vas a cambiar tú? —pregunta sorprendida.

—Mira, Micaela, si no vas a ayudar, apártate y deja de hacer preguntas estúpidas.

Victoria saca la rueda de recambio con esfuerzo y la deja en el asfalto, apoyada contra el coche. Después coge el gato, lo coloca en su sitio y lo hace subir hasta que la rueda pinchada queda suspendida en el aire.

Micaela se toma al pie de la letra las palabras de Victoria y se quita del medio, sentándose a un lado mientras mira fotos en el móvil. Victoria tiene que hacer esfuerzos sobrehumanos para aflojar las tuercas de la rueda, y cada vez que logra quitar una, mira de reojo a la escritora y suelta un resoplido.

—¿Puedes mover el culo y traer la rueda? —espetea de malas formas.

—Aclárate, Victoria —dice chula Micaela—, primero que me quite y ahora que te ayude, si eres así de indecisa con todo, no vamos a acabar el libro a tiempo.

Victoria deja caer la llave que tiene en la mano contra el suelo, provocando un ruido estridente que asusta a Micaela, que se gira y la mira exigiendo una explicación.

—La he soltado para evitar la tentación de darte en la cabeza con ella. Así que dame las gracias y trae la rueda —suelta y por primera vez, hace reír a Micaela.

Veinte minutos después, la rueda está cambiada y Victoria tiene las manos llenas de grasa y la espalda tan sudada, que se da asco a sí misma.

—Esto es culpa tuya —dice mientras Micaela le tira agua de una botella en las manos—. Cuando lleguemos, seré la primera en ducharme.

—Me parece bien, porque hueles fatal.

Victoria alza la vista echando fuego por los ojos y se encuentra con la expresión divertida de Micaela, que solo bromeaba.

—Vale, está bien —dice la escritora de apellidos italianos—. ¿Qué te parece si te lo compenso haciendo yo la cena?

—Es lo mínimo que puedes hacer, y espero que se te dé mejor cocinar que escribir —escupe sin poder aguantarse.

## CAPÍTULO 8

—¡Por fin hemos llegado! No veía la hora de salir de ese coche —masculla Victoria, que entra como un vendaval en la casa que compartirá con la escritora porno durante un tiempo que se le antoja infinito.

Micaela pone los ojos en blanco, siente que la convivencia con Victoria será imposible. Pero, aunque no lo reconozca en voz alta, necesita salir de ese bloqueo infernal que la tiene atemorizada. De golpe y porrazo, ha visto su sueño trastabillar, no puede creer que le cueste tanto escribir una triste escena si hace unos meses podía hacerlo hasta de pie en su móvil mientras hacía la cola en el supermercado.

—¡No me lo puedo creer! Voy a matar a Javier —escucha a Victoria aullar como una loba rabiosa.

—¿Qué pasa?, ¿es que no te cansas de quejarte? —pregunta la escritora de apellidos italianos mientras llega hasta Victoria, suelta una carcajada repentina al verle la cara de enfado y la frente con una mancha de grasa que antes no tenía.

—Hay una sola habitación —le contesta más cabreada al ver la sonrisa burlona que Micaela parece llevar tatuada en el rostro.

—No me jodas —la sonrisa de Micaela ha mutado a un gesto de horror—. Habrá que echar a suertes la habitación —resuelve.

—Pero ¿de qué hablas? —pregunta Victoria, que no puede creer la solución tan absurda que plantea Micaela.

—Anda, dame una moneda, que yo no tengo. La gente de tu edad es la que lleva efectivo —sigue la menor de las escritoras haciendo rabiar a una muy roja Victoria—. La que gane se queda con la habitación, la otra tendrá que dormir en el sofá.

—La verdad es que tienes mucha imaginación, qué lástima que no la uses para darle vida a tus historias —dispara Victoria un dardo envenenado. Sin contemplación—. En todo caso, deberías dormir tú en el sofá, que fuiste la que nos metió en este sitio en medio de la nada. Además, como bien repites, soy mayor y necesito descansar bien.

Micaela ve, perpleja, como Victoria abre su maleta y deja la ropa sobre la cama. Elige unas cuantas prendas y pasa por su lado —hacia lo que ella supone— es el lavabo para darse una ducha. Ni de coña va a dormir en el sofá, la cama es inmensa y hay sitio de sobra para las dos. Así que hace lo mismo que su compañera y empieza a deshacer la maleta, necesita organizar su ropa y los artículos de uso personal porque si no, se pone muy nerviosa. No entiende a los que se van de viaje durante días y lo dejan todo dentro del equipaje. De pensarlo, le dan escalofríos, reconoce que tiene manías muy particulares.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta Victoria entrando a la habitación con un conjunto de color gris plomizo y una toalla enrollada en la cabeza. Alza las cejas cuando ve que Micaela tiene la mitad del armario lleno con su ropa organizada por colores.

—En esta cama hay suficiente espacio para las dos. Además, el colchón es muy cómodo y las dos vamos a poder descansar bien —contesta tranquila mientras observa, con gran satisfacción, que su parte del armario está en perfecto orden.

—Vaya cara tienes, bonita —responde Victoria con el ceño fruncido.

—¿A que sí? —pregunta Micaela burlona—, sé que te gusto, aunque lo niegues —se ríe utilizando en otro sentido la frase a la que Victoria hizo referencia.

Victoria la ignora, presente que, si le sigue el juego, será un nunca acabar. Micaela parece que siempre tiene una respuesta preparada para todo y para ella eso es agotador, como discutir con su hijo cuando era adolescente. La escritora toledana coge todo lo que tiene en su maleta y lo coloca en la parte que quedó vacía en el armario mientras a Micaela se le erizan los pelos de la nunca al ver como, la mayor de las dos, empuja la ropa en las baldas sin el más mínimo cuidado y orden.

—Voy a la cocina a preparar la cena, espero que no tengas ninguna alergia —comenta Micaela saliendo de la habitación sin darle tiempo a Victoria a contestar.

La joven escritora abre la nevera y observa con agrado que está completamente llena, no les faltará de nada, además, todo se ve de exquisita calidad.

—Yo suelo cenar ligero, no vayas a preparar una guarrada —aparece Victoria tan sigilosa que, Micaela, quien tenía medio cuerpo metido en la nevera, se sobresalta y se golpea la cabeza.

—Joder, con lo que hablas y te quejas, ya podrías hacer un poco más de ruido cuando caminas —brama mientras se masajea el cogote.

Victoria se da media vuelta ignorando los lamentos de la joven escritora y se sienta a la mesa que hay en una esquina de la inmensa cocina. Se coloca las gafas de pasta que usa para leer y abre su portátil para revisar su correo electrónico. Micaela la observa durante unos segundos, pero se gira con rapidez y vuelve a la nevera, quiere preparar la cena e irse a la cama.

## CAPÍTULO 9

—¿Puedes quitarme la pierna de encima? No puedo ni moverme —refunfuña Victoria intentando despertar a Micaela. Ambas han amanecido muy juntas y sudadas.

—Vaya noche la que me has dado —se mueve malhumorada la escritora de apellidos italianos—, roncas como un cerdo, es como dormir con un camionero pasado de alcohol.

—¡Yo no ronco! En cambio, tú no paras de moverte. Encima con el calor que hacía y tú pegada a mí toda la noche, estoy asada.

—Nadie te manda dormir tapada como una monja de clausura, haberte puesto un pijama más ligero —dice Micaela mientras salta de la cama en busca de café. Como buena descendiente de italianos, necesita su espresso nada más despertar.

—No me fío de ti —murmura la mayor de las escritoras sin que la escuche Micaela y va directa a la ventana para abrirla y ventilar esa habitación en la que se siente un aire muy cargado.

Victoria se ducha y va a la cocina para tomar sus infaltables tostadas con aceite y el café con leche manchado que tanto le gusta. Mientras baja las escaleras, un olor inunda sus fosas nasales, pero no para bien, el olor a fritanga tan temprano por la mañana, le desagrada.

—¿En serio vas a desayunar eso? —pregunta perpleja al ver a Micaela engullendo un trozo de beicon. En su plato hay dos huevos fritos, queso cortado a trozos, un par de salchichas y una rebanada de pan.

—Debo tener fuerza para aguantar las jornadas maratonianas, ya me entiendes —Micaela le guiña un ojo a Victoria, que se espanta al imaginar a la escritora porno en la cama.

—Eres una guarra —suelta Victoria y se mueve para sacar la leche de la nevera—. Y date prisa, que tenemos que preparar la trama. Cuanto antes comencemos, antes se acaba este calvario.

—¿Cómo que preparar la trama? Yo nunca he trabajado así, voy escribiendo lo que se me ocurre.

—Pues así te va. Ya ves que esa técnica no te funciona —arremete maliciosa. Victoria disfruta mucho de esos momentos.

—Lo que me pasa a mí es algo temporal —responde Micaela no muy segura de sus propias palabras—. Deberíamos comenzar describiendo a las protagonistas follando, sería un buen inicio —opina con la boca llena y los labios brillantes de grasa.

—¿Tú es que no piensas en otra cosa? Y usa servilletas, que están ahí para algo —dice la escritora veterana, aún impresionada con todo lo que come Micaela y el cuerpazo que mantiene.

—Te guste o no, ese tipo de escenas enganchan mucho. Es un libro de las dos, la mayoría de las lectoras van a esperar que las escriba, así como otras querrán leer las cursiladas que te fascina escenificar.

Victoria sabe que la joven escritora lleva razón, pero le da rabia admitirlo. Así que, sin decir nada, se da la vuelta y se dirige a la mesa que está en el salón. La noche anterior decidieron que ese va a ser el lugar para trabajar, es más amplio y luminoso. Se sienta y se

bebe lo que le queda de café con leche de golpe. Ha pasado de las tostadas, se le ha cerrado el estómago al ver tanta comida grasienta junta. A los pocos minutos, aparece Micaela y se sienta a su lado, observando como la veterana abre un programa de escritura y empieza a organizar unas fichas con diferentes categorías.

—Comenzaremos como has comentado —accede Victoria entre dientes y ve por el rabillo del ojo la amplia sonrisa insoportable de su compañera—, pero antes tenemos que hacer una lluvia de ideas. Vamos a escribir una nueva historia y descartar lo tuyo.

—Me parece bien. Yo tengo varias notas apuntadas, quizá alguna sirva de base —comenta Micaela mientras abre su portátil de última generación.

—Con lo que leí de tu última idea, dudo mucho que podamos arrancar con algo tuyo. Ahora mismo nos conviene poner la mente en blanco y empezar a escribir cosas nuevas, es algo que a mí me funciona cuando las que ya tengo apuntadas, no me convencen —esta vez Victoria no lo dice para molestarla, sino más bien para ayudarla. Quiere darle vida a la historia y trabajar en ella sin demora para volver a Toledo —su refugio— lo antes posible.

—¿Tú te atreverías a escribir una escena de sexo? —pregunta de repente Micaela mientras contiene la risa—, es que he leído algún libro tuyo y tus protas no pasan de darse un beso y como mucho, un abrazo.

—El hecho de que no me guste escenificar el porno que a ti te gusta escribir, no significa que no sea capaz de hacerlo. Tengo la suficiente experiencia para describir largas secuencias sexuales. No lo hago, simplemente, porque no es mi estilo —explica Victoria, que se ha girado en su silla y mira directa a los ojos de Micaela.

—¡Wow! Doña experimentada, aparte de estar casada media vida, ¿qué otras cosas emocionantes has hecho? —pregunta Micaela, quien se ha puesto cómoda sentada en modo indio, apoyando la cara en la mano del brazo izquierdo que reposa en la mesa.

—Podría mandarte a la mierda y decirte que no es tu problema, pero me apetece saciar tu curiosidad. Estuve casada varios años con el padre de mi hijo Daniel. Pero también he estado con varias mujeres, he disfrutado durante un tiempo de una relación abierta y ahora mismo tengo un amante ocasional —finaliza Victoria con una sonrisa burlona de las que está cansada de ver en Micaela.

—Joder con la madurita —sale de la boca de Micaela un comentario genuino. Jamás pensó que Victoria fuese tan abierta y algo le dice que no miente, no tiene motivos para ello.

—Espero que ahora te quede claro que escribo lo que me gusta y, aunque disfruto de otros placeres, prefiero guardar esas sensaciones para mí —zanja Victoria.

—Pues yo nunca he estado con un hombre. No es que me dé asco o algo, pero siempre he sentido debilidad por las mujeres —revela Micaela. Se siente cómoda hablando con Victoria de esos temas y eso la desconcierta.

—¿En serio? Pensaba que eras de las que se acuesta con todo lo que se mueve —suelta la veterana, que hasta ahora creía que Micaela era la diosa del sexo independientemente del género.

—Me he acostado con muchas chicas, bisexuales o heteros insatisfechas que vienen buscando un poquito de Micaela, pero nunca con un hombre —se pavonea la escritora italiana.

Victoria no puede evitar poner los ojos en blanco, piensa que el ego de Micaela de Luca Bianchi es tan grande como la finca en la que están. Aun así, ambas escritoras se sumergen en una conversación íntima, hablan de tantas cosas que, si alguien les hubiese

dicho que disfrutarían de esa situación, hubiesen pedido su ingreso inmediato en un hospital psiquiátrico de máxima seguridad. Puede que sea el inicio de una tregua entre ellas, pero ambas han sentido ese pico de tensión en varios momentos del intercambio verbal. Quizá la convivencia en esa casa, en medio de la nada, sea más difícil de lo que llegaron a imaginar.

## CAPÍTULO 10

Acaban de terminar de comer y Victoria está fregando los platos mientras Micaela prepara dos tazas de té humeante llenas hasta arriba al mismo tiempo que bosteza ruidosamente, contagiando también a la mayor de las escritoras, que lo hace con más disimulo.

—Nos podríamos echar una siesta —comenta Micaela mientras deja las dos tazas en la mesa.

Victoria se seca las manos con el trapo y se gira hacia ella de inmediato.

—¿Así es como pretendes escribir el libro? Bastante tiempo hemos perdido por la mañana hablando de tonterías como para que perdamos también la tarde —bufa contrariada.

—Oye, relájate, que lo decía por ti. Sé que las personas mayores necesitáis vuestro rato de sueño después de comer para seguir funcionando y no quería que te sintieras incómoda —dispara Micaela.

—Qué buena samaritana eres —ironiza Victoria—, y me hace gracia que me llames mayor cuando apenas nos llevamos siete años, supongo que la diferencia la ves en esa falta de madurez que tienes.

Micaela tensa la mandíbula y encaja el ataque como puede, ese comentario le ha escocido más que ningún otro porque sabe que, en ocasiones, es cierto que demuestra ser inmadura con comportamientos como ese.

—Bueno, como te veo tan despejada, lo mejor es que comencemos ya con esa lluvia de ideas que habías propuesto —dice observando fascinada como Victoria se bebe el té a pequeños sorbos.

—Pues yo he pensado que, ya que quieres empezar la historia con una escena de cama, podría ser interesante que la escribas, lo que se te ocurra —puntualiza encogiendo los hombros—, y quizá a raíz de cómo suceda, nuestras ideas empiezan a enfocarse en una dirección u otra.

Micaela la mira con gesto pensativo, no tiene muy claro lo que propone Victoria porque ni siquiera tienen definidas a las protagonistas, pero ella es una escritora mucho más experimentada y sería muy estúpida si no aprovecha este tiempo forzado que van a pasar juntas para aprender todo lo que pueda.

—Está bien —accede sentándose a la mesa donde lo han dispuesto todo en el salón y abriendo su portátil.

—Genial, yo voy a revisar el correo mientras tanto.

Victoria se sienta en el sofá de espaldas a ella y, resulta ser tan cómodo, que siente que la absorbe.

—Espera, ¿me dejas sola? —se inquieta Micaela—. ¿Y si me bloqueo?

—¿Escribiendo una escena de sexo? Creía que era tu especialidad —la chincha Victoria—, además, solo tienes que ponerlas a... ya sabes.

—¿Follar? —la ayuda Micaela con un tono juguetón que pone nerviosa a Victoria—. No lo entiendo, has tenido una relación abierta, te has acostado con hombres y mujeres, ¿y te da pudor decir la palabra follar? —se jacta divertida Micaela.

—No me da pudor —brama Victoria—, es simplemente que no veo la necesidad de



ser tan soez, pero ya que te pones así, ¿consideras que eres capaz de escribir una escena donde las protagonistas follen? ¿O quieres que vaya y te dé la mano? —espeta mordaz.

—Eres insoportable, ¿lo sabías? Ahora no me molestes —dice Micaela clavando la mirada en la pantalla.

Victoria sonríe satisfecha por habérsela quitado de encima y, en lugar de coger el móvil para comprobar el correo como ha dicho que haría, se recoloca y cierra los ojos.

Micaela tarda varios minutos en arrancar, aunque le guste detallar escenas de sexo, se acaba de dar cuenta de que no puede escribirlas sin más, necesita un trasfondo, una historia y un motivo que haya llevado a las protagonistas a ese encuentro. Así que lo primero ha sido pensar un escenario donde ubicar la escena, después ha decidido si era un encuentro fortuito entre dos desconocidas o mejor uno muy ansiado entre dos chicas que se gustan, aunque, al final, ha optado por el encuentro de dos amigas que vuelven a verse después de muchos años —donde ocultaron que estaban enamoradas la una de la otra— y que, ahora que se han visto, solo han sido capaces de expresar físicamente todo lo que sentían.

Una vez decidido todo eso y asignados dos nombres al azar, Micaela se desconecta de todo lo que la rodea —incluidos los suspiros de Victoria de los que todavía no es consciente — y no para de teclear hasta que escribe toda la escena.

Cuando termina, relee lo que ha escrito y se sorprende de lo poco que le ha costado, y al mismo tiempo se lamenta de que esto le resulte tan fácil y explicar el resto de la historia la paralice como le pasa últimamente.

—Listo —dice mirando a Victoria—. ¿Vienes a leerlo o tengo que llevárselo a la señora al sofá?

Victoria no responde y Micaela tarda unos segundos en sospechar lo que sucede. Frunce el ceño y se queda inmóvil, a la espera de una señal que no tarda en llegar cuando escucha un suave ronquido que proviene del sofá.

—Será puta —farfulla y se levanta.

Micaela necesita confirmarlo con sus propios ojos y se levanta para acercarse sigilosa hasta el sofá. En efecto, Victoria, aunque está sentada, se ha quedado profundamente dormida mientras ella escribía. Micaela comprende de inmediato que solo ha sido una artimaña de Victoria para poder cerrar los ojos unos minutos. La ha puesto a escribir una escena de sexo que probablemente descartará porque no va a encajar con la trama que surgirá de la lluvia de ideas. Se la ha jugado, y tiene que vengarse.

De puntillas para que no se despierte, va directa al baño y abre su estuche de maquillaje, del que saca un lápiz de ojos que observa con una sonrisa maliciosa. Igual de silenciosa, vuelve frente a la escritora y, con mucho cuidado, se inclina sobre ella dispuesta a dibujarle un bigote. Está a punto de empezar cuando se descubre observando las facciones de Victoria y siente una inquietud extraña al darse cuenta de que le resulta una mujer muy atractiva y no había sido consciente de ello hasta ahora.

Victoria, muy relajada, da un suspiro profundo que sobresalta a Micaela y la saca de ese estado de observación y le recuerda su cometido. Se apoya con una mano en el sofá y, con la otra, comienza a trazar las líneas del bigote mientras se aguanta la risa.

Está a punto de acabar cuando Victoria arruga los labios tras sentir un cosquilleo y de repente abre los ojos. Se pega tal susto al ver a alguien tan cerca de su cara, que no reconoce a Micaela y su primera reacción es quitarse a su atacante de encima de un guantazo.

La mano de Victoria impacta de lleno en la mejilla de Micaela, que no ha tenido tiempo de reaccionar y acaba de culo en el suelo.

—¿Estás loca? —grita Victoria cuando la reconoce.

Micaela la mira desde el suelo con los ojos muy abiertos y la mano acariciando una mejilla que le pica como si le hubieran dado con un matamoscas.

—¿Loca yo? —se exaspera Micaela—. Deberías controlar tus problemas de agresividad.

—Me has dado un susto de muerte, ¿qué hacías tan cerca de mí? —. Victoria entorna los ojos cuando la mira y Micaela sabe que ha de responder rápido antes de que la escritora utilice su imaginación para pensar todo tipo de teorías.

—Confirmar que eres una caradura —espeta sin apartar la mano de su cara.

—¿Cómo dices?

—Ya me has escuchado. Me has mandado a escribir una escena absurda solo para poder echarme una siesta.

Victoria podría replicar en cualquier otro momento, pero acaba de despertarse y sus neuronas todavía van demasiado lentas, así que, para desesperación de Micaela, en lugar de defenderse, suelta una carcajada que hace que quiera asesinarla, pero nota un pinchazo agudo por debajo del ojo y hace un mohín de dolor que asusta a Victoria.

—Déjame ver.

La escritora le aparta la mano y observa aguantándose la risa que le ha dejado marcados los cinco dedos, pero esas ganas de reír se le pasan cuando aprecia unas cuantas pecas salpicando la nariz de Micaela, y eso en conjunto con sus facciones, le resulta de un inmenso atractivo que tampoco había apreciado hasta ahora.

—Ven, vamos a ponerte hielo por si acaso —dice cogiéndola de las manos para que se levante.

En la cocina, Victoria saca una bolsa de hielo que envuelve en un trapo y le pone en la mejilla. Micaela le mira ese bigote que le ha hecho y sonrío.

—¿De qué te ríes? —pregunta Victoria.

—De nada. ¿Sabes que estás muy guapa cuando te despiertas?

A Victoria el comentario le sacaría los colores si considerase que es real, de hecho, se acaba de dar cuenta con preocupación de que una parte de ella desearía que fuese así, pero por la mirada y la expresión gamberra de Micaela, sabe que sus palabras esconden algo turbio, por lo que corre hacia el baño y cuando enciende la luz y se mira al espejo, la sangre comienza a hervirle en las venas.

—¿En serio? ¡Eres una niña! —espeta volviendo a la cocina.

Micaela la mira y suelta varias carcajadas que dejan claro que no se arrepiente.

—Es increíble —farfulla Victoria.

—Increíble es que me hayas pegado, estamos en paz —decide Micaela—, así que, si has dejado de lloriquear, haz el favor de leer la escena por si podemos usarla. Estaría bien no haber perdido el tiempo por nada. Eso sí, quítate ese bigote antes, que das un poquito de mal rollo —dice y le muestra una sonrisa falsa.

Victoria farfulla varios improperios y vuelve al baño para limpiarse. Después se dirige al salón, se sienta frente al portátil de Micaela y empieza a leer porque prefiere hacer eso antes que seguir discutiendo con ella.

Conforme va leyendo, su pulso se va acelerando y le cuesta mucho contener la excitación. Micaela la está observando con ojo clínico y, al ver cómo la mirada de Victoria se va oscureciendo y cierra las piernas de manera inconsciente, esboza una sonrisa satisfecha.

—¿Quieres que te deje el Lelo? Lo tengo a tope de batería —suelta y Victoria levanta la vista horrorizada al sentirse descubierta.

—Eres una impresentable —dice y cierra la tapa del portátil—, espábilate tú sola con el libro.

Victoria se levanta y se marcha a la habitación cerrando de un portazo. Micaela se queda ahí, divertida y conteniendo las ganas de aplaudir.

## CAPÍTULO 11

Micaela de Luca Bianchi se estira como una gata en la cama. Sin duda, ha dormido mucho mejor que la noche anterior. Abre los ojos despacio mientras se quita los tapones que lleva en los oídos. Después de la pataleta de Victoria, la joven escritora apagó el portátil y subió a lavarse los dientes. Tiene una rutina muy marcada para cuidar su dentadura, así que mientras la aplicación en su móvil guiaba el tiempo de cepillado, ella revisaba todos los cajones a su alrededor. Se llevó una grata sorpresa al encontrar una caja de tapones que, seguro, le ayudarían a soportar los ronquidos de oso de su compañera. Al llegar a la habitación, Micaela esbozó su ya conocida sonrisa burlona al percatarse que Victoria creó una especie de fuerte dividiendo la cama con una hilera de cojines.

—Y luego dice que la inmadura soy yo —murmura Micaela al recordar la escena tan infantil.

Al levantarse, se da cuenta de que la mayor de las escritoras no está en la cama, así que baja para preparar su espresso, pero cuando gira hacia la cocina, contempla a Victoria en el patio, sentada en una hamaca con una taza de café con leche y un libro.

—Buenos días —saluda Micaela ya con su café oscuro en la mano.

—Hola —contesta Victoria sin mirarla.

—¿Has dormido bien?, hoy no te has despertado tan guapa como ayer —la vacila Micaela. No puede evitar chincharla.

Victoria da un sorbo a su café con leche y coloca la taza en la mesa para seguir con la novela que está leyendo. No tiene ganas de seguirle las tonterías a la niñata con la que convive, así que decide ignorarla.

—¿No vas a entrar? —le pregunta Micaela a la vez que revisa la hora en su móvil—, deberíamos ponernos en marcha.

—La verdad es que no tengo ninguna intención de entrar. Aquí se está muy bien, pero anda tú, estrella, comienza a escribir —le suelta Victoria pasando la página del libro que tiene entre las manos.

Micaela tensa la mandíbula. Empieza a sospechar que Victoria se lo hará pasar muy mal cada vez que se meta con ella. Pero la escritora de apellidos italianos no va a parar de hacerlo y de ninguna manera piensa en rebajarse, sigue confiando en que es una gran escritora y que ese bloqueo maldito acabará de un momento a otro.

—Como quieras —contesta Micaela y se da la vuelta para entrar a la casa.

—¡Mierda y más mierda! —grita Micaela borrando una vez más las cuatro palabras que ha escrito. Ya no sabe cuánto lleva allí frente al portátil intentando escribir la siguiente escena para el libro que han de entregar juntas.

No le queda más remedio que levantarse y salir con una cara de matona muy mal ensayada a pedirla a Victoria que entre a trabajar.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —pregunta de malas formas la más joven de las dos escritoras.

—Sí —contesta la veterana. Monosílaba.

—Aquí hemos venido a escribir, no a que tú estés echando siestas en el sofá o tomando el sol mientras lees tan a gusto —suelta Micaela nerviosa. Habla con rabia disfrazada. Lo que siente es temor de que Victoria no quiera hacer nada. Ella es incapaz de pensar, siquiera, en el próximo capítulo.

—Te recuerdo que estamos aquí por tu incapacidad para escribir otra cosa que no sea poner a dos personas a fornicar —resuelve—, y como vas de diva, pues te toca arreglártelas solita. Al parecer, no me necesitas.

—¿Quién dice fornicar en este siglo? —se burla Micaela, incapaz de poner toda la seriedad que requiere el asunto.

Victoria suspira mientras niega con la cabeza. Siente que está en una sala de castigos con una adolescente de quince años. Micaela se da cuenta de que tiene que parar esa actitud, al menos por un rato, porque de lo contrario, la toledana no va a ayudarla. Tiene que tragarse las palabras que hace rato no llegó a verbalizar, pero sí a pensar.

—No me sale nada, sigo estando bloqueada y por más que lo intento no puedo escribir un párrafo entero en condiciones —se lamenta Micaela—, para avanzar, me tienes que ayudar.

Victoria levanta la mirada por primera vez y la mira a los ojos.

—Pídelo bien —suelta.

—¿Perdona? —pregunta Micaela desconcertada.

—Vamos, Micaela, ten modales y pídelo con educación.

A Micaela se le seca la garganta por dos motivos. Es la primera vez que oye a Victoria Rivas llamarla por su nombre y no entiende la razón por la que el pulso se le dispara. Y lo segundo, es que la muy cabrona pretende que le suplique por su ayuda, pero por mucho que le joda, no le queda otra opción que hacerlo.

—Por favor, Victoria, ¿podrías levantar el culo de la silla y entrar en casa para que puedas ayudarme a desbloquear mi cabeza? —dice Micaela consternada. Lo que le molesta no es pedirlo, sino la cara de regocijo que tiene la que empieza a considerar su enemiga.

—¿Qué más? —pregunta Victoria altiva.

—Pero ¿qué coño quieres? —la tonalidad de la piel de la cara de Micaela ha pasado de blanco a rojo fuerte.

—Una de esas cenas de las que tanto presumes. Supongo que, si no has podido escribir nada en este tiempo, al menos has practicado el arte culinario —lanza Victoria unos de sus mejores dardos tóxicos.

Micaela se lleva la mano a la cara y se aprieta con fuerza el puente de la nariz.

—Esta noche cocinaré mi especialidad —responde—, pero si me ayudas a volver a ser la de antes, seré la encargada de hacer todos los días, la comida y la cena.

—Me parece que tenemos un trato —sonríe, ampliamente, la veterana mientras cierra el libro que estaba leyendo y se pone de pie—. ¿Entramos?

Ambas entran al salón y se sientan a la mesa. Victoria frente al ordenador y Micaela a su lado. La escritora toledana abre el programa de escritura, se quita las gafas para limpiarlas y, al colocárselas, centra su vista en el cursor que parpadea en la pantalla.

—Voy a escribir el siguiente capítulo. Creo que cuando lo leas, tendrás una idea de cómo continuarlo —dice Victoria—, además, aunque cada una tenga su estilo, tenemos que probar cómo se nos da escribir juntas sin que haya una diferencia tan abismal.

—Las diferencias se van a notar. Tú eres de cursilerías y yo de erótica —responde Micaela frunciendo el ceño como si fuera una clara obviedad.

—Aunque tú te dediques a escribir porno, debemos tener algún punto en común. En la escritura —se apresura a matizar—. En aquella encerrona en la oficina de Javier, el director de marketing aseguró que tenemos una forma de comunicar parecida. Veamos si tiene razón.

—Vale, entonces mientras escribes me voy a la ducha y cuando vuelva, me espero a que acabes para leerlo —explica la escritora de apellidos italianos.

Victoria no contesta, parece haber activado el modo robot porque, de repente, empieza a teclear con velocidad. Micaela se queda unos segundos observando esa cara de concentración que le parece tan atractiva, pero al momento de comprender sus pensamientos, se gira y sube las escaleras, apresurada, para encerrarse en el baño.

Cuando Micaela baja, con ropa limpia y el pelo húmedo, Victoria no puede apartar la vista de ella. Así tan despreocupada y con esa boca tan soez cerrada, le parece una chica muy guapa. De inmediato, desvía la vista cuando la de apellidos italianos gira la cabeza hacia la mesa y ve que allí no hay nadie.

—Ya he acabado —le dice Victoria desde la cocina—, te he dejado ahí el capítulo para que lo revises.

—¿Tan rápido? Pero si no he tardado casi nada —pregunta asombrada la menor de las dos al percatarse de que Victoria no solo es una fuente de sabiduría, sino que no le cuesta nada plasmar sus ideas en el ordenador.

—Sí, me ha salido del tirón. Anda, siéntate y ya me dirás si necesitas ayuda —le contesta Victoria y empieza a prepararse un Colacao caliente que le gusta tomar hundiendo galletas que, casualmente, tienen figuras infantiles.

—¿Tienes siete años? —se burla Micaela al ver lo que se prepara su compañera, pero recibe una mirada furibunda que le borra la sonrisa de un plumazo—. Vale, ya me voy.

Micaela se sienta frente al ordenador portátil y lee el capítulo que ha escrito la toledana. Aunque no es fanática del romance intenso, confiesa que la forma de comunicar de Victoria es exquisita. Abre una nueva ficha, tal como la veterana le enseñó, y se dispone a continuar con la historia, tiene claro que va a inyectarle el tono de erotismo que la identifica.

Han pasado veinte minutos y la escena de esa mañana se repite. Está tensa, las manos le sudan y su cabeza solo arroja ideas inverosímiles. Es una situación que la supera.

—Joder, no puedo —alza la voz entre enfadada y derrotada.

—¿Qué pasa? Déjame ver lo que has escrito —se acerca Victoria, que se queda pasmada al ver que no hay ni una letra en la pantalla—. No has escrito nada.

—Ya, ya lo sé. Esto es desesperante, creo que no valgo para ser escritora. Tuve un golpe de suerte que se acabó y tengo que asumirlo —habla Micaela con los ojos encharcados. Rota.

Es la primera vez que Victoria la ve así, tan hundida. Ve que detrás de esa diva egocéntrica de vocabulario vulgar, se esconde una chica muerta de miedo por su futuro profesional.

—No digas eso. Eres una buena escritora que pasa por un momento complicado —no miente al alabarla—, esto les pasa a muchos de nuestro gremio.

—A muchos, menos a ti —aclara la joven.

—Yo llevo toda la vida en esto, Micaela. He tenido algunos momentos difíciles, pero he encontrado la manera de salir de ellos —explica Victoria conciliadora—. Vamos a preparar un buen plan para que salgas de ese bloqueo.

Victoria se sienta a su lado y comienza a darle una serie de ideas basándose en todo lo que ha pensado para la historia. Micaela la escucha con atención embelesada por la forma que tiene la mayor de las dos de explicar cualquier cosa del mundo de la escritura. Piensa que, si Victoria no fuera tan insoportable y quejica, se llevarían mucho mejor. Al acabar, Micaela tiene con qué arrancar y no pierde tiempo en empezar a teclear.

—¡He acabado! —grita eufórica la escritora de apellidos italianos que, después de un tiempo escribiendo y revisando, se siente satisfecha con el trabajo realizado.

—Déjame leerlo —le pide Victoria mientras la quita de la silla que ocupa. Está ansiosa, necesita que Micaela se desbloquee. No deja de pensar en el mullido sofá que la está esperando en su casa en Toledo.

—¿Qué te parece? —pregunta con emoción.

—Lo has pillado, ¿ves cómo no es tan complicado? —pregunta Victoria Rivas con los ojos muy abiertos—. Tengo que hacer varias llamadas y ocuparme de otros asuntos, aprovecha para descansar y más tarde planteamos la trama. Así será más fácil avanzar.

—¿Otra vez te vas a escaquear para echar tu siesta de señora? —sonríe burlona Micaela.

—No hagas que vuelva a dejarte tirada y no te ayude en nada —contesta Victoria, conoedora del poder que tiene ahora mismo.

A Micaela se le vuelve a borrar la sonrisa y levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, pero no te enfades —responde con cara de culpa—. Para la gente de tu edad pueden ser peligrosos los disgustos —se ríe Micaela y sale corriendo como una niña tras cometer una travesura.

—¿Cuánto llevamos ya? —pregunta la joven escritora mientras saltea unas gambas con ajo en aceite de oliva.

Llevan varias horas preparando la trama. Es una técnica que siempre le funciona a Victoria, sobre todo cuando la historia es complicada y tiene muchos personajes. Se han trasladado a la mesa tipo isla que está en el centro de la cocina para que Micaela empiece los preparativos de la cena mientras siguen trabajando en su próximo libro.

—Con todo lo que hemos apuntado, tenemos, al menos, para unos veinte capítulos —sonríe Victoria—. Con esto seguro que te irás soltando, no tienes que pensar en el rumbo de la historia.

—Diciéndolo así suena sencillo, pero no tengo claro que lo sea —responde Micaela mientras flambea unos tomates como una auténtica chef.

—Ya verás como sí. No te desanimes. En cualquier caso, si no lo logras, siempre puedes trabajar de cocinera —piensa Victoria aprobando con la cabeza—, eso huele de maravilla.

—Eres muy graciosa, ¿no? —responde Micaela relajada, la cocina la destensa mucho—. Esto ya casi está.

Micaela se acerca a la mesa que está en la esquina de la cocina y la prepara como si estuviesen en un restaurante con estrella Michelin. De su familia italiana, aprendió que la comida es una experiencia que comienza con una buena presentación, así que la joven se esmera. Lleva los platos que ha servido de forma delicada y coloca la botella de vino blanco.

—Siéntate, espero que te guste —le dice a Victoria cuando está satisfecha con el resultado.

—Todo se ve muy apetitoso —habla Victoria salivando como un bulldog al ver los

manjares que tiene frente a ella.

— Spaghetti frutti di mare —señala el plato de pasta—, y focaccia con pomodoro secco y burrata. ¿Te sirvo vino? Este es muy bueno.

—Sí, no lo he probado jamás —responde Victoria agitada. Toda la experiencia le está haciendo sentir algo desconocido.

Micaela levanta la copa para brindar, toma un sorbo de vino y coge el tenedor para probar la pasta, animando a Victoria a seguirla.

—¡Dios! Es espectacular —exclama Victoria y vuelve a tomar otro bocado cerrando los ojos al masticar.

Micaela la mira embobada. Ahora mismo, Victoria le parece la mujer más atractiva que ha visto en mucho tiempo. Cabecea e intenta sacar esos pensamientos de su mente. Quedan muchos días en esa casa y ella ya necesita calentar su cuerpo.



## CAPÍTULO 12

Victoria y Micaela ya llevan dos semanas aisladas en esa casa de Vinuesa y sorprendentemente, todavía no se han matado. Los dardos envenenados siguen volando en todas las direcciones y a cada oportunidad que tienen, sin embargo, en lo que se refiere a la convivencia, la cosa ha mejorado. Micaela ya no utiliza los tapones para dormir, se ha acostumbrado a esos ronquidos de Victoria como si formasen parte de su sueño, y Victoria ya no pone esa barrera de cojines entre las dos que les resta tanto espacio, ni le importa despertarse cada mañana con el brazo o la pierna de Micaela sobre su cuerpo, simplemente la aparta y sale de la cama. Parece que han aprendido a amoldarse a las manías y costumbres de la otra y, de algún modo, aunque sea casi inconsciente, se soportan cada vez más y son bastantes los momentos en los que se descubren charlando sobre ellas como hicieron el primer día, por lo que, por mucho que les cueste aceptarlo, su relación es mucho más cordial.

En cuanto a la escritura se refiere, la cosa fluye de un modo sorprendente. Desde que prepararon la trama, se han repartido las tareas y escriben los capítulos según lo que mejor se le da a cada una. Javier está encantado con los borradores que le pasan. Cuanto más lee, más convencido está de que ha sido un acierto fusionar la mente de las dos escritoras y así se lo hace saber en sus correos, asegurando que el libro tendrá el éxito asegurado.

Micaela, por su parte, está encantada. Gracias a los consejos de Victoria y a su forma de trabajar, su bloqueo ha desaparecido por completo y sus dedos bailan sobre las teclas con la misma fluidez que lo hacían hace unos meses.

—¡Listo! —dice eufórica tras poner punto final al capítulo que acaba de escribir.

Mira el contador de palabras, 2304, y a eso ha de sumar las 1780 que Victoria ha escrito antes que ella. Llevan un ritmo frenético, como cada día, y solo son las once de la mañana. De no ser porque hoy es el primer día que van a tener un pequeño descanso y ambas podrán recibir una visita, está segura de que al menos escribirían un capítulo más cada una.

—¿Ya lo tienes? Déjame leer —Victoria aparece a su lado con una taza de té, dejando otra para Micaela, que agradece con una sonrisa y se levanta de la silla para dejar sentar a la escritora, que se coloca las gafas y se centra en la pantalla, haciendo que su imagen le resulte a Micaela cada vez más interesante y atrayente.

La lectura es otra acción que forma parte de su dinámica, cada vez que una escribe, la otra lee y opina. A veces añaden cosas y otras eliminan, siempre debatiendo y explicando los motivos.

—Bueno, ¿qué te parece? —se impacienta Micaela, que se ha sentado a su lado, a lo mejor demasiado cerca.

Victoria levanta la vista de la pantalla y la mira de soslayo.

—No he acabado, y no te pegues tanto, qué hace calor —ladra la escritora.

—¿No has acabado? Quizá deberías volver a graduarte las gafas.

—Mis gafas están perfectamente, y no están graduadas, solo son para ver de cerca. Y tardaría menos si escribieras capítulos más cortos.

—Dice la que el otro día escribió uno de casi tres mil —contraataca Micaela.

—Era necesario.

—Este también —dice a la defensiva.

Victoria vuelve a mirar la pantalla y retiene la sonrisa que quieren formar sus labios. Le está cogiendo el gusto a eso de provocar a Micaela.

—Pues lo veo bien —dice tras un par de minutos—, no le quitaría ni le pondría nada.

—¿No? —se sorprende Micaela.

Victoria niega y mira el reloj de la pared para comprobar que todavía tiene tiempo de vestirse y prepararse para cuando llegue su hijo. Micaela comenta que quizá podrían partir el capítulo y dejar la última parte como inicio del siguiente, pero Victoria no le contesta porque su teléfono comienza a sonar y en la pantalla aparece el nombre de su exmarido.

—Disculpa —dice levantándose para salir al porche y contestar la llamada con intimidad.

Victoria Rivas siempre ha tenido una relación un poco tensa con el padre de su hijo desde que se divorciaron. En su opinión, él no está lo suficientemente pendiente de Daniel y se piensa que corriendo con sus gastos y teniéndolo atendido, es suficiente. Por eso le costó mucho ceder cuando su hijo quiso irse a vivir con su padre al comenzar la universidad, porque él está en Madrid y ella en Toledo, y para Daniel todo era más cómodo y accesible viviendo en la capital.

—Hola, Santi —saluda con intriga—. ¿Sucede algo?

Victoria se sienta en uno de los escalones de la entrada y coge una piedrecita a la que da vueltas entre sus dedos.

—No, nada, Victoria. Te llamo porque Dani me dijo ayer que hoy va a ir a verte — comenta Santiago.

—Sí, así es.

—El caso es que he pensado que puede ser un buen momento para que hables con él, estoy preocupado.

Victoria abre los ojos de par en par al mismo tiempo que su pulso se acelera y se pone en modo alerta. Cualquier cosa que tiene que ver con su hijo, le hace sacar las garras, pero que sea su exmarido el que se implica todavía la pone más nerviosa, porque si a él —que suele pasar de todo— se le activan las alertas, es que algo grave pasa con su hijo.

—¿Preocupado? ¿Qué pasa? ¿Dani está bien?

—Aparentemente, sí, de hecho, lo veo perfectamente.

Victoria tuerce el gesto, si lo tuviera delante, ya estarían discutiendo como en los últimos meses de su matrimonio. A Santiago le encanta marear la perdiz.

—¿Quieres hablar claro? —exige impaciente y se imagina la sonrisilla traviesa de su exmarido al otro lado del teléfono.

—Hace un par de días me dijo que se quiere mudar a un piso compartido con un compañero, dice que está más cerca de la universidad que mi casa, que ahorra tiempo y además aprovechan y estudian juntos.

—No sé, Santi —duda Victoria—. ¿Y si se desmadra?

—Yo también lo pensé, pero insistió y creo que deberíamos darle un voto de confianza. Eso sí, nos va a salir por una pasta.

—Cuento con ello.

—En fin, yo le he dicho que lo hable hoy contigo y que, si tú también estás de acuerdo, por mí no hay problema, pero lo que me preocupa no es eso.

—Ah, ¿no?

Victoria se pone en pie y comienza a caminar por el patio muy nerviosa.

—¿Y qué es?

—Esta mañana he salido un poco más tarde hacia el trabajo y he coincidido con María, la mujer que limpia en mi casa.

—¿Y? —se impacienta la escritora.

—Me ha dicho que Daniel lleva semanas viéndose con un hombre mayor.

Victoria se detiene en seco y necesita unos segundos para procesar la noticia.

—¿Un hombre mayor? No entiendo nada. ¿Daniel lleva a un hombre mayor a tu casa? —pregunta acelerada.

—Eso me ha dicho, no me ha dado muchos detalles y yo, sinceramente, me he quedado tan descolocado que no se los he pedido. He pensado que tú que tienes más confianza con Dani, podrías preguntarle.

—Por supuesto que voy a preguntarle, y tú podrías estar un poco más atento y enterarte de lo que pasa en tu propia casa —brama exaltada.

—Oye, no te pases. Te recuerdo que yo tengo un trabajo de oficina y no tengo el privilegio de estar todo el día en casa.

—Tienes razón, perdona —se disculpa Victoria—. Hablaré con él y te llamo.

Victoria cuelga la llamada y entra con gesto pensativo, dándole vueltas al asunto y meditando la mejor forma de abordar a su hijo.

—¿Todo bien? —pregunta Micaela.

La escritora toledana alza la mirada y asiente sorprendida por el interés, después deja el teléfono y suspira con pesadez.

—Cosas de madre —añade cabeceando.

Micaela no contesta, poco puede aportar en ese aspecto y, como si las dos lo comprendiesen, caminan en silencio hasta la habitación para comenzar a vestirse antes de recibir a sus respectivas visitas. No han hablado mucho sobre ese tema y, aunque Micaela sabe que quien viene a ver a Victoria es su hijo, Victoria no tiene ni idea de quién será la persona que ha elegido Micaela, aunque da por hecho que será algún familiar.

## CAPÍTULO 13

A la una en punto, el timbre de la casa suena y Victoria corre hacia la puerta emocionada. Sabe que se trata de Daniel porque le ha escrito un mensaje hace cinco minutos avisando de que ya llegaba. La escritora abre la puerta y se abraza a su hijo como si este acabase de volver de la guerra y ella fuese una madre desconsolada y aterrada ante la idea de no volver a verlo.

—No puedo respirar, mamá —balbucea Daniel rojo por la asfixia a la que lo somete su progenitora.

Micaela, que acaba de salir de la habitación, observa la escena perpleja y se pregunta —una vez más— si es una egoísta por no querer tener hijos y anteponer sus propios intereses a los de cualquier criatura que te roba tu vida en cuanto respira por primera vez.

—Perdona, cariño —Victoria libera a su hijo por fin—. ¿Te acuerdas de Micaela?

—Sí, claro.

Daniel se acerca a ella y le estampa dos besos que Micaela le devuelve con simpatía y, por primera vez, Victoria Rivas siente celos de su hijo.

—¿Nos vamos ya? —pregunta Daniel acariciándose el estómago—. Estoy muerto de hambre.

—¿Quieres acompañarnos hasta que llegue tu familiar? —le pregunta Victoria a Micaela.

Esta le sonrío sorprendida por su amabilidad. Victoria parpadea varias veces cuando se da cuenta del detalle que ha tenido, pero ya es tarde para echarse atrás.

—No, gracias, no creo que tarde en llegar. Pasadlo bien —declina la oferta la escritora con un guiño divertido hacia Daniel, que vuelve a crear esa sensación de celos en su madre.

—Me cae bien —dice Daniel una vez en la calle.

—No dirías lo mismo si tuvieras que aguantarla durante las veinticuatro horas del día —se espanta su madre.

Cuando llegan al restaurante donde Victoria ha reservado por teléfono después de asegurarse de que era el mejor valorado de la zona, se queda mirando a su hijo con cierto nerviosismo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Daniel intrigado.

—Me ha llamado tu padre esta mañana —se lanza Victoria—. Me ha contado que María dice que últimamente recibes visitas de un hombre mayor en casa. ¿Eso es verdad?

Por un instante, Daniel parece palidecer, pero enseguida esboza esa sonrisa encantadora con la que siempre engatusa a su madre y hace un aspaviento con la mano.

—¿En serio le hacéis caso a María? Esa mujer tiene cien años, mamá, a lo mejor habla del técnico del ascensor. Papá es el presidente de la comunidad y cada vez que viene a hacer la revisión, soy yo el que le acaba firmando el parte —explica tan tranquilo.

—¿Seguro, Dani? No me mientas, cariño, si estás metido en algo raro me lo puedes contar.

—¿Raro? —Daniel suelta una sonora carcajada—. Raros sois tú y papá, y María —añade divertido—. Yo no he llevado a ningún hombre mayor a casa, mamá, solo a algún

compañero de la facultad para estudiar juntos o echar unas partidas a la videoconsola.

—Está bien —acepta Victoria que, aunque no termina de estar del todo convencida, quiere confiar en su hijo.

El resto de la comida transcurre con total normalidad. Madre e hijo se ponen al día y Daniel termina convenciéndola de que es muy bueno para él compartir piso con un amigo.

—Así sabré lo que es depender de mí mismo —remata tras enumerar un montón de razones.

—Dependerías de ti mismo si tu padre y yo no corriésemos con todos tus gastos — aclara su madre y Daniel traga saliva—, pero está bien, acepto. Vamos a confiar en ti. Eso sí, como suspendas un solo examen, se acabó la aventura y vuelves a casa de tu padre —lo amenaza Victoria.

—Me parece justo —aplauce Daniel levantándose para abrazar a su madre.

Los dos salen del restaurante y se despiden en la puerta de la casa donde Victoria siente que está encarcelada con Micaela. Suspira y se dice a sí misma que ya falta poco, llevan muy buen ritmo y si siguen así, acabarán el libro pronto y podrá deshacerse de ella.

Entra en la casa y se la encuentra en silencio. Victoria deduce que Micaela habrá salido como ella a comer y todavía no ha vuelto, lo que la hace sonreír porque, por primera vez desde que llegaron, va a tener la casa solo para ella, aunque sea por unos minutos. Deja el bolso en el colgador y sube las escaleras, dispuesta a ir a la habitación para cambiarse y ponerse cómoda y, justo cuando pone la mano en el pomo y está empujando la puerta, escucha unos fuertes suspiros que le cortan la respiración.

Si lo hubiera escuchado unas décimas de segundo antes, habría podido detenerse a tiempo, pero el impulso de su cuerpo ha terminado de abrir la puerta y, cuando Victoria se encuentra a Micaela completamente desnuda, con las piernas abiertas y una chica bebiendo de su sexo, la rabia —mezclada con una desilusión que no debería estar ahí— crece en ella de un modo que jamás ha experimentado.

—¡Qué poca vergüenza! —mascula antes de darse la vuelta y bajar las escaleras tan rápido, que ni siquiera es consciente de cómo ha llegado abajo.

Micaela mira perpleja hacia la puerta, solo ha visto a Victoria unos segundos, pero son suficientes para que su imagen —a pesar de estar enfadada como un demonio— le provoque un orgasmo repentino que sorprende hasta a la chica que hay entre sus piernas.

Victoria ha salido al porche para que le dé el aire, se niega a estar en el mismo espacio que Micaela y su amante. Pocos minutos después, la escritora de apellidos italianos y esa chica pasan por su lado y Micaela se despide de ella con dos besos antes de girarse hacia Victoria, que espera a que la chica desaparezca para decir lo que piensa.

—Eres una pedazo de cerda —dice conteniendo la voz para que no la escuchen los vecinos, aunque tiene ganas de gritarle.

—¿Por acostarme con una mujer? ¿Me explicas qué tiene de malo? —pregunta tranquila Micaela.

—Lo tiene todo, eres irrespetuosa y una maleducada. A mí jamás se me ocurriría meter en la cama que las dos compartimos a mi amante.

Micaela no termina de entender tanta rabia en las palabras de Victoria, pero sabe que, en eso último, tiene razón.

—Sí, vale, a lo mejor me he pasado —admite a su manera.

—¿A lo mejor? Eres una guarra, más vale que cambies las sábanas ahora mismo y desinfectes todo el baño y cualquier cosa que hayáis tocado.

—Te estás pasando un poco, Victoria —la señala Micaela—. Tienes razón en que no debería haberla metido en nuestra cama y te pido perdón por ello, pero eso no te da derecho a insultarme como lo estás haciendo.

Victoria sabe que tiene razón, pero está tan enfadada que su lengua va más rápida que su cerebro.

—Tengo derecho a lo que me da la gana, si tú no me respetas a mí, yo no tengo que respetarte a ti.

—Ya te he dicho que lo siento —se exalta Micaela—, pero no me parece motivo suficiente para que te pongas así, a lo mejor es que estás celosa —suelta haciendo que una ola de ira suba por el cuerpo de Victoria.

Tiene ganas de coger una de las piedras que decoran el jardín y lanzársela, sobre todo porque sabe que tiene razón, en el fondo está muy celosa.

—¿Sabes qué? Que ya tienes la trama planteada y ningún problema para escribir, no me necesitas para nada, así que espabílate tú sola —dice antes de entrar en la casa, dejando a Micaela con la palabra en la boca.

## CAPÍTULO 14

—¡Que me voy de aquí, Javier! No puedo estar ni un minuto más en este pueblo perdido de la mano de Dios con esa impresentable —grita Victoria por teléfono a su editor. Aún está muy nerviosa, no solo por la discusión que ha tenido con Micaela, sino por lo que ha sentido al ver a la escritora gimiéndole a otra mujer.

—A ver, Victoria, cariño, respira. No entiendo nada de lo que me dices, ¿me puedes explicar lo que ha ocurrido? —pregunta Javier, que lleva escuchando gritos desde que ha contestado la llamada.

—No puedo más, Javier. Es una guarra, no tiene el más mínimo respeto —brama mientras camina tan rápido que parece que huye de un animal salvaje. Ha salido de la casa en dirección al pueblo. Se sentía asfixiada.

—Si no me explicas qué ha hecho Micaela, no puedo ni entender ni hacer nada al respecto —dice Javier intentando calmar la ansiedad que empieza a subirle por el pecho. Este tipo de situaciones lo hacen sentir incómodo pese a que es parte de su trabajo. Lidia con las batallas de los escritores a los que representa.

—Que ha metido a una puta en casa para follársela, Javier. ¡En nuestra cama! —explica cada vez más nerviosa, con la respiración entrecortada por el disgusto y por la media maratón que parece estar corriendo.

—¿Micaela ha contratado los servicios de una prostituta? —pregunta Javier. Victoria no puede verlo, pero el editor ha abierto tanto los ojos, que parece que se le saldrán de la cara.

—No. No lo sé. No lo creo —contesta frases confusas.

—A ver, ¿puedes intentar calmarte? Me cuesta entenderte, jamás te he visto en este estado.

Victoria Rivas afloja un poco el paso e intenta respirar. El aire le entra poco a poco y ella siente que se va a asfixiar. No para de recordar la imagen de Micaela con las piernas abiertas y la cabeza un poco hacia atrás, gimiendo con cara de placer absoluto. Ha sentido tal punzada en el pecho, que le cuesta reconocer que es una de las situaciones que más le han afectado en la vida. Ni siquiera cuando su matrimonio con Santiago se empezó a desmoronar, se sentía tan mal como ahora.

—Victoria, ¿sigues ahí? Me estás asustando —habla Javier, que teme que la escritora toledana se haya desmayado de repente.

—Sí, sí —contesta a la vez que suelta un suspiro tan fuerte y quejumbroso, que Javier tiene que alejarse el móvil de la oreja para que no le deje sordo.

—Vale, ¿dónde estás, cariño? —Javier quiere localizarla, teme que haya tomado la decisión radical de volver a Toledo.

Victoria mira a su alrededor, ha salido tan deprisa que ni se ha fijado en el camino que ha cogido. La zona donde está ubicada la casa que comparte con Micaela, no está muy lejos del pueblo y, prácticamente, es caminar todo recto para llegar al centro de Vinuesa. Pero una vez allí, ella ha comenzado a girar por diferentes calles y no tiene la más remota idea de dónde se encuentra.

—Pues, no lo sé —responde Victoria buscando algún cartel que la ayude a desvelar su ubicación.

—Por favor, entra al programa de mensajería y envíame tu ubicación. Así puedo saber dónde estás —pide el editor, temiendo que Victoria se niegue a hacerlo.

—Sabes que estás cosas me cuestan, Javier. Un momento, que veo a un vecino, seguro que él sabrá ayudarme —comenta la escritora, que ve como un hombre bastante mayor, sale de una casa adosada que es diez veces más grande que su piso en Toledo.

Javier espera paciente, pero con el pulso acelerado a que Victoria acabe de hablar con el señor. Llevaba días muy contento. La idea que había discutido con sus responsables sobre unir a Victoria y Micaela estaba siendo todo un éxito. La historia que ambas están escribiendo es un bombazo, cada vez que recibía los nuevos capítulos, veía el símbolo del euro en todos ellos. El editor ama su profesión, pero no puede negar que parte de eso, es la fortuna que le reporta cuando un libro se vende bien.

—Estoy en la calle Carril —le explica, por fin, Victoria—, cerca del ayuntamiento. Este amable caballero me dice que doblando la esquina hay un bar. Iré hasta allí.

—Pide una tila, te ayudará a calmarte un poco —aconseja Javier, que se relaja al saber que Victoria no está en la autopista haciendo autostop para huir de la provincia de Soria.

La escritora no contesta. Javier puede oír varias voces y supone que Victoria ha entrado en el bar. Niega con la cabeza cuando la escucha pedir una copa de vino tinto. La última vez que la vio en un estado similar, tuvo que ir de Madrid a Toledo para llevarla prácticamente en brazos. La borrachera de ese día fue inolvidable.

—Javier, te lo digo muy en serio. Quiero que hables con quien tengas que hablar y me saques de aquí. No soporto estar en este pueblo ni un día más —habla con la voz baja, no quiere que nadie se entere de su conversación. En los pueblos, suelen ser muy cotillas.

—Si no me explicas qué ha ocurrido con más detalle, Victoria, no puedo ayudarte —el editor endurece la voz—. Me has llamado gritando como si te estuvieran matando, pero no me has dicho qué ha pasado para que entraras en ese estado. Solo sé que Micaela parece haber pedido una prostituta a domicilio.

—No creo que haya sido una prostituta. Micaela no tiene la necesidad de pagar por sexo —Victoria abre los ojos espantada y toma un largo trago de vino que casi hace que se ahogue cuando se da cuenta del peso que tiene su comentario.

—Y entonces, ¿cuál es el problema? —pregunta Javier, que empieza a sospechar por dónde van los tiros.

—Cuando he vuelto de comer con Dani, me he encontrado con la casa sola. O eso era lo que yo suponía, porque cuando he subido a la habitación, Micaela estaba abierta como un compás sobre la cama y una pelirroja la estaba devorando —explica sintiendo como la rabia la vuelve a poseer.

—Sigo sin ver cuál es el problema, Vicky —indaga un poco más para saber si su amiga es capaz de confesar que está celosa.

—Primero —enumera la toledana—, el día libre es para recibir a la familia o a los amigos, no para los ligues. Segundo, yo duermo en esa cama, Javier. Me parece una profunda falta de respeto que esa sinvergüenza amante del porno se acueste con cualquiera allí. Ese sitio debería ser sagrado.

Javier contiene una carcajada, sabe que, si se ríe, Victoria Rivas es capaz de mandar todo a la mierda. Tiene claro que Micaela no debió usar la cama que ambas comparten, pero todo lo demás le parece una exageración y un ataque de celos en toda regla.



—A ver, cariño. En vuestro día libre podéis llevar a quienes decidáis y...

—Es decir, ¿puedo llevarme a Vicente y meterlo allí para hacerlo como un marsupial sin importar que esté compartiendo la casa con alguien más? —lo interrumpe perpleja al escuchar cómo justifica la conducta de su compañera.

—Claro que no, Vicky, lo que intento decirte es que si bien podéis llevar a quien queráis, debe existir un respeto para que reine la paz. Hablaré con Micaela para que esta situación no vuelva a repetirse —media Javier, aunque sabe que salir de esto no va a ser nada fácil.

—Quiero irme, Javi. No quiero pasar más días encerrada con ella. Ahora mismo solo quiero tirarle una piedra en la cabeza —farfulla Victoria.

—Sé que estás muy enfadada, cariño, pero déjame intentar arreglarlo porque tenéis que acabar el libro. No solo porque lo estáis petando —alaba Javier—, sino por todas las connotaciones legales que existen si te vas sin cumplir con tu parte.

Victoria se queda callada, no sabe por qué en todo este tiempo no ha pensado en el contrato.

—Vuelve a casa —habla de nuevo Javier al ver que su amiga no emite sonido alguno —, yo llamaré a Micaela para allanar el terreno y que no te moleste. Mañana estoy allí a primera hora y hablaremos los tres —el editor reza una oración incompleta a alguna deidad para que Victoria acepte el trato.

—Más te vale que lo arregles, Javier. Nos vemos mañana —Victoria cuelga el teléfono sin esperar la respuesta de su interlocutor, acaba el vino que le queda y se levanta para pagar. Tiene que volver a casa y no le apetece nada verle la cara a la escritora porno con la que convive.

## CAPÍTULO 15

Victoria Rivas se despierta entumecida de pies a cabeza. Ayer, cuando regresó del pueblo a casa, se adentró directamente en el baño dispuesta a ducharse para irse a dormir. Tenía bastante claro que no iba a acostarse en esa cama del pecado. Aunque Micaela hubiese cambiado las sábanas, habría que pegarle fuego al colchón para poder eliminar todo rastro de fluidos producto del sexo que la escritora tuvo ayer por la tarde. Una vez limpia, cogió varias sábanas del armario y bajó para tumbarse en el sofá, ignorando el olor tan exquisito que salía de la cocina. Micaela estaba cocinando con mucho esmero una cena para las dos porque, a pesar de que creía que Victoria había exagerado, asumía que había metido la pata llamando a Cecilia, esa chica que hacía el mejor cunnilingus que había recibido en su vida y que, además, no buscaba ningún compromiso sentimental, solo sexo, al igual que Micaela. Victoria pasó por su lado y se echó en el sofá, así que la escritora de apellidos italianos le sirvió un plato y se lo dejó dentro del microondas por si le entraba hambre más tarde. Antes había recibido la llamada de Javier, que le dejó muy claro que ni siquiera la mirara, Victoria estaba tan enfadada, que era mejor dejarla en paz.

El sofá ha dejado echa polvo a Victoria, le duele la espalda y le cuesta mover el cuello. Tiene un humor de perros y quiere darse una ducha con el agua hirviendo a ver si logra destensarse, pero solo se levanta cuando escucha a su compañera en la cocina haciendo su habitual café. No quiere tener que cruzarse con ella en el baño o entrar en la habitación mientras ella esté dentro.

—Buenos días —saluda Micaela en cuanto ve que Victoria se ha despertado.

Victoria no contesta, no quiere ni verla, así que sube a la planta de arriba para coger ropa y darse una ducha justo cuando suena el timbre de la casa. Javier no mentía al decir que estaría allí a primera hora. Pero el editor y la desagradable de su compañera tendrán que esperar, ahora mismo, Victoria no es persona.

—Hola, Javi, ¿qué tal estás? —saluda Micaela al abrir la puerta de casa.

—Hola, bandida —sonríe Javier y le da dos besos—. La que has liado, guapa.

—Joder, te prometo que no sabía que se iba a poner así —contesta la joven escritora—, ¿quieres un café?

—Uno muy fuerte, por favor. ¿Dónde está, Vicky? —pregunta Javier entre curioso y asustado al ver que su amiga no está por el salón.

—Tranquilo, se está duchando. Al final durmió en el sofá, ni cenó ni nada. Esta mañana, cuando he bajado a la cocina, he visto que el plato que había dejado en el microondas no estaba. Pero por lo visto se ha hecho un Colacao, porque mi comida estaba en la basura y en la encimera el sobre de chocolate —cuenta Micaela mientras le sirve la taza de café a Javier.

—Esto no puede volver a pasar, Micaela —ahora el editor se ha puesto serio—. Es verdad que yo también creo que Victoria ha sacado las cosas de quicio —habla bajito, temeroso de que lo oiga la escritora toledana—, pero tener sexo en la cama en la que las dos dormís, es una falta de respeto. Lleváis buen ritmo con la novela, no os llevará demasiado tiempo acabarla, además, tú eres la más interesada, así que tienes que comportarte.

—Ya, Javi, lo sé. Te juro que no lo pensé. Creí que Victoria tardaría más con su hijo y me daría tiempo de recoger la habitación y cambiar las sábanas. Pero llegó antes de lo previsto y fue un desastre —se lamenta Micaela.

Justo en ese momento, se escucha como Victoria sale del baño y empieza a bajar las escaleras. Micaela y Javier guardan silencio y este último se pone de pie para saludar a su amiga con cariño.

—¿Cómo estás, Vicky? ¿Has podido descansar? —pregunta el editor cuando la abraza.

—No, la verdad es que no —responde con un tono de voz seco.

—Bueno, vamos a acabar con esto, así puedes descansar y además me da tiempo de ir con calma a una reunión que tengo más tarde —explica Javier mientras mueve una silla e invita a Victoria a sentarse.

—Estoy bien de pie, gracias —dice Victoria mientras se cruza de brazos.

—Ya he hablado con Micaela, le ha quedado muy claro que lo ocurrido ayer no se puede repetir. Ella ha asumido su error y de ahora en adelante, todo irá mejor —explica Javier al mismo tiempo que mira a Micaela de forma intensa para que esta lo confirme.

—Lo siento, Victoria. Yo...

—No quiero escucharte —la corta la escritora toledana sin mirarla.

—Vale ya, Victoria. Tu comportamiento me parece infantil. Estamos de acuerdo en que esa situación no tuvo que pasar, pero pasó y no podemos retroceder en el tiempo para cambiarlo. Ahora necesito que ambas os comportéis como adultas y acabéis de una vez la historia para que las dos volváis a vuestras casas y todo seamos felices —Javier habla enfadado, ni sus sobrinos gemelos le han dado tantos dolores de cabeza como estas dos mujeres—. Victoria, ven conmigo, terminamos de hablar fuera, que tengo que marcharme a Madrid.

Ambos salen al patio y Javier se sienta en una de las sillas a la vez que se masajea la frente, intentando que el dolor de cabeza que le empieza a crecer no vaya a más. Victoria pocas veces lo ha visto enfadado, ella sabe que su arrebato ha sido desproporcionado, pero no lo ha podido evitar. Se sienta y guarda silencio a la espera de la regañina del editor. Se siente como cuando tenía diez años y su abuela la castigaba por haber hecho alguna travesura.

—¿Te gusta Micaela? —dispara Javier directo al pecho de la escritora.

—Pero ¿te has vuelto loco? —Victoria se ha levantado de la silla como un resorte.

—Es una pregunta sencilla, Victoria. Hace demasiados años que nos conocemos y solo te vi una vez así. Fue cuando aquella chica joven andaba detrás de tu exmarido. Y ahora que lo pienso, tu reacción al saberlo no fue tan escandalosa como esta —explica el editor, que ya no tiene dudas de que Victoria lo que tiene es un ataque de celos de manual.

—No, a mí esa niñata no me gusta, pero ni un poco —habla nerviosa—, y no repitas esa estupidez, Javier.

—Vale —levanta las manos el editor pidiéndole calma—. Aclarado este punto, no pienso volver a preguntarte por qué te pusiste de esa manera. Te pido, como amigo, que intentes llevarte bien con ella. No te hablo de que entabléis una gran amistad, solo conciliar vuestro trabajo con la convivencia.

—No es fácil, Javier. Esa chica es una inmadura e insoportable y ...

—Para, Victoria. Eso ya me ha quedado bastante claro. Pero como veo que te cuesta entenderlo, te lo explico de otra manera. Si no acabáis el puñetero libro, la editorial os va a

demandar. Te costará una fortuna, además de que se quedarán con todas tus novelas porque todavía mantienes un contrato con ellos, ¿quieres eso?

—No, claro que no —contesta Victoria con la voz apagada.

—Pues entonces nos hemos entendido —Javier se levanta de la silla después de ver la hora en su reloj de pulsera—. Tengo que irme, vamos hablando durante la semana.

Victoria se levanta también e intercambia dos besos fríos con su editor y amigo. La relación se ha tensado un poco, pero eso a ella no le preocupa, sabe muy bien que todo volverá a la normalidad con él dentro de unos días. Lo que la tiene muy ansiosa, es el hecho de tener que pasar tanto tiempo con Micaela ahora que tiene bastante claro que todo su ataque es consecuencia de que, a sus cuarenta y tres años, a Victoria Rivas le ha empezado a gustar una mujer que, además de ser más joven que ella, a duras penas puede soportar.

## CAPÍTULO 16

Asomada a la cancela de la casa, Victoria ve difuminarse el coche de Javier en el horizonte. Se gira y mira hacia la entrada, sabe que, cuando cruce la puerta, se encontrará con Micaela y su expresión soberbia dibujada en ese rostro salpicado de pecas que tanto empieza a gustarle.

Sigue demasiado cabreada y sabe que, si accede en ese estado al interior, volverá a discutir con ella. Victoria abre la puerta del patio y comienza a caminar con la intención de despejarse. Los paseos suelen ayudarla y también le son muy útiles para reflexionar. Tiene la pregunta de Javier rebotando en su cerebro desde que el muy indiscreto ha tenido la desfachatez de soltarla. ¿Le gusta Micaela? Reconocerlo la enfurece, sobre todo porque sabe que es culpa de ese hecho el motivo por el que ha reaccionado de ese modo tan desmesurado, infantil y poco profesional. ¿Desde cuándo acude ella a Javier para que le solucione los problemas?

Chasquea la lengua y da una patada a una piedra, dándole de lleno y sorprendiéndose de lo lejos que la impulsa. Victoria sigue caminando por las calles de Vinuesa durante casi una hora, ese es el tiempo que ha necesitado para tranquilizarse, y también para mitigar el bochorno que le produce su propia actuación. Seguro que ni Micaela, que le ha demostrado con creces que es muy inmadura, habría montado un drama como el suyo si la situación se hubiese dado del revés.

Siente una sacudida extraña al imaginarse lo contrario, que hubiera sido ella la que estaba allí en plena faena y Micaela la que la hubiera sorprendido. Sin duda, es mucho mejor que eso no pase nunca, porque la escritora italiana es tan gilipollas, que seguro que hubiera sacado el móvil para inmortalizar la escena y después chantajearla. Victoria se ríe de sus propios pensamientos y se da cuenta —después de varias horas— de que ya está lista para regresar.

Cuando está llegando, ya está oscureciendo y el cielo está invadido de una mezcla de colores anaranjados que la deja fascinada, aunque no tanto como el olor a barbacoa que le llega desde algún punto de la calle. Victoria aspira como un animal hambriento y alza la mirada buscando el humo de la barbacoa que es culpable de que haya comenzado a salivar como una perra delante de un hueso. No lo encuentra, pero al cruzar la verja de la casa donde siente que está recluida, le parece ver luz en el patio trasero. Victoria pasa a la cocina y se encuentra con la puerta trasera abierta. Intrigada, sale al patio y ve, con una mezcla de sorpresa y agrado, que la dueña de la barbacoa es Micaela.

Lo poco que quedaba de su enfado desaparece cuando se fija en todo lo que rodea esa barbacoa. El patio trasero no es muy grande, pero Micaela se ha encargado de encender las decenas de bombillas de baja intensidad y tono cálido que cruzan todo el espacio. Además, ha encendido varias velas en la mesa y ha dispuesto con un mantel blanco digno de un restaurante, una vela en el centro en medio de un plato de cerámica que ella misma ha adornado con hojas secas y dos copas de vino que acompañan una botella que reposa en una cubitera. Si fuesen pareja, sin duda sería la cena más romántica que Victoria ha disfrutado jamás.

—¿Qué es todo esto? —pregunta incapaz de pestañear por miedo a que todo desaparezca.

Micaela termina de dar la vuelta a la carne y se gira hacia ella con una sonrisa resplandeciente.

—Es mi manera de pedirte perdón. No pienses mal, ya sé que parece que voy a pedirte matrimonio —dice y sonrío de un modo encantador.

Victoria también quiere sonreír, pero está tan impresionada que solo le sale un suspiro ahogado cuando sus labios se estiran.

—No es eso —sigue explicando Micaela—, es que me gusta mucho preparar cenas así, para momentos especiales, y todavía no te he agradecido que me estés ayudando con todo esto. Sé que estás aquí por mi culpa y que no soy una persona fácil, pero si te molestas en conocerme un poco, verás que en el fondo soy encantadora —añade con un guiño travieso.

Victoria aprieta los labios con una mueca y entorna los ojos, no termina de fiarse de ella, pero debe reconocer que se ha esforzado.

—Nada de meter mujeres en esa cama mientras yo siga estando aquí —dice bajando el escalón de acceso al patio para acercarse a la mesa.

Micaela también se acerca y coge el vino.

—Te lo juro, no vuelvo a traer a nadie —dice llenando las dos copas.

Le ofrece una a Victoria y alza la suya en son de paz.

—Te prometo que a partir de ahora me centraré solo en el libro, nada de distracciones.

—Está bien —Victoria acepta el gesto como una disculpa y choca su copa con la de Micaela—. Supongo que yo también tengo que pedir perdón, no he debido ponerme como me he puesto —admite con la boca pequeña.

Micaela siente una explosión de regocijo en su interior, este es uno de esos momentos en los que su lengua mordaz, bailaría dentro de su boca escupiendo frases que encenderían de nuevo esa ira en su compañera, pero recuerda todas las palabras del editor advirtiéndole que es ella la que más tiene que perder y se muerde la lengua. Además, debe admitir que esta tregua con Victoria le gusta. El ambiente que ha creado es muy acogedor y se acaba de dar cuenta de que la compañía no puede ser mejor.

—Bueno, ¿qué tal la comida con tu hijo? —pregunta sacudiendo ese pensamiento de su mente.

Victoria se relaja y se sienta en una silla mientras Micaela vuelve junto al fuego y termina de tostar un par de rebanadas de pan después de haber sacado la carne. La escritora comienza a narrarle que todo fue bien y disfrutó de la comida, por un momento, se siente tan a gusto con Micaela, que está a punto de contarle esa preocupación que tienen ella y su exmarido sobre el comentario de la asistenta, pero decide omitirlo y, sin darse cuenta, las dos acaban hablando de momentos de su infancia y de sus inicios en el mundo editorial.

# CAPÍTULO 17

Cuatro días después

Micaela y Victoria vuelven a esa cómoda rutina que habían instaurado. Una escribe un capítulo, la otra lo lee y cuando acaba, comienza a teclear el siguiente. Llevan un buen ritmo y se sienten eufóricas. No son las únicas, Javier las felicita cada noche cuando ellas le envían el avance de su trabajo.

Hoy, sin embargo, están colapsadas. En los últimos días, han intentado recuperar el tiempo perdido y apenas se han levantado de la silla. Han escrito, leído y corregido hasta llegar a un nivel de cansancio mental que no les permite continuar.

—Necesito salir de aquí —dice de repente Victoria, quitándose las gafas y pasándose los dedos por los ojos—, estoy agotada.

—Yo también, ¿qué te parece si damos un paseo hasta el pueblo? —pregunta Micaela estirando los músculos que siente entumecidos.

—Voy a cambiarme de ropa y salimos, podemos permitirnos la tarde libre. Hemos avanzado bastante y tenemos dos capítulos que enviarle a Javier esta noche —dice Victoria, que se levanta y cierra el portátil con rapidez como si de ahí pudiese salir un monstruo.

—A mí dame unos minutos extra, necesito una ducha urgente —pide Micaela y levanta los brazos para oler sus axilas. Por la cara que ha puesto, está claro que apesta.

—Serás cerda —Victoria suelta una carcajada que a Micaela le suena a melodía—. Venga, no tardes.

Ambas se dirigen a la escalera que lleva a la planta de arriba para que una entre a la habitación y la otra al cuarto de baño. Veinte minutos después, Victoria está cerrando, tras de sí, la puerta principal de la casa y las dos se encaminan hacia el centro del pueblo. Si se les ve desde fuera, parece que van a una cita romántica. Están vestidas de manera sencilla, pero han cuidado ciertos detalles que hacen denotar que, quizá, cada una se ha vestido con la intención de agradar a la otra.

Deciden parar en una panadería que, al parecer, tiene buena fama en Vinuesa. Según les dijo Javier, hacen el mejor café de la zona y la bollería casera está para chuparse los dedos. Así que, sintiendo esa necesidad imperiosa de meter azúcar en sus cuerpos, van directas al local y, al llegar, ocupan una mesa que se encuentra en una esquina que les ofrece bastante privacidad.

—Hola, ¿sabéis lo que vais a pedir? —saluda una camarera que parece muy joven y es, tremendamente atractiva.

—¿Qué nos recomiendas? —pregunta Micaela de forma amable—, nos han dicho que aquí todo está muy bueno.

Victoria se tensa. Cuando la trabajadora se ha acercado a la mesa, la mayor de las escritoras ha notado como la chica ha clavado su mirada en Micaela. Le molesta la lascivia con que la observa, pero más le hierve la sangre con el comentario de Micaela, porque sabe muy bien que ha ido con doble sentido.

—La verdad es que sí —contesta la camarera que a Victoria le parece una buscona—.

Sobre todo los bollos, están buenísimos.

—Tráenos un café con leche, un espresso y dos bollos de esos —interrumpe Victoria con cara de pocos amigos—, gracias.

La chica hace una mueca de disgusto que ha intentado disimular sin éxito, toma nota y se da la vuelta para preparar el pedido.

—¿Puedes comportarte? Parece que estás en celo —dispara Victoria conteniendo la bola de fuego que le sube por la garganta.

—¿Perdona? —pregunta Micaela asombrada. No entiende el comentario repentino de su compañera.

—A esta no la vas a meter en la cama, tenemos un trato, y si no lo cumples, sabes que habrá consecuencias —amenaza la toledana mirándola a los ojos.

—No me estoy enterando, Victoria —dice Micaela. No sabe qué ha hecho mal para que se ponga de esa manera.

—Aquí tenéis —llega la camarera evitando que la escritora toledana siga con su reclamo—. Café con leche, y supongo que el espresso es para ti —la trabajadora sonríe mirando a Micaela con un deseo arrollador. Deja los dos bollos sobre la mesa, le guiña un ojo y se da la vuelta para marcharse.

—Es increíble —masculla Victoria, que se levanta de golpe de la silla en la que está sentada—. Me voy, se me ha revuelto el estómago. Quédate aquí, seguro te lo pasas muy bien.

—¿Es en serio? —pregunta impactada la escritora de apellidos italianos.

Pero Victoria no le contesta, ha salido con rapidez del local, dejando a Micaela tan asombrada como confusa.

—¿Me traes la cuenta, por favor? —Micaela le pregunta a la camarera que, al ver que la otra mujer salía de la cafetería, no ha dudado en quedarse cerca y mostrar su mejor sonrisa.

—¿Ya te vas? —pregunta en tono cariñoso como si tuviera mucha confianza con la escritora.

Micaela ahora entiende que lo que le ha pasado a Victoria ha sido otro ataque de celos. Aunque no le da la razón, tampoco le gusta la insinuación de la trabajadora de la cafetería. Victoria podría haber sido su pareja en vez de una compañera y a la camarera le ha importado muy poco con tal de llevársela a su terreno. A Micaela le recorre una punzada de placer al pensar en Victoria como su novia sin saber por qué.

—Te pago con tarjeta —contesta tajante la escritora emergente, haciendo que la chica enrojeciera de vergüenza al recibir un rechazo tan directo a sus insinuaciones.

—¿Quieres copia del tique? —le pregunta la camarera apenas sin mirarla.

—No, gracias —responde Micaela al tiempo que se levanta para atravesar el local a toda prisa e ir detrás de su compañera. Siente una mezcla de curiosidad, excitación y rabia que le está costando controlar.

Victoria está tan cabreada que los oídos le zumban. No se reconoce, jamás en su vida ha sentido tales celos, mucho menos por una mujer que apenas conoce y que, además, tilda de insufrible y vanidosa. Camina a toda velocidad, quiere llegar a refugiarse a su vivienda temporal. Cabecea al pensarlo porque en esa misma casa que ella considera una cárcel, también ha vivido momentos que recordará el resto de su vida.

De repente, el corazón le bombea con más fuerza cuando escucha unas pisadas apresuradas y oye que Micaela la está llamando. Victoria la ignora, pero su compañera llega



hasta ella y la coge del brazo.

—¿Puedes parar?, por favor —le pide Micaela intentando coger todo el aire posible. Victoria no contesta y sigue andando.

—¿Me puedes explicar qué coño ha pasado ahí dentro? —vuelve a hablar Micaela. Silencio.

—Vale, vale. Como tú quieras. —dice la escritora de apellidos italianos al ver que Victoria no tiene intención alguna de hablar con ella.

Llegan a la casa al cabo de unos minutos y Victoria sube, enfurruñada, a la habitación. No puede evitarlo y da un portazo que está segura de que se ha escuchado en medio pueblo, pero le cuesta controlarse, los celos se la están comiendo.

Para Micaela es la gota que derrama el vaso. No puede soportar ese tipo de actitudes y la educación que ha estado teniendo hasta ahora, se va a la mierda y esa personalidad arrogante que la acompaña casi siempre, aparece con fuerza y la invita a enfrentar a su compañera. Sube las escaleras corriendo y abre la puerta sorprendiendo a Victoria, que está de pie frente a la ventana intentando calmarse.

—No te voy a permitir que montes estas escenitas cada vez que te dé la gana —grita Micaela.

Victoria abre los ojos de forma exagerada y sin pensar, escupe lo que siempre ha pensado de ella.

—Eres una guarra, no puedes ver a una tía porque de inmediato se te funde el cerebro. No puedes evitarlo, es tu naturaleza —dice con rencor.

Micaela suelta una carcajada burlona que enfurece más a la escritora toledana.

—Y tú una mal follada, guapa. Te vendría bien un buen orgasmo. Tengo mi Enigma black de Lelo a tope de energía. Es lo mejor que he probado en años, te lo presto para que se te quite ese humor de perra rabiosa —dice Micaela a la vez que abre el armario y saca el juguete. Cuando lo tiene en la mano, extiende el brazo para dárselo a Victoria.

—Aleja eso de mí —Victoria le da tal manotazo al Lelo, que sale disparado hacia la esquina de la habitación.

—Eres una maleducada —la encara Micaela.

—Y tú, un ser desagradable —se acerca Victoria. Ambas han quedado tan cerca que una puede sentir la respiración de la otra.

—Después dices que la inmadura soy yo. Pero eres tú quien monta semejantes escenas de celos porque otra mujer intenta ligar conmigo —continúa Micaela y Victoria respira como un dragón a punto de escupir fuego.

—Yo no estaba celosa —contesta Victoria con los dientes apretados.

—Si lo estabas, reconoce que...

Micaela no lo ve venir, pero Victoria, en un rápido movimiento, posa su mano derecha sobre la nuca de su compañera y le devora la boca con rabia. A la menor de las escritoras le cuesta unos segundos reaccionar, pero cuando lo hace, lleva a Victoria hacia la pared del fondo e introduce la lengua en su boca, haciendo que la escritora toledana suelte tal gemido, que a Micaela le cuesta no correrse al escucharla. Ambas son mujeres experimentadas, pero Micaela lleva mucho tiempo acostándose con chicas, sabe muy bien cómo complacerlas y piensa desplegar todas sus armas en ese momento. Quiere que Victoria tiemble del más puro placer carnal.

—Date la vuelta —ordena Micaela con un tono de voz tan ronco, que le cuesta reconocerse a sí misma.

Victoria obedece ciega de placer. No cree recordar si alguna vez se ha puesto así de cachonda con apenas un par de besos. Micaela se pega a su espalda e introduce su mano izquierda por dentro de la camiseta de su compañera de forma lenta. Le pasa los dedos por el abdomen hasta llegar a su pecho, acariciándolo con verdadera devoción mientras pasa su lengua caliente por la nuca y la desliza hasta el lóbulo de la oreja. Victoria teme que su corazón se pare en cualquier momento, si ya estaba excitada, ahora le cuesta hasta respirar. Micaela se está balanceando tras de ella, frotando su sexo con el trasero de Victoria al tiempo que usa su mano derecha para soltar el sujetador y con la izquierda apretarle los pezones, que están tan erectos que le duelen.

—¿Estás mojada? Porque yo estoy chorreando —dice Micaela, que le coge una mano y la introduce en su pantalón para que Victoria pueda comprobar que dice la verdad.

Victoria nunca ha sido de las que da el primer paso en el sexo, pero Micaela la tiene tan enferma, que necesita hacer algo antes de que su propio sexo explote. La mayor de las escritoras se gira sin sacar la mano del pantalón de su compañera. Con la que le queda libre, abre el botón y le baja la cremallera para tener mejor acceso a ese sitio tan húmedo que está deseando devorar. Victoria la toca con maestría y su mirada se oscurece cada vez más.

—Fóllame, Victoria. Quiero tus dedos hasta el fondo —le suplica Micaela con la voz entrecortada de placer.

Victoria sigue sin hablar, las palabras no le salen, pero obedece a la petición de Micaela sin dudar. Desliza dos dedos dentro de la chica y empieza a bombearla a un ritmo que a Micaela se le antoja exquisito.

—Joder, qué bien lo haces. Fóllame más fuerte, que voy a correrme —le pide Micaela a la vez que va directa a la boca de Victoria. Siente un placer difícil de describir que, unido con la lengua de su compañera, hace que su cuerpo empiece a sufrir espasmos tan intensos que teme caerse al suelo.

Micaela se corre tan fuerte que Victoria tiene que abrazarla y ayudarla a tumbarse en la cama. La escritora de apellidos italianos mantiene los ojos cerrados y tiene una sonrisa de placer que Victoria no puede evitar mirar embobada. Lo que ocurre a continuación, es borroso para ambas. Las dos pasan horas en la cama dándose placer mutuamente y practicando tantas posiciones, que Victoria sabe que al día siguiente tendrá agujetas. Micaela por su parte, no para de darle orgasmos a su compañera, que gime confirmando lo mucho que está disfrutando.

No se detienen hasta que ninguna de las dos puede moverse. Están tan exhaustas que pasan de darse una ducha. Se meten debajo del edredón y suspiran al mismo tiempo, agotadas. Micaela se queda dormida de inmediato sobre el pecho de Victoria, hacía mucho que no disfrutaba tanto. A Victoria, a punto de entregarse a los brazos de Morfeo, se le cruza un pensamiento que la tensa por un momento, al final ha caído rendida a los encantos de la escritora porno y no tiene ni idea de qué pasará el resto de la convivencia.

## CAPÍTULO 18

El ruido de la lluvia golpeando las ventanas es el que despierta a Victoria. Estaba profundamente dormida y muy a gusto, por lo que no se mueve y trata de ubicar la procedencia del sonido. A los pocos segundos, un trueno acompaña a esa cortina de agua y Victoria piensa que le encantan los días de lluvia cuando está en casa, pero entonces un recuerdo tan fugaz como imprevisto, le atraviesa el cerebro como un fogonazo mostrándole una secuencia de escenas de ella y Micaela devorándose la noche antes. Su pulso da un acelerón y nota un corrientazo de placer atravesar su sexo como si fuera el último coletazo de esa noche de pasión.

Los ojos de Victoria se abren tanto que podría introducirse una moneda de dos euros entre los párpados sin problemas. Es consciente de inmediato de todo lo que la rodea. Se da cuenta de que está desnuda y, por el tacto de la pierna y el brazo que Micaela tiene reposando sobre su cuerpo, comprende que ella también lo está.

La mente de Victoria se bloquea de un modo extraño sin que pueda asimilar como debe lo que ha pasado. Aparta muy despacio a Micaela y sale de la cama observando con espanto la colección de ropa que hay tirada por todos los rincones de la habitación. Durante un segundo, se queda paralizada y mira a través de la ventana, con tanta prisa por darse placer, olvidaron bajar la persiana. Se queda ahí quieta con la esperanza de que ver caer la lluvia logre calmarla como le pasa en muchas ocasiones, pero su corazón sigue latiendo muy deprisa y ella no se quita la sensación de encima de que ha hecho algo muy malo. Coge ropa limpia y sale de la habitación para vestirse en el baño. Después baja a la cocina y empieza a prepararse un café mientras su cabeza va casi tan rápida como su aparato locomotor. Le parece una cagada enorme lo que sucedió anoche. A Micaela y a ella les cuesta mucho mantener una relación cordial, a la mínima saltan y lo que ha pasado es un motivo más para tener problemas.

Victoria cavila el asunto mientras termina de hacerse su café y no ve otra solución que la de llamar a Javier, confesarle su pecado y rogarle que busque la manera de sacarla de ahí sin que la editorial tome medidas contra ella. Ya lo ha decidido, así que con la taza de café en la mano, coge su teléfono y marca el número del editor al mismo tiempo que camina dispuesta a salir al porche mientras espera que descuelgue la llamada, pero ni siquiera puede salir de la cocina, porque, cuando está a punto de hacerlo, aparece Micaela con una sonrisa resplandeciente que deja fuera de juego a Victoria, que cuelga la llamada justo cuando Javier había descolgado.

—Buenos días —saluda jovial la escritora, que apenas ha tapado su cuerpo con una camiseta.

Micaela se acerca a Victoria para darle un beso en los labios, creyendo erróneamente que su compañera de batalla está viviendo lo sucedido como ella.

La han despertado los pasos torpes de Victoria cuando salía de la habitación tratando de no hacer ruido. Micaela ha sido consciente desde el primer momento de lo que había pasado, sobre todo cuando ha visto a Victoria de espaldas, desnuda y sensual antes de cerrar la puerta.

Micaela no había sentido una conexión así con nadie y está muy sorprendida de que esa persona sea Victoria, una mujer con la que a veces parece que se lleva a matar y que, sin embargo, ayer, cuando comenzaron a besarse, todo se desvaneció y tuvo la sensación de que habían nacido para estar juntas. A pesar de la larga lista de mujeres que han pasado por su cama, Micaela siempre ha sentido que interpretaba un papel con cada una de ellas, nunca se ha permitido ser ella misma porque no se sentía del todo cómoda para hacerlo, ninguna de las personas con las que ha estado le ha transmitido nunca esa confianza o tranquilidad —ni siquiera sabe cómo llamarlo— por eso cree que es conexión absoluta. El caso es que con Victoria se sintió ella misma y disfrutó del encuentro como nunca lo había hecho, incluso los orgasmos le parecieron más intensos y prolongados y no ve el momento de repetir, pero cuando Victoria se aparta de sus labios con una mueca contrariada como si Micaela fuera una apesada, comprende de inmediato que debe cambiar su estrategia, porque lo último que quiere es que la toledana salga corriendo como tiene la sensación de que pretende hacer.

—Perdona, ha sido un impulso —dice Micaela quitándole importancia a ese intento fallido de beso.

Por dentro tiene un nudo de angustia y una horrible sensación de decepción que le oprimen el pecho, pero por fuera aparenta que no le importa en absoluto. Esquiva a la escritora y pasa al interior de la cocina para coger una taza y servirse café.

—Vaya día de lluvia —dice llenando la taza mientras mira de reojo por la ventana.

Es lo primero que se le ha pasado por la cabeza, hablar del tiempo siempre funciona para romper el hielo.

—Sí, parece que no va a parar —contesta Victoria tras unos segundos de silencio.

Micaela se vuelve hacia ella.

—¿Todo bien? —pregunta dando un sorbo al mismo tiempo que apoya el culo contra el mueble de manera distraída.

Nota la mirada titubeante de Victoria sobre ella y siente la necesidad de convencerla de que lo de ayer fue maravilloso, pero decide callar y esperar para saber lo que de verdad piensa la que anoche fue la mejor amante que ha tenido nunca.

—Cometimos un error, Micaela —balbucea sin poder apartar la mirada de su cuerpo.

Victoria sigue acelerada, inquieta por lo que ha pasado y las consecuencias que puede tener, nerviosa porque quiere acabar con esa situación cuanto antes, y excitada porque Micaela, de repente, le parece la mujer más deseable que ha visto en su vida.

—¿No te gustó? —trata de mostrarse como siempre Micaela, provocándola para demostrarle que lo sucedido no tiene por qué cambiar nada.

Victoria tensa la mandíbula y aprieta los labios. No tiene intención de responder a su pregunta porque si le dice que no, le va a mentir, y si le dice que sí, engordará ese ego de por sí ya inmenso que tiene Micaela.

—Me parece que lo mejor es que llamemos a Javier y le contemos lo que ha pasado. Seguro que lo entiende y encuentra una solución para que no sigamos aquí —concluye Victoria.

Micaela siente un terror repentino ante esa posibilidad, sabe que, si Victoria se lo propone, es muy capaz de convencer al editor de que ya no necesitan seguir en ese refugio aisladas y que pueden trabajar desde sus casas conectadas a internet. Aunque ella también es muy convincente y puede rebatir todos y cada uno de los argumentos de Victoria, prefiere no arriesgarse, así que contraataca con toda la artillería pesada.

—¿A ti qué te pasa? ¿Es que cada vez que pasa algo tienes que ir corriendo a

contárselo a Javier? —escupe con rabia—. Te pavoneas de que tú eres la adulta y yo una inmadura, pero no haces más que demostrarme todo lo contrario.

A Victoria se le desorbitan los ojos cuando la escucha.

—¿Cómo te atreves? Yo no necesito ni a Javier ni a nadie, sé arreglármelas yo sola perfectamente, pero esta es una situación complicada y si quiero que nos saque de aquí, tengo que darle un motivo razonable.

—¿Es que no eres capaz de echar un polvo sin más? —brama Micaela.

Victoria la mira sin parpadear. La pregunta le ha caído como un jarro de agua fría cuando constata la poca importancia que Micaela le da a lo que sucedió.

—Por supuesto que puedo, ¿qué te piensas que hago con Vicente?

—Vicente —repite Micaela masticando cada letra mientras un torrente de celos le va corriendo por las venas.

Ahora comprende esos ataques de Victoria cuando la sorprendió en la cama con aquella pelirroja o presenció ese coqueteo de la camarera del bar. Hasta ahora no se había encontrado en esa tesitura, pero pensar en Victoria en brazos de cualquier otra persona que no sea ella, hace que la sangre le burbujee en las venas.

—Sí, Vicente —insiste Victoria cuando percibe ese deje de rabia en la expresión de Micaela, encantada de poder devolvérsela.

—Vamos a dejar claro que ese Vicente no tiene nada que hacer a mi lado, puedes reconocerlo, o no —apunta soberbia—. En cualquier caso, somos dos mujeres adultas que ayer tuvieron un calentón y follaron. ¿Es que no puedes superarlo?

—Por supuesto que puedo —se indigna Victoria.

—Pues demuéstralo y déjate de llamaditas a Javier. Sabes que formamos un buen tándem, hemos encontrado una manera de trabajar que nos resulta muy cómoda y rápida, y romper esa dinámica sería una estupidez muy grande ahora que estamos tan avanzadas.

Victoria quiere protestar y abre la boca, pero Micaela se adelanta.

—Te lo pido por favor, no dejes que una tontería como la de ayer afecte a nuestro trabajo —suplica más dócil—, si fracasamos, tú seguramente podrás seguir en la editorial, pero para mí será el fin y tú lo sabes. Si tan mal te parece lo que sucedió anoche, no se repite y punto, hacemos como si nada hubiera pasado. ¿Crees que podrás?

Micaela tiene una expresión tan vulnerable que, ahora mismo, Victoria solo siente ganas de abrazarla y, por qué no decirlo, también de besarla. Pensar en eso le provoca frustración y rabia, sobre todo porque Micaela le acaba de dejar claro que para ella solo fue una más de esa lista interminable de amantes, y ella ha sido una estúpida por caer en sus redes y ayudar a engordarla. Aun así, siente mucha empatía hacia ella, en estas semanas, sorprendentemente, le ha cogido cariño a su manera y decide que no va a dejarla tirada.

—Está bien, vamos a olvidarlo y a seguir —acepta Victoria mirándola fijamente.

—Genial, gracias —aplaude Micaela sonriente.

Se termina su café de un trago y lo deja para fregar. Las dos van juntas hacia el salón y se sientan frente al portátil dispuestas a retomarlo donde lo dejaron ayer, pero Micaela tiene una duda que la carcome y sabe que, aun a riesgo de que Victoria vuelva a enfadarse, tiene que soltarla o no podrá concentrarse.

—Oye, ahora que lo hemos aclarado todo, necesito preguntarte algo —comenta como si nada, mirando la pantalla como si lo que fuese a decir, no tuviera mucha importancia.

—Sorpréndeme —dice Victoria mirándola de soslayo.

—¿Tan malo fue acostarte conmigo?

Ese acelerón que ha sentido esta mañana vuelve a traspasar su pecho. Victoria pasa de estar espantada por todo lo que ha pasado, a estar enfadada con ella misma al darse cuenta de que no solo no fue malo, sino que se muere de ganas de repetirlo.

—No estuvo mal —suelta y Micaela esboza una sonrisa divertida.

—Ya... Tú tampoco estuviste mal —contesta sin mirarla.

Victoria también sonríe.

## CAPÍTULO 19

Tres días más tarde

—¿Qué te dijo? —pregunta Micaela nerviosa, Javier acaba de llamar a Victoria para reclamarle unos capítulos de la historia que ambas escriben.

Desde que se acostaron, esa organización que tenían y ese ritmo de trabajo tan bueno que llevaban, acabó convirtiéndose en tensión y demasiados silencios incómodos. Desde hace días nada fluye entre ellas más que esas ganas que tienen las dos de devorarse, aunque ninguna diga nada.

Han escrito apenas dos capítulos y están atascadas, tienen toda la trama montada, pero ninguna tiene la concentración necesaria para escribir más de cincuenta palabras. Cada noche, enviaban al editor que las representa, buen material para mantenerlo contento y también a la editorial. Pero de eso solo queda el recuerdo y Javier lleva tres días sin recibir lo que pide.

—Me ha preguntado si ocurre algo. De repente hemos desaparecido sin ninguna explicación y está preocupado —contesta Victoria con la voz hueca.

—¿Y tú qué le has dicho? Vamos muy adelantadas como para que se cabree —pregunta Micaela a la vez que frunce el ceño intentando hacer cuentas mentales del porcentaje que ya llevan escrito.

—Nadie ha dicho que se haya cabreado —dice Victoria en tono borde—, solo que sabe el tipo de relación que tú y yo tenemos y teme que hayamos vuelto a discutir.

—¿Le has dicho que hemos follado?

A Victoria se le resbala el teléfono móvil de la mano al escuchar esa palabra tan vulgar de la boca de su compañera. Su cerebro ha decidido actuar por libre y recuerda en bucle como Micaela le pedía una y otra vez que la follara la otra noche. Coge el aparato del suelo e intenta recomponerse.

—No, le he dicho que con el cambio de clima hemos pillado un resfriado leve y estamos tomándonoslo con calma porque sabemos que aún tenemos semanas para avanzar. Se ha quedado más tranquilo, pero esta mentira no se sostendrá por mucho tiempo —le cuenta Victoria, que se mueve de un sitio hacia otro haciendo cosas sin mucho sentido para no tener que mirar a Micaela mientras habla. Tiene miedo de que la escritora emergente le note en la mirada la excitación que le cuesta contener.

—¿Qué te parece si damos un paseo a ver si nos despejamos? —responde Micaela, que lleva tres días intentando retomar la relación con Victoria.

—No me apetece —responde parca en palabras.

—¿Y si preparo algo para merendar? Las tortitas de arándanos te gustaron mucho —insiste Micaela.

—No. Me voy a subir a la habitación a descansar un rato, me duele la cabeza —responde la escritora toledana girando sobre sus talones y desapareciendo del salón sin darle tiempo a su compañera a contestarle.

Micaela se queda muy quieta en el sofá. Siente tantas cosas a la vez que no es capaz

de definir esos sentimientos. Lo ha intentado todo, pero nada parece funcionar, Victoria se niega a hablar con ella de cualquier tema. De repente le sube un ardor hasta el pecho y se enfada mucho porque ve desproporcionado el trato que está recibiendo de parte de la otra escritora. Fue Victoria la que se lanzó a sus labios hace varias noches y desencadenó toda la pasión que vivieron durante horas. Ahora no entiende por qué su actitud es tan fría y desconsiderada, ni siquiera prueba los manjares que la escritora de apellidos italianos cocina cada día. Victoria se excusa diciendo que no tiene hambre, pero después descubre que se ha hecho un sándwich o un Cola Cao.

Micaela siente que la situación la está superando, el bloqueo ha regresado a ella de forma contundente y la única que la puede ayudar, casi no le habla. Decide llamar a sus amigas, necesita desahogarse y, sobre todo, recibir consejo. Aprovechando que Victoria se ha encerrado en la habitación, Micaela sale al patio y se va al punto más lejano en donde está segura de que no va a ser escuchada. De inmediato desbloquea su teléfono móvil y entra en la aplicación de mensajería para ubicar al grupo de las Lelas y realizar la videollamada con ellas.

—Hola, Ela —Ignacia es la primera en contestar.

—¿Qué pasa, Lelas? —aparece Valeria en pantalla.

—Chicas, estoy fatal —es lo primero que suelta Micaela con la cara descompuesta.

—¿Te ha pasado algo? —pregunta Ignacia con preocupación.

—Es que no sé ni por dónde empezar —se queja la escritora.

—Pues ya puedes comenzar a soltarlo todo, guapa que, si no, no podremos saber a quién tenemos que matar —dice Valeria en tono amenazante.

Micaela empieza a relatarles a sus dos amigas todo lo ocurrido durante las últimas semanas. Los ataques de celos de Victoria, las discusiones de cada día, cómo empezaron a fluir como compañeras y, finalmente, como acabaron revolcándose en la cama sin pudor alguno. Les cuenta con detalle como Victoria se ha cerrado a todo, a tener una simple conversación con ella, a comer juntas o escribir un mísero capítulo para la historia. Por último, manifiesta su preocupación tras las exigencias de Javier y la incapacidad que tiene para crear algo parecido a un párrafo.

—Estoy muy jodida —termina de hablar Micaela con angustia.

—¿Pero qué coño le pasa a esa mujer? —pregunta Valeria molesta—, te come la boca, te folla y después no te habla. Qué poca vergüenza tiene.

— Intenta hablar con ella otra vez, Ela. Sé que es una situación difícil, pero ambas debéis ser profesionales. No estáis en el colegio. Y menos ella, que hasta un hijo tiene —opina Ignacia.

—Es lo que he hecho, Ignacia. Pero o está avergonzada de lo que hizo o, como mínimo, tan arrepentida que no es capaz ni de mirarme a los ojos —se lamenta Micaela.

—Pues lo que tienes que hacer es volver a follar con ella. Porque esa mujer no está arrepentida ni nada. Esa lo que quiere es volver a llevarte a la cama, pero no sabe cómo hacerlo —resume Valeria con convicción. Para ella esa es la solución más acertada.

—No seas bruta —le reprocha Ignacia—. Yo creo que la mejor salida es que volváis a cómo estabais cuando empezasteis a tener buen rollo. Os ponéis a lo vuestro y listo. Cuanto más rápido avances, más pronto podréis marcharos cada una a vuestras casas.

A Micaela se le corta la respiración al pensar en esa solución. Si se pone a analizar la situación, es lo mejor que ambas escritoras pueden hacer, pero a ella le causa una ansiedad agónica tener que separarse sin más de Victoria ahora que ha disfrutado de su cuerpo y



sentido esa conexión tan increíble por primera vez en su vida.

Le duele la cabeza y, aunque alarga la conversación con sus amigas un par de minutos más se despide alegando que tiene que pensar qué hacer para luego hablar con Victoria. La realidad es que no tiene ni idea de cómo encarar esta circunstancia. Jamás le había pasado algo parecido, Micaela nunca ha necesitado rogarle a ninguna chica, está acostumbrada a que las mujeres beban los vientos por ella. Suplicarle a Victoria no está en sus planes, pero, con determinación, piensa que tienen que manejar la situación de la manera más profesional. Ellas tienen una obligación y les guste o no, han de cumplirla juntas.

Segura de sí misma, entra en la casa y sube las escaleras. Si Victoria no está dormida, aprovechará para dejar zanjado el tema. Abre la puerta de la habitación en silencio y toda esa confianza que sentía hace unos minutos, se ha ido volando cuando Micaela ve la sonrisa más bonita que ha visto en su vida. Victoria está sentada en la cama, con la espalda pegada a la pared, riendo de algo que ve en el móvil. La escritora toledana se da cuenta de la presencia de su compañera, que parece una estatua con la mano puesta en el pomo, y demuda el gesto.

—¿Qué pasa? —pregunta Victoria, que intenta sonar lo más seca posible. No puede permitirse flaquear con Micaela porque sabe muy bien lo que pasaría.

—Creo que ya está bien de tonterías, ¿no? —empieza Micaela, que ha podido reaccionar después de unos segundos—. Tenemos que hacer nuestro trabajo, Victoria. Por un polvo no vamos a arriesgarnos a que nos demanden y yo —se señala—, tampoco estoy dispuesta a ver como mi carrera se va a la mierda.

—¿Qué sugieres? Porque estos días han sido un verdadero infierno —dice Victoria haciendo que Micaela endurezca la mirada. Parece que, para la toledana, acostarse con ella y tener que verle la cara a diario, es el peor castigo que ha recibido en su vida. Nada más lejos de la realidad, han seguido compartiendo cama y Victoria pasa las noches en vela resistiendo las ganas de tocarla.

—Que nos pongamos a escribir. Si tenemos que hacer otra lluvia de ideas, revisar la trama o incluso que cada una escriba en su propio portátil, se hace. Nos acostamos, vale, pero ya pasó. Ahora es momento de seguir adelante y cumplir con los tiempos de entrega —zanja Micaela, tan enfadada como nerviosa. Odia tener que sentir esa electricidad que hay entre Victoria y ella y no poder hacer nada para canalizarla.

—Vale —contesta Victoria sin más y baja la mirada al móvil.

—Y, si puede ser, tener un poquito de educación no estaría de más —dice Micaela molesta y se gira para salir de la habitación.

Victoria la mira justo cuando la chica está de espaldas y siente un pinchazo en su sexo al no poder evitar fijarse en ese trasero tan redondo que no paró de acariciar hace unas noches. Suspira angustiada y decide levantarse para darse una ducha. Sus bragas empapadas le confirman lo difícil que será seguir durmiendo al lado de la escritora porno.

## CAPÍTULO 20

Victoria teclea velozmente sobre las teclas del portátil. Desde aquella conversación que tuvieron hace un par de días, parece que ambas han logrado concentrarse y de nuevo las palabras aparecen con una fluidez sorprendente. Mientras ella escribe, concentrada y perdida en otro mundo, Micaela —que acaba de preparar dos tazas de café— la mira absorta desde la puerta de la cocina. La escritora toledana le resulta más interesante a cada minuto que pasa y esa atracción que siente hacia ella, va creciendo sin control sin que pueda hacer nada para evitarlo.

A Micaela le gusta mucho mirarla, le encanta esa cara que pone cuando está escribiendo y la agilidad con la que sus dedos bailotean sobre el teclado. Concluye que podría pasarse horas observándola, pero prefiere no tentar a la suerte haciendo que Victoria la sorprenda y acabe con otra de sus rabietas. Se mueve hacia la mesa y le deja la taza justo al lado antes de seguir su camino hasta el sofá, donde esperará paciente a que termine para poder leer el capítulo y ponerse ella a escribir el que le toca.

—Gracias, justo ahora pensaba en lo mucho que me apetecería tomarme uno —suelta Victoria.

Micaela se gira sorprendida, está tan acostumbrada a que Victoria la ignore cuando está concentrada, que estaba segura de que ni siquiera notaría su presencia cuando le ha llevado la taza.

—No hay de qué —dice Micaela notando un latigazo de corriente sacudirle todo el cuerpo cuando Victoria le sonrío, antes de volver la mirada hacia la pantalla para continuar.

La escritora amante de las escenas eróticas se queda quieta sin poder apartar la mirada de ella, hasta que suena el timbre de la casa y la sobresalta haciendo que la taza que tiene en la mano se le derrame.

—Mierda —exclama y se sopla los dedos porque el café estaba muy caliente.

Victoria se levanta y mira la puerta y a Micaela alternativamente, decidiendo qué hacer.

—¿Te has quemado? —pregunta y finalmente se dirige hacia la escritora.

—No es nada, pero lo he puesto todo perdido —dice mirando el suelo con cara de espanto.

La carcajada que sale de la boca de Victoria es tan espontánea, que Micaela solo puede alzar la vista y contagiarse de su risa.

—Anda, ve a ver quién es, yo limpio esto —dice Victoria señalando la puerta.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Micaela de camino a la entrada.

—Yo no, seguro que es Javier que viene a tocar las narices —concluye Victoria convencida.

Micaela sonrío y abre la puerta, pero a quien se encuentra no es al editor, sino a un hombre trajeado y muy alto que la mira como si tuviera un moco en la cara.

—Hola, estoy buscando a Victoria. ¿Está aquí?

La escritora lo mira con recelo. No deja de preguntarse si será el amante de Victoria y, cuando lo piensa, le entran muchas ganas de cerrarle la puerta en las narices.

—¿Quién pregunta? —dice sin dejar de bloquear la puerta.

—Santiago, su marido.

—Exmarido —puntualiza Victoria apareciendo a sus espaldas.

Él le dedica una sonrisa que Victoria le devuelve y Micaela ya no tiene ganas de darle con la puerta en las narices, quiere pegarle una patada en las pelotas.

—Perdona que haya venido hasta aquí, pero necesito hablar contigo y Dani me dio la dirección el otro día —se disculpa mirando a Micaela de reojo.

Victoria también la mira y hace una mueca.

—Lo siento, será un momento, después termino el capítulo —le dice Victoria cruzando la puerta y señalándole la mesa del porche a su exmarido.

—Claro, no hay problema.

Micaela cierra la puerta y vuelve al interior. Se siente extraña y muy incómoda. Debería darle igual que ese hombre haya ido a ver a Victoria, es su exmarido y a ella quien le preocupa es el amante, pero al ver la complicidad que existe entre ellos, no puede evitar sentirse así; celosa.

—¿Qué pasa, Santi? —pregunta Victoria cruzando las manos sobre la mesa, preocupada.

—Vengo por lo de Dani, ya sé que te dijo que María se había confundido y lo acepto, pero está raro. Antes me cogía siempre el teléfono y ahora me devuelve las llamadas por las mañanas, entre clase y clase.

—¿Qué quieres decir? —Victoria tuerce el gesto y arruga la nariz como si olfatease los problemas. Santiago se ríe.

—Yo creo que está con alguien y no nos lo quiere decir —contesta Santiago.

—¿Por qué piensas eso?

Victoria se está poniendo muy nerviosa. Desde que está encerrada en esa casa, apenas tiene contacto con el exterior. Habla con Daniel cuando él la llama, confiada de que su exmarido lo tiene todo controlado.

—Piénsalo, si solo encuentra esos momentos para llamar, es porque por las tardes está ocupado, y debe estar con alguien a quien no quiere mencionar.

—Joder, Santiago, soy una madre de mierda —explota Victoria—. Es esta jodida casa y esa... —señala hacia el interior y se calla poniéndose el puño en la boca, después suspira con agobio y Santiago le coge la mano y se la aparta, gesto que no pasa desapercibido para Micaela, que no puede aguantar la curiosidad y los está espiando a través de la ventana de la cocina.

La sangre le hierve y suelta varios improperios en italiano, ahora quiere lanzarle una botella a la cabeza al exmarido de Victoria.

—Victoria, ¿qué te pasa? —le pregunta Santiago en tono dócil.

Puede que su matrimonio acabase como el rosario de la Aurora, pero cuando estaban bien, se lo contaban todo y se apoyaban mutuamente, quizá es lo que Victoria más ha echado de menos desde que se divorció.

—No es nada. ¿Qué hacemos con Dani? —pregunta angustiada.

—No lo sé, por eso he venido, tú eres más cabal que yo, si por mí fuera, le ponía un detective privado.

—Por Dios, Santi —Victoria se alarma, pero al mismo tiempo, suelta una carcajada que también lo contagia a él.

Micaela tiene claro que, entre otras cosas, se ha enamorado de la risa de Victoria, pero

no cuando no se la dedica a ella.

—¿Y si esta vez pruebas tú a hablar con él? —propone Victoria.

—Yo nunca me he metido en su vida privada, Vicky, ni en la que no lo es, tal vez esa sea mi cagada como padre —reconoce Santiago.

—Pues es el momento de cambiar. Si le pasa algo, a mí no me lo quiso contar, quizá contigo le resulte más fácil, los dos sois hombres y, al fin y al cabo, tenéis la misma manera de pensar. A lo mejor está encoñado con alguna compañera, o alguna profesora —los ojos de Victoria se abren como platos al pensarlo—. Joder, a lo mejor es eso, una mujer mayor que lo manipula —dice horrorizada.

—Vale, cálmate —le pide Santiago divertido—, y no saques conclusiones anticipadas. Hablaré con él, buscaré el momento adecuado y abordaré el tema, a ver si suelta algo.

—Está bien. Por favor, llámame si consigues que te lo cuente —le suplica ella.

—Sí, no te preocupes.

Victoria lo mira largamente y sonrío.

—¿Qué? —pregunta él ante su mirada inquisitiva.

—Nada, que me gusta el cambio que estás dando. Antes eras un capullo que pasaba de todo, y ahora te estás preocupando mucho por nuestro hijo.

—¿Quieres la verdad? —pregunta Santiago con gesto inocente.

—Por supuesto.

—Estoy empezando a salir con alguien. También tiene un hijo y me está ayudando a darme cuenta de todo en lo que he fallado como padre, y como marido —añade con una mueca.

—¿Eso es una disculpa, Santi? —Victoria parpadea incrédula, pero sonrío.

—Supongo que sí.

—Pues aceptada, y me alegro mucho de que hayas conocido a alguien, de verdad.

—Gracias —contesta y asiente—. ¿Me cuentas ahora qué te pasa con ella? —Santiago señala el interior de la casa con la cabeza.

—¿Con ella? Nada, nada, es solo que es un poco insufrible —intenta quitarle importancia la escritora.

—¿Estás segura de que solo es eso? —insiste Santiago cogiéndole la mano por encima de la mesa—. Te noto muy tensa.

—La verdad es que me pone de los nervios por diversos motivos, pero prefiero no hablar de ello por ahora, Santi, de verdad —dice suspirando.

En el fondo, desea contarle a alguien lo que pasó la otra noche y todo lo que siente por Micaela desde entonces, pero todavía no se siente lista para hablar de esas cosas con su exmarido, así que se despiden con la promesa de que él se ocupará del tema de Daniel y la mantendrá informada.

Cuando Victoria entra en la casa, Micaela no puede disimular la cara de disgusto, tanto roce de manos con ese tal Santiago y tantas sonrisitas, la tienen echando chispas por los ojos.

—¿Te pasa algo? —pregunta Victoria cuando sus miradas conectan.

—¿A mí? Nada —contesta seca y se sienta en una silla con las piernas cruzadas.

Victoria se sienta frente al portátil y mira la pantalla, pero se ha distraído tanto con la visita de su exmarido, que le cuesta centrarse.

—¿Por dónde iba? ¿Había terminado de escribir? —le pregunta a Micaela.

—Tú sabrás —escupe la italiana y se levanta para irse al sofá.

—¿A ti qué coño te pasa? —pregunta Victoria sin entender ese cambio repentino en su comportamiento.

—No me pasa nada, y acaba de una vez que nos estás retrasando —suelta sin mirarla.

Victoria toma aire y lo deja salir lentamente, bastante tiene con sus problemas como para aguantar las tonterías de Micaela, así que decide que no le va a dar el gustazo de discutir y se centra en el capítulo.

La escritora toledana lee hasta tres veces lo que ha escrito, pero la actitud de Micaela la tiene tan desconcertada, que es incapaz de centrarse en nada que no sea ella y, cuando se quiere dar cuenta, está tratando de adivinar motivos por los que puede estar así, pero como no encuentra ninguno, ella también se va irritando y al final cierra el portátil y se gira hacia ella. Micaela no para de resoplar como un búfalo y hace botar una rodilla de manera compulsiva.

—¿Me piensas decir lo que te pasa? —pregunta Victoria.

Micaela se gira sorprendida.

—No me pasa nada. ¿Ya has acabado? —pregunta haciendo un gesto hacia el portátil.

—No, no he acabado porque me pone nerviosa que no pares de soltar bufidos. Dime qué te pasa de una puta vez —exige Victoria cada vez más alterada.

—He dicho que no me pasa nada, solo tengo un mal día. No me hagas caso.

Micaela se levanta y pasa por su lado ignorándola por completo, zanjando así la conversación.

—¿A dónde vas? —pregunta Victoria a punto de estallar de rabia. Si hay algo que no soporta, es que la dejen con la palabra en la boca.

—A darme una ducha, acaba de una vez —brama Micaela pisando con fuerza cada escalón.

Victoria se queda quieta observando el movimiento enloquecedor de sus glúteos cuando sube. En cuanto Micaela desaparece de su vista, trata de serenarse. Cierra los ojos y se frota las sienes mientras intenta coger aire lentamente, pero nada funciona, porque algo le está burbujeando por el cuerpo. Siente mucha rabia que se mezcla con otra cosa a la que no es capaz de poner nombre, y no se piensa quedar con ese resquemor dentro solo porque la escritora italiana tiene una rabieta.

Victoria, impulsada por una fuerza que no controla, se levanta y sube las escaleras decidida a que le dé una explicación. Encontrarse la puerta del baño cerrada no es un obstáculo para su determinación, por lo que, sin aminorar el paso, la abre con fuerza y solo se detiene cuando se encuentra con Micaela completamente desnuda.

El corazón de ambas da un acelerón incontrolable y sus miradas se conectan haciendo que la temperatura del habitáculo se dispare. Victoria iba dispuesta a exigir una explicación, pero está tan excitada que ha olvidado su cometido. Micaela la mira como un animal hambriento que por fin ha encontrado su manjar más deseado. Ni siquiera se lo piensa, solo estira el brazo y agarra a Victoria del jersey hasta pegarla a su cuerpo de manera tan abrupta, que su culo impacta contra el mármol del lavabo.

Victoria, mareada de deseo por tenerla tan cerca, se deja arrastrar cuando Micaela se impulsa y se sienta sobre el mármol antes de rodearla con las piernas.

—Fóllame, joder —exige la escritora italiana con un susurro ronco que desata a una Victoria que lleva días conteniéndose.

## CAPÍTULO 21

—Joder, esto era lo que necesitaba —dice Micaela con los labios hinchados y abrazada al cuerpo de Victoria. Ambas están sudadas después de pasar un buen rato follando como dos marsupiales.

—Necesito una ducha —responde Victoria suspirando, aunque ella se considera fogosa en la cama, tener sexo con Micaela es un deporte de alta competición.

—¿Quieres ducharte sola o puedo acompañarte? —pregunta la escritora emergente intentando sonar desinteresada para que no se noten las ganas que tiene de estar bajo el agua caliente con su compañera.

—Pero solo a ducharnos —la señala Victoria con el dedo índice—, y con la condición de que me cuentes qué es lo que te ha pasado antes.

Micaela tuerce el gesto, apenada. Ahora se siente infantil con ese ataque de celos que sintió cuando vio al estirado del exmarido de Victoria.

—Fue un arrebato tonto. No le des importancia, tenía muchas ganas de volver a follar contigo, pero cuando he visto a Santiago he sentido que mi oportunidad se esfumaba —confiesa con las mejillas rojas, en parte por la vergüenza y por la agitación que ha tenido hace unos momentos.

Victoria sonrío abiertamente, está halagada porque Micaela se sienta atraída por ella y tiene claro que el sentimiento es mutuo. La escritora toledana ya no puede ocultar que la chica le parece preciosa y que hasta ese carácter tan insoportable que a veces tiene, le resulta atractivo.

Ambas entran en la ducha y, aunque les cuesta controlarse, logran salir de ella, vestirse con algo cómodo y bajar al salón para tomar una copa de vino como ha propuesto Micaela y así hablar con tranquilidad sobre lo que ocurre entre ellas. Tienen que ser adultas y dejarse de tanta tontería.

—Gracias —dice Victoria cuando Micaela le ofrece la bebida, le encanta que la chica sea tan atenta—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—¿Hacer qué? —pregunta Micaela frunciendo el ceño, por un momento se ha perdido en los ojos de la escritora veterana y no entiende la pregunta.

—No nos puede volver a pasar lo de hace unos días. Nos hemos vuelto a acostar y tenemos que definir qué haremos ahora —explica Victoria y toma un trago de su copa de vino. Pensar en el momento que acaban de pasar en el baño, le acelera la respiración.

—Yo quiero seguir follando contigo —responde Micaela, quizá, con demasiada rapidez—. Podemos seguir escribiendo mientras nos lo pasamos bien.

Victoria ha tenido tiempo de pensar en eso mientras se vestía. Confiesa que le atrae su compañera, pero tiene bastante claro que con la escritora porno solo puede pasar un buen rato mientras estén encerradas en esa casa de Vinuesa.

—Esto se acaba cuando terminemos de escribir el libro —decide Victoria. Para Micaela, esa respuesta es como sentir cien cuchillos atravesándole el pecho, pero hace ver que no le afecta.

—Me parece bien —contesta sin mirarle a la cara.

—Entre nosotras no puede haber nada más, somos demasiado incompatibles — continúa explicando Victoria sin darse cuenta del dolor que le está causando a Micaela—. Yo tengo que centrarme en mi hijo ahora mismo y tú en cuidar tu carrera. No querrás dejar de acostarte con todas las que te siguen, ¿no?

A Micaela le parece de muy mal gusto su comentario final y además le duele que Victoria se cierre a cualquier tipo de relación entre ellas sin ni siquiera probar lo que pueda pasar. Pero la escritora de apellidos italianos continúa con la misma expresión de desenfado, no piensa demostrarle ni por un segundo que le arde el estómago al notar su indiferencia. Así que se pone esa máscara egocéntrica que caracteriza su personalidad y responde con tono distraído.

—Estamos de acuerdo entonces. No nos parecemos en nada y jamás se me pasaría por la cabeza tener algo más serio contigo —dispara envenenada—, pero está claro que follamos de maravilla y sería una estupidez no disfrutarlo mientras acabamos con el trabajo.

Victoria siente un pinchazo causado por la decepción al escuchar esas palabras, aunque le molesta mucho más entender que le duele que Micaela no valore la posibilidad de tener una relación con ella. No es que Victoria quiera tener algo más con la escritora italiana, pero su ego se ve pisoteado tras escucharla. Se pregunta si esa forma de pensar de Micaela es solo con ella o con todas las mujeres.

—Tenemos un trato —Victoria levanta la copa para brindar y sellar el acuerdo, aunque por dentro sienta que quiere gritar y preguntar qué coño tienen otras que no tenga ella. Pero se contiene y hace un amago de sonrisa que espera que haya sido creíble. Si alguien pudiera leer sus pensamientos contradictorios, pensaría que está completamente loca—. Lo que sí creo es que tenemos que definir algunos puntos.

—Tú dirás —responde Micaela, que toma el último sorbo que le queda de vino y mira la copa preguntándose qué ha pasado con el resto del líquido.

—Tenemos que seguir con un buen ritmo. No podemos descuidar la escritura por nada del mundo —dice Victoria.

—Esa es la idea, ¿algo más?

—Si ponemos algunos horarios, creo que lo podríamos llevar mejor —propone la escritora toledana, que siempre ha sido muy organizada y confía en que esa es la clave para el éxito.

—Pues a mí eso me parece muy complicado porque, por ejemplo, yo ahora mismo tengo muchas ganas de ponerme encima de ti, comerte esa boca tan provocativa que tienes y que me folles fuerte —suelta Micaela como si nada—, si creas esos horarios que dices, no sé si podré resistirme.

A Victoria se le mojan las bragas de solo escuchar a su compañera con esa voz ronca que tan sensual le parece, le recuerda cuando están teniendo sexo y Micaela le pide más. La mayor de las escritoras abre la boca varias veces para decir algo, pero se ha quedado bloqueada, la excitación que siente y esa mirada felina que Micaela le está regalando, no la dejan pensar.

De repente, el teléfono móvil de Victoria empieza a sonar. Su editor lleva días muy pesado, quizá, por miedo a que las escritoras vuelvan a retrasarse con las entregas. Victoria piensa por unos segundos en no contestarle, pero sabe que, si no lo hace, su insistencia será cada vez mayor.

—Dime, Javi —le responde acalorada.

—Hola, Vicky, ¿te pillo en mal momento? —le pregunta el editor que, por la forma de

contestar, piensa que ha interrumpido algo.

—Sí, bueno, Micaela y yo estábamos revisando unos puntos de la trama que no nos convencían —miente Victoria como una bellaca mientras ve de reojo la sonrisa cómplice de Micaela.

—Me alegra escuchar que estáis fluyendo, sois mis chicas favoritas —Javier les hace la pelota y Victoria no puede evitar poner los ojos en blanco. Hace muchos años que conoce a su editor y sabe bien que esto se lo dice a todos.

—¿Me llamabas para algo en especial? —pregunta la escritora toledana impaciente, quiere que la llamada acabe ya.

—Nada, era para saludaros y saber si necesitabais algo —miente Javier, Victoria sabe que su editor quiere estar informado del avance que llevan y sobre todo, comprobar que aún no se han matado la una a la otra.

—Ahora que lo mencionas, creo que me vendría bien un día libre. Estoy preocupada por Dani y estaría bien ir a verlo para estar un rato con él —confiesa Victoria recordando de repente la visita de su exmarido.

—¿Ha pasado algo? —pregunta el editor con verdadera preocupación.

Victoria le explica lo que Santiago le contó esa mañana sobre lo que está ocurriendo con el hijo de ambos. Le dice que no sabe qué hacer al respecto y que, aunque su exmarido se comprometió en hablar con Daniel, ella siente la necesidad imperiosa de mirar a su hijo a los ojos para confirmar que todo está bien.

—Me siento una madre de mierda, Javi. No descifrar que mi hijo está ocultando algo, me hace ver que no estoy haciendo bien mi papel —confiesa llena de culpa.

—¡Eh, Vicky! Eso no es así, tú eres una excelente madre y no lo has podido hacer mejor con Dani. Hace unos días lo vi y te aseguro que está muy bien —le cuenta para que Victoria se tranquilice un poco.

—¿Cómo que lo viste? ¿Dónde? —pregunta la madre de Daniel, intrigada, sabe bien que Javier y su hijo no frecuentan los mismos sitios.

—Recuerda que a veces le encargo portadas o le doy algunos trabajos sencillos para que nos ayude y además tenga dinero para sus cosas —se apresura a aclarar—. Siempre te he dicho que Daniel es muy bueno en lo que hace y tiene mucho futuro.

—Sí, es verdad, a veces estas cosas se me van de la cabeza—responde Victoria un poco más tranquila, pero con una sensación extraña en el cuerpo. No le gusta que se le escapen los detalles de la vida de su hijo.

—Hacemos algo, Vicky. Déjame ir a verlo, lo invito a comer y luego te cuento lo que saque de allí, ¿te parece?

—Sí, gracias, Javi. Su padre también va a hablar con él, pero al fin y al cabo, es su padre y a lo mejor hay cosas que no quiere contarle. Quizá contigo hable más suelto —le dice Victoria agradecida.

—No te preocupes, que seguro que está bien y son solo tonterías. Tengo que dejarte, cariño. Dale saludos a Micaela, mañana os llamo —se despide Javi dejando claro que las llamadas de seguimiento no van a parar.

Aunque se ha quedado más tranquila, Victoria siente la mente embotada. Entre la conversación con Micaela y lo que pasa con su hijo, de repente tiene una sensación de cansancio que la consume y solo quiere echarse un rato, cerrar los ojos e intentar descansar. Cuando se gira a decirle a Micaela que se va a la cama un rato, nota una mirada tan compasiva en ella, que el corazón de la escritora toledana se acelera como un cohete en



pleno despegue.

—¿Qué te parece si nos echamos un rato la siesta? —le pregunta Micaela dejándola de piedra. Victoria cada vez está más segura de que la conexión que hay entre ellas es tan fuerte como real.

—Sí, me vendría bien —balbucea Victoria.

Micaela sonrío y se levanta del sofá. Ambas suben las escaleras en silencio y se descalzan para meterse en la cama. La más joven de las escritoras, se acuesta bocarriba y de inmediato atrae a su compañera para que esta se acueste contra su pecho. Victoria lo hace sin rechistar y parece que llevan realizando esta acción juntas toda la vida, porque se amoldan a la perfección y sueltan un suspiro de gusto al mismo tiempo. Victoria siente un repentino pánico, sabe que lo que siente por Micaela no es una mera atracción y no puede evitar pensar en el error que sería enamorarse de ella, la escritora porno solo piensa en sexo y nada más. Si Victoria se prenda de ella, más le vale prepararse para soportar las consecuencias de querer a Micaela de Lucca Bianchi.

## CAPÍTULO 22

—Madre mía —exhala Victoria, dejando que su torso caiga derrotado sobre la mesa donde escriben, solo que no estaba escribiendo, está de pie, con los pantalones y la ropa interior por los tobillos y Micaela situada justo detrás, con la mano todavía entre sus piernas.

La escritora italiana se inclina sobre ella y le da un beso en la nuca. Nota el sudor por su cuello y frota la nariz mientras aspira y sigue repartiendo besos por su mejilla hasta que se retuerce y llega a sus labios. Victoria sonrío, entre satisfecha y agotada tras otro orgasmo tan bueno como los que lleva dos semanas experimentando. Apoya los codos mientras recupera el aliento y lentamente, se incorpora del todo hasta que se gira y queda cara a cara con Micaela, que la mira sofocada y risueña.

Victoria apoya el trasero en el escritorio y aprieta a su compañera contra su cuerpo sintiendo que no puede despegarse de ella.

—No podemos seguir así —quiere sonar firme, pero se le escapa una sonrisa que provoca una carcajada en Micaela.

—Ya lo sé —admite y encoge los hombros—, pero es que te veo... —menea la cabeza de lado a lado, confirmando así que le resulta completamente imposible resistirse. Victoria se ha convertido para ella en una especie de droga que le provoca la misma adicción que ella a la escritora toledana.

Cada día desde hace dos semanas —cuando decidieron que podían darse el gustazo de tener relaciones mientras dure el encierro— tienen esta misma conversación al menos un par de veces. Desde entonces, apenas han avanzado en la escritura porque, cuando no es una, es la otra, pero se pasan el día enganchadas, ya sea follando o dándose arrumacos mientras conversan sobre mil cosas hasta que pierden la noción del tiempo. Y ahora ha vuelto a pasar.

—Sí, sé que no te puedes resistir —bromea Victoria—, pero ahora en serio, Micaela, como no nos centremos, vamos a tener problemas. Todo lo que habíamos avanzado lo hemos perdido en estos días y Javier ya está que trina. A mí ya no se me ocurren más excusas.

Victoria intenta que la conversación se vuelva seria, lo intenta cada día y nota que Micaela también trata de implicarse, pero cuando se dan cuenta, pasa como ahora, que los dedos de la escritora porno ya están de nuevo jugando entre sus pliegues.

—Joder, para —exhala Victoria doblada de placer.

Micaela se muerde el labio y la penetra sin contemplaciones porque sabe que es lo que Victoria quiere. La escritora toledana suelta un gemido contra su cuello y le da un mordisco que por poco hace que Micaela se corra.

—Te portas mal —jadea Victoria.

—Uno más y te prometo que me pongo a escribir —asegura Micaela con voz ronca.

Victoria se sienta en el escritorio, la rodea con las piernas y la aprieta contra ella mientras los dedos de su mano derecha, apartan la ropa interior de Micaela hacia un lado, notándola empapada. Los siguientes minutos vuelven a olvidarse de lo que las ha llevado ahí y se permiten disfrutar una de otra hasta que se sienten satisfechas.

—Vale, se acabó —jadea Victoria entre sus brazos, todavía sin aliento. Trata siempre de ser la que pone orden, pero no tiene mucho éxito.

Micaela asiente sin despegarse de su cuerpo, el orgasmo la ha dejado sin fuerza y siente que las piernas todavía le tiemblan. Victoria suelta una risotada y le da un beso en el hombro mientras mantiene el abrazo, pero el momento de complicidad absoluta se ve interrumpido cuando su teléfono comienza a sonar sobre el escritorio.

—Mierda —masculla Micaela, que puede ver la pantalla—. Es Javier.

—Joder, pues lo coges tú —dice Victoria atusándose el pelo como si él pudiera verla.

La escritora de apellidos italianos se separa de ella y hace un movimiento negativo con la cabeza mientras se recoloca la ropa interior. Victoria resopla como un búfalo y se sube las bragas, momento en el que la llamada se corta. Las dos cruzan una mirada de incertidumbre, ya han recibido varios avisos de Javier y, precisamente ayer por la mañana, Victoria le prometió que a última hora le enviarían dos capítulos que obviamente no han escrito.

—¿Crees que se dará por vencido? —pregunta Micaela mirando el teléfono.

Victoria no tiene tiempo de contestarle, porque de inmediato, alguien comienza a aporrear la puerta de la casa. A las dos se les desboca el corazón y, durante un instante, se miran sin saber qué hacer.

—Joder, es él —sisea Micaela encorvándose como si pudiera esconderse.

—¿Qué haces? —Victoria la mira como si fuera tonta y Micaela se yergue de inmediato.

—A lo mejor se marcha si no hacemos ruido —susurra la escritora italiana.

Javier aporrea la puerta con más fuerza.

—¡Abrid de una vez! —grita, colérico.

—Vale, pues no se va a ir —deduce Micaela.

—No, corre, ve a ponerte un pantalón —la insta Victoria.

Micaela se mira las piernas desnudas y asiente, muy nerviosa.

—Un momento, Javi —grita Victoria, que corre al baño para lavarse y adecentarse un poco.

Cuando ya sale del baño, por poco impacta contra Micaela, que sale de la habitación vestida y dispuesta a bajar.

—¿Qué haces? —la intercepta Victoria cogiéndola del brazo—. ¿Vas a recibirlo con olor a coño? Ve a lavarte —ordena y Micaela abre los ojos como platos.

—Sí, joder, qué cerda soy —se ríe con una carcajada que provoca que Victoria baje por las escaleras muerta de la risa.

—Hola, Javi —saluda Victoria tras recomponerse.

El editor entra como un torbellino, sin darle los dos besos que suelen ser normales en ellos y mirando en todas direcciones.

—¿Dónde está Micaela? —pregunta ceñudo.

—¿Quién? —intenta ganar tiempo Victoria.

—No me toques las narices, Vicky.

—Estoy aquí —Micaela baja por las escaleras y casi se mata cuando tropieza en el último escalón.

—Joder —exclama asustado Javier—. ¿A vosotras qué os pasa? —pregunta tras sujetar a Micaela antes de que esta acabe comiéndose la pared del comedor.

—¿Quieres algo de beber? Pareces estresado —le ofrece Victoria.

—No quiero nada, lo que quiero es que me digáis qué narices pasa con el manuscrito.

Javier, rojo de ira, señala el sofá. Las dos escritoras se miran entre ellas y se sientan, él hace lo mismo en una silla, que coloca frente a ellas.

—Voy a ser muy claro porque parece que cuando hablamos por teléfono no me tomáis en serio. A estas alturas ya tendríais que haber acabado o estar a punto, y salvo que queráis darme una jodida sorpresa y enviarlo todo junto, yo solo tengo la mitad del libro.

Micaela mira a Victoria de soslayo y traga saliva con angustia. Espera que su compañera diga algo que las saque del aprieto, que se le ocurra una solución, pero la escritora toledana permanece en silencio, aceptando el rapapolvo con aplomo.

—Decidme, ¿tenéis el manuscrito? —la pregunta de Javier es retórica y cargada de ironía, pero las mira de manera penetrante esperando una respuesta.

—No —contesta Victoria al ver que Micaela se ha quedado inmóvil.

—Joder —cabecea Javier—. Entonces todos estos días me habéis estado mintiendo cuando decíais que estabais puliendo detalles, ¿no es así?

—Lo terminaremos —habla por fin Micaela.

El editor se levanta y Victoria lo mira con preocupación, nunca lo ha visto tan enfadado.

—Os lo voy a dejar claro porque me parece que no lo comprendéis. Si no podéis cumplir con los plazos me lo tenéis que decir ahora mismo, todavía estoy a tiempo de inventar alguna historia para retrasar un poco la fecha de publicación, pero es el último salvavidas que voy a lanzaros, como volváis a fallarme y, sobre todo —añade señalando a las dos—, tomarme por tonto, os espabiláis con los abogados de la editorial.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que tengas que retrasar la fecha? —pregunta Victoria.

—Quince días, pero sinceramente, ya no sé si puedo fiarme de vosotras y prefiero daros algo más de tiempo.

El comentario le duele a Victoria como una puñalada. Ella ni siquiera debería verse envuelta en ese problema, si está ahí, es por el bloqueo de Micaela y la jugarreta que le hizo su amigo, pero no tiene ganas de discutir algo que ya no tiene solución, eso sí, no piensa consentir que insinúe que no está a la altura de lo que él esperaba.

—No hagas nada, lo tendrás en quince días —asegura mirando fijamente a Micaela, que asiente muy seria.

—Está bien, quince días, vamos hablando —Javier se levanta y se dirige hacia la puerta.

Micaela se queda sentada sin moverse, pero Victoria lo persigue y lo intercepta en la puerta.

—Espera, Javi —le pide tocando su hombro.

El editor se detiene y se gira hacia ella. Aunque está muy enfadado, Victoria no deja de ser su amiga.

—¿Qué pasa?

—¿Has vuelto a ver a Dani?

Al igual que su exmarido, el editor también le dijo que había hablado con Daniel y que su hijo seguía asegurando que no le pasa nada, y que si no coge el teléfono por las tardes, es porque está estudiando. La versión que dio a ambos fue la misma y eso dejó más tranquila a Victoria, que además habla con él casi a diario por teléfono sin que él comente nada raro, pero, aun así, tiene esa intuición de madre que la tiene inquieta.

El editor levanta la mirada como si buscara en sus pensamientos y acaba negando.

—No, no he vuelto a verlo, pero puedo llamarlo para comer otra vez si así te quedas más tranquila —se ofrece olvidando el enfado de hace unos segundos.

—No, no, tampoco quiero que se agobie. Gracias, Javi, quédate tranquilo, tendrás el manuscrito a tiempo —le asegura antes de volver hacia el interior de la vivienda.

—Sé lo que vas a decir —dice Micaela en cuanto Victoria cierra la puerta a sus espaldas.

—Muy bien, ¿y qué propones? Porque ya lo hemos intentado todo y no hay manera, si estamos juntas, no podemos escribir —concluye la escritora contrariada.

—Fácil —Micaela ha elaborado un plan mientras Victoria estaba fuera y se siente orgullosa—. Cuando te toque escribir a ti, yo me voy a dar un paseo y no vuelvo hasta que me avises, y cuando me toque a mí, te vas tú.

Victoria cavila unos segundos.

—El plan no es malo, pero tiene una fisura.

—¿Cuál? —Micaela tuerce el morro convencida de que su plan es perfecto.

—No podemos cruzarnos. Si tú acabas de escribir y yo vuelvo, esos minutos en los que coincidimos son de peligro absoluto, eso no puede pasar.

—Joder —se ríe Micaela—, es verdad. Pues nada de coincidir. Acabo y me largo, y tú no vuelves hasta que yo esté lejos.

—Hay que definir hacia dónde va cada una para que no nos crucemos —apunta Victoria—, pero sí, es un buen plan.

—¿Crees que nos pondríamos a follar en plena calle? —bromea Micaela.

—No, pero sí que te comería la boca para que dejes de decir cosas tan soeces —suelta Victoria, que se acerca a Micaela y la arrolla con su cuerpo al mismo tiempo que la besa.

## CAPÍTULO 23

Una semana después

—¿Me puedes explicar qué es lo que te pasa?

Victoria gira la silla en la que Micaela lleva rato escribiendo de una forma tan compulsiva que la tiene asustada. La escritora toledana le coge la cara con cariño e intenta descubrir qué es lo que la mantiene en ese estado.

—Nada —miente como una bellaca la más joven de las dos e intenta girarse para continuar aporreando las teclas.

—No me mientas —contesta Victoria seria—, si no quieres explicarme lo que ocurre, no pasa nada. Solo quiero saber si estás bien.

Después de aquella visita de Javier, ambas pusieron de su parte. En el trastero de la casa que comparten de forma temporal, consiguieron una gran pizarra en la que marcaron los días de la semana y los capítulos que deberían quedar escritos a diario. Al principio una se quedaba en el ordenador y la otra salía de la casa para dar un paseo tal y como habían acordado, pero, al tercer día, se dieron cuenta de que preferían estar cerca mientras trabajaban, así que, armándose de voluntad, se esforzaron por encontrar la manera de trabajar y cumplir sus objetivos sin que ninguna tuviera que ausentarse, y quedaron encantadas cuando se dieron cuenta de que eran capaces de hacer las dos cosas; cumplir con el objetivo y follar hasta caer agotadas.

Se han puesto al día con los retrasos del manuscrito, pero al mismo tiempo, también se han acercado mucho. Están enganchadas la una a la otra, aunque ninguna lo mencione en voz alta e incluso se lo nieguen para sí mismas.

—Estoy bien, de verdad —insiste Micaela.

Victoria sabe que miente, cada vez que le habla a la escritora de apellidos italianos, esta le contesta con monosílabos, ni siquiera ha tocado ese café espresso que tanto le gusta; y la tostada que hace más de una hora le ha preparado, se ha quedado fría sobre la mesa.

—Como quieras, pero que sepas que odio que me mientan.

—Solo estoy nerviosa —suelta Micaela al ver que Victoria está a punto de salir del salón.

La escritora toledana se gira y la observa, valorativa. Micaela se da cuenta de que su respuesta no es suficiente, así que decide ir con todo y le pide lo que realmente necesita en ese momento.

—No te miento, Victoria —dice mirándola fijamente—, me he levantado muy inquieta esta mañana, pero necesito relajarme y estaría muy bien que me follases ahora mismo, porque te veo ahí mirándome así de ceñuda y me pongo muy cachonda.

Victoria no se esperaba semejante respuesta, pero la petición de Micaela no va a caer en saco roto porque su sexo se ha sacudido de excitación y ahora solo puede pensar en darle lo que le pide. No dice nada, se acerca con calma hasta la mesa que ambas usan para trabajar, gira un poco la silla de Micaela y se arrodilla frente a ella sin dejar de mirarla. A la escritora porno se le acelera el corazón y de inmediato se humedece al anticipar lo que va a ocurrir. Desde que las dos mujeres empezaron a acostarse, Micaela ha sentido una debilidad

tremenda por la lengua de Victoria. Tiene un gran historial de conquistas, pero la escritora toledana es, sin duda, con la que más ha disfrutado en la cama.

—Abre bien las piernas y deja que te vea —le exige Victoria con la voz estrangulada de la excitación.

Micaela obedece y ve como a su compañera las pupilas se le dilatan al máximo.

—Me encanta ver ese brillo —Victoria acerca la mano a la entrepierna de Micaela y pasa un dedo con lentitud entre sus pliegues.

—Joder, Victoria —suspira la escritora de apellidos italianos y abre más las piernas cuando su compañera tira de ella por las caderas.

Victoria empieza a saborear la intimidad de Micaela, a estas alturas, ya la conoce lo suficiente y sabe que disfruta mucho del sexo oral. Se toma su tiempo, quiere desesperarla para que el orgasmo llegue con más fuerza. Micaela cierra los ojos intentando controlar los espasmos de placer que empiezan a formarse en su vientre. Le cuesta mucho no correrse con rapidez cuando es la lengua de Victoria la que la mata de placer. Echa la cabeza hacia atrás al sentir

los dedos de la escritora veterana hundirse en ella con maestría.

—Córrete para mí, Micaela.

Micaela suelta un grito que sale feroz. No puede parar de correrse, el movimiento rítmico de los dedos de Victoria, que ahora están clavándose dentro de ella, la tiene enloquecida.

—¿Estás bien? —pregunta la mayor de las dos mujeres tras unos segundos.

Micaela sigue despatarrada en la silla y no ha dicho ni una sola palabra.

—Ahora sí —sonríe la escritora de apellidos italianos—. Gracias.

—No tienes que dármelas —dice Victoria acariciándola con ternura—. Estoy preocupada por ti.

Micaela se incorpora y la mira fijamente. Solo han pasado pocas semanas desde que se acuestan, pero se siente tan bien con Victoria que, de repente, un latigazo de pánico le azota el pecho. No se puede permitir sentir nada por ella, tiene claro que su compañera no busca nada más que pasar el rato hasta que acaben de escribir esa novela que al principio parecía un castigo y que ahora se ha convertido en una entrada directa al paraíso.

—Mis padres me han llamado —Micaela decide hablar del tema para dejar de analizar lo que siente por Victoria—, están aquí.

—¿En el pueblo? —pregunta Victoria con cara de espanto. De repente ha sentido un pánico muy parecido al que vivió cuando conoció a sus exsuegros varias décadas atrás.

—En España —le aclara Micaela—. Llegaron a Madrid hace unos días, pero piensan venir hoy a comer conmigo. Suelen volar desde Italia varias veces al año por negocios.

—¿Y cuál es el problema? —se interesa la escritora toledana.

—Mis padres no apoyan mi estilo de vida, para ellos soy la vergüenza de la familia —dice Micaela con la mirada perdida. Por más que se haga la fuerte, le duele que sus padres no se sientan orgullosos de ella.

—Eso no puede ser cierto —contesta la mayor de las dos.

Aunque sabe que Micaela es una prepotente de mucho cuidado, está segura de que es una fachada que ella misma se ha construido para los demás. Victoria ha podido conocer a esa mujer de mente brillante e ideas asombrosas mientras han estado internadas en Vinuesa, es imposible que alguien sienta vergüenza de Micaela.

—Ellos tenían otros planes para mí. Para mi padre es inaceptable que me dedique a

escribir, sobre todo literatura erótica. Y mi madre afirma que he perdido la cabeza y estoy tirando mi futuro a la basura.

—Ser escritora es una de las profesiones más bonitas que existe. Da igual el género, lo importante es lo que logramos con nuestras historias —sonríe Victoria—. ¿Sabes a cuántas personas hacemos felices a través de nuestras letras? Tus padres deberían ver las filas de gente que se forman para que su hija firme uno de sus ejemplares.

Micaela la mira cautivada y esboza una sonrisa de oreja a oreja. Ojalá sus progenitores pensaran lo mismo que Victoria. Pero la realidad es muy distinta y bien sabe que eso no va a cambiar.

—No te preocupes —continúa Victoria—, le mando a Javier lo que tenemos y mañana seguimos. Así puedes descansar y luego tienes tiempo de prepararte para esa comida.

—Prefiero acabar con este capítulo, me mantiene ocupada. Además, luego pierdo el hilo y me cuesta mucho retomar.

—¿Quieres que te haga otro café? No creo que con lo maniática que eres quieras tomarte ese frío —Victoria señala la taza abandonada en una esquina de la mesa.

—Solo si te tomas uno conmigo —pide Micaela con su mejor cara de embaucadora.

—Ahora vuelvo —responde Victoria al tiempo que le guiña un ojo y se gira en dirección a la cocina.

—Sigo sin entender lo que haces aquí. Podrías venir con nosotros a Italia —espetea Giancarlo de Luca, el padre de Micaela.

La familia de Luca Bianchi lleva una hora en un restaurante modesto en las afueras de Vinuesa, el mejor que encontraron en la zona. La madre de Micaela está disgustada, no solo porque su hija escribe —según ella— historias ofensivas, sino porque se ha ido a ese pueblo que queda en el fin del mundo y donde no sirven ningún vino de calidad. No han parado de machacar a la escritora, pero por primera vez, Micaela, no se siente afectada por los comentarios de sus padres. Antes de marcharse de casa, Victoria se despidió de ella con un beso en los labios, diciéndole que ella sí que estaba orgullosa. Eso le dio fuerzas y ahora le importa una mierda lo que digan sus progenitores.

—Estoy aquí escribiendo, papá. Ya te lo he explicado —responde con fastidio.

—¿No has pasado mucho tiempo jugando a escribir? —esuce su padre—, es momento de madurar.

—Razón lleva tu padre, tus primas ya están casadas con buenos hombres, casi todas ya tienen hijos y tú te vienes a España a perder el tiempo. Es increíble —suelta Antonella Bianchi a la vez que dibuja una mueca de asco en los labios tras darle un sorbo a ese tempranillo que le ofreció el camarero.

—¿Y ser una mantenida que dependa siempre de un hombre? Porque eso son mis primas, unas conformistas que se quedan en casa aguantando los cuernos de sus maridos con tal de no trabajar. Nunca han dado un palo al agua ni lo darán —Micaela responde tan tranquila que se siente la tensión en la mesa. Parece la calma que precede a la tormenta.

—¿Y tú sí que lo has dado? —contesta Giancarlo, rojo de ira.

—Más de uno, papá. Tú que eres ahora tan moderno, pon mi nombre en el buscador y verás. Ahora si no os importa, me voy a seguir jugando a ser escritora. No os preocupéis por la cuenta que ya la pago yo —responde Micaela levantándose de la mesa con una elegancia que en realidad no tiene.

Antonella y Giancarlo se miran asombrados, pero sin poder decir nada. Están acostumbrados a que Micaela, por muy rebelde que sea, se quede callada o, por el contrario,



estalle en gritos, pero esta vez no ha pasado ni lo uno ni lo otro y eso los ha dejado mudos.

Micaela sale sonriente del restaurante, siente que por primera vez ha defendido su posición como una mujer adulta. Eso la llena de orgullo, pero también de incertidumbre. Hace unos meses su reacción hubiese sido la de siempre, totalmente diferente a la de hoy. Entonces piensa en Victoria y en todo lo que la ha cambiado. Ha sido ella y sus palabras de cariño la que la han hecho madurar y es justo eso lo que la pone nerviosa. Micaela se detiene en seco cuando una corriente le atraviesa la espalda y el pecho, tiene un pensamiento fugaz, pero real, y eso la pone en alerta cuando se pregunta si lo que le pasa es que se ha enamorado tanto de la escritora cursi que ya no se imagina una vida sin ella a su lado.

## CAPÍTULO 24

Victoria y Micaela están frente a la casa donde han pasado prácticamente dos meses en los que al principio se sintieron recluidas y castigadas y, al final, les parecía que ese era el hogar del que no deberían marcharse.

Las dos observan la fachada en absoluto silencio, con sus respectivas maletas ya cargadas en el coche, listas para marcharse y no volver. Javier les dio quince días para acabar el manuscrito y han cumplido el objetivo, aunque también —de manera inconsciente— ambas han apurado hasta el último de ellos a pesar de que podrían haberlo enviado hace tres días.

—Bueno, pues ya está —murmura Victoria, que comienza a sentirse muy incómoda y decide que lo mejor es terminar cuanto antes con la situación.

Se da la vuelta y se sube en el coche, lo que provoca que Micaela, con el pecho encogido en un nudo de angustia y una sensación de vacío que la está devorando desde que ha cerrado la cremallera de su última maleta, se vaya instaurando lentamente dentro de ella. Echa un último vistazo a la casa, tratando de grabar en su mente el montón de recuerdos tan intensos que ha vivido con Victoria desde que pusieron un pie dentro. No quiere olvidarse de ninguno, ni siquiera de los malos momentos, porque ha llegado a la conclusión de que todos ellos forman parte de una historia a la que no sabe si podrá sobrevivir. Lanza un último suspiro e imita los pasos de la escritora toledana, subiéndose en el coche y dejando la mirada clavada en la fachada mientras se alejan.

A pesar de que el trayecto hasta Madrid es largo, ninguna es capaz de decir nada. Las dos están absortas en sus propios pensamientos, incapaces de reconocer en voz alta que esa aventura que comenzó con la unión forzada para escribir un libro que a ninguna de las dos les apetecía y que después se convirtió en la pieza clave para unir las en algo mucho más fuerte que ninguna vio venir, se ha terminado.

Cuando lleguen a Madrid, ya no tendrán ninguna excusa para pasar tiempo juntas. Su rutina volverá golpeándolas con fuerza y provocará que se enfrenten por separado al sentimiento de vacío que esa conexión que ha nacido entre ellas y que va mucho más allá del colegueo profesional.

Sorprendentemente, el camino se les hace corto y cuando se quieren dar cuenta, Victoria está entrando en el aparcamiento de la editorial. Llegan con el tiempo justo para entrar en el despacho de Javier y tener esa reunión para las que el editor las ha convocado.

—¡Ya estáis aquí! —exclama exultante en cuanto entran por la puerta.

Javier apenas ha dormido esa noche, después de tantas semanas de incertidumbre y problemas de enfrentamientos entre las dos escritoras, no tenía la certeza de que fueran a terminar y, cuando ayer le pasaron la parte final del libro, no pudo resistirse y estuvo leyendo hasta que terminó.

—Me encanta el final —dice antes de estampar dos besos a cada una—. Sentaos.

Javier les señala las sillas al otro lado de su mesa y se sienta ocupando su lugar frente a ellas.

—¿Qué os pasa? —pregunta torciendo el gesto—. Deberíais estar encantadas, tanto

martirizarme con que queráis salir de aquella casa, y ahora que estáis fuera, parece que venís a un entierro —comenta confundido.

Micaela y Victoria cruzan la mirada tan solo unos segundos. Ninguna de las dos ha sido consciente hasta ahora de que la imagen que proyectan es puro reflejo de lo que sienten; desolación. Como si lo hubieran consensuado y de manera espontánea, ambas fuerzan una sonrisa, pero resulta tan falsa, que el editor pone cara de circunstancias y Victoria se ve obligada a intervenir.

—Estamos contentas, Javi —asegura mirando de reojo a Micaela—, es solo que estas dos últimas semanas han sido muy intensas y estamos agotadas.

Micaela siente unas repentinas y absurdas ganas de reír, pero, en su lugar, vacía los pulmones con tanta fuerza que, sin buscarlo, su gesto apoya la explicación de Victoria.

—Pues espero que aprovechéis estos días para descansar, porque la editorial va a dar prioridad a vuestra publicación y todo irá más rápido de lo habitual —explica el editor, alternando la mirada entre una y otra al mismo tiempo que abre la agenda en su ordenador—. La portada está lista a falta de que deis vuestra aprobación final y, en cuestión de días, comenzará a anunciarse la futura publicación, por lo que las promociones comenzarán y os adelanto que ya tengo concertadas varias entrevistas.

Victoria y Micaela asienten a todas las explicaciones de Javier. Ambas saben cómo funciona el tema y lo único que les sorprende es que todo vaya a ir tan rápido, por lo demás, están habituadas.

—En fin, creo que eso es todo. Justo antes de que llegaseis os he mandado un correo con mis impresiones sobre lo que me enviasteis ayer y algunos puntos marcados que creo que se pueden mejorar. Lo de siempre, vamos. El resto del manuscrito ya se está corrigiendo, así que esta rueda ya es imparable —aplaude feliz al mismo tiempo que los tres se levantan.

Las escritoras caminan hasta la puerta, pero Javier, siempre galán, se adelanta y la abre.

—Estamos en contacto. Descansad estos días, os lo habéis ganado —dice sonriente.

Se despiden con los habituales dos besos y Victoria y Micaela bajan las escaleras del edificio sabiendo que se van a enfrentar a ese momento incómodo que tanto temen; la despedida.

Una vez fuera, las dos se detienen frente a la puerta y miran al cielo con expresión pensativa. La escritora toledana se está poniendo muy nerviosa, durante todo el camino de regreso, ha podido reflexionar lo suficiente como para darse cuenta de que, para ella, lo que han tenido encerradas en esa casa, ha sido mucho más importante de lo que había creído hasta ahora. Mira a Micaela de reojo y la nota tan nerviosa como ella, pero Victoria es incapaz de adivinar lo que pasa por la cabeza de la escritora italiana. En las últimas semanas, ha tenido la oportunidad de conocerla mejor y llevarse la grata sorpresa de que, dejando a un lado esa prepotencia por parte de la escritora que tanto le molesta, Micaela no es esa mujer fría y descerebrada que ella creyó en un principio, pero tampoco está segura de que esa mujer a la que ha conocido en Vinuesa, haya surgido solo porque estaban encerradas y no tenía a nadie más con quien interactuar.

Victoria sacude la cabeza y deja de pensar en ello, se repite que ambas llegaron a un acuerdo para esos días y que ya han terminado, por lo tanto, todo lo demás también.

—Bueno —rompe el hielo Victoria y se gira hacia Micaela estampándole dos besos en las mejillas—. Yo me marchó ya, que me muero de ganas de ver a mi hijo. Ya nos

veremos en la presentación.

La escritora italiana recibe los dos besos con sorpresa y al mismo tiempo con decepción, porque no esperaba una actitud tan fría por parte de Victoria. Al contrario que la escritora toledana, durante el camino de vuelta, ella no ha dejado de darle vueltas a la posibilidad de continuar fuera lo que tuvieron dentro. El único problema es que no ha encontrado la manera de abordar esa conversación, pero ahora que ha visto la reacción de Victoria, se da cuenta de que haberlo hecho, hubiera sido un error. Es evidente que, para la amiga de Javier, lo que pasó en Vinuesa, se queda en Vinuesa.

—Claro, dale recuerdos de mi parte —dice turbada, reprimiendo las ganas de llorar que tiene.

—Por supuesto —Victoria se queda paralizada unos instantes, por un momento, duda de si debería proponerle verse en otras circunstancias, como tomar un café y tal vez hablar de eso que le está quemando el pecho, pero Micaela se da la vuelta y empieza a caminar con paso rápido hacia la calle.

## CAPÍTULO 25

—Qué imbécil eres, Micaela —se grita a sí misma la escritora de apellidos italianos.

Ha llegado a su casa tan turbada como incómoda. Todo el trayecto en taxi lo ha hecho con la cabeza embotada y sin parar de darle vueltas a los últimos acontecimientos ocurridos entre ella y Victoria. Está muy enfadada por pensar que la veterana escritora podría querer seguir esa aventura fuera de la casa que compartieron las últimas semanas. Quizá se esperaba un rechazo, al fin y al cabo, habían llegado a un acuerdo, pero lo que nunca pensó que ocurriría fue la manera tan fría en la que Victoria se ha despedido de ella. A leguas se nota que, para la escritora toledana, los días que pasaron juntas no significaron nada.

De repente a Micaela se le cierra la garganta y no puede seguir reteniendo esas ganas de llorar que lleva aguantando desde que se marchó de la editorial porque, al abrir la maleta, nota que toda su ropa guarda el aroma de Victoria y eso termina de derrumbarla. Decide llamar a las Lelas, necesita el apoyo de sus amigas y que la ayuden a salir de ese estado en el que se encuentra por primera vez en su vida.

—La hija pródiga aparece —responde Valeria con su habitual tono borde.

—¡Ela!, ¿ya estás en Madrid? —pregunta Ignacia, risueña.

A las dos amigas les cambia el gesto cuando ven en la pantalla de sus móviles la cara de Micaela, tiene los ojos hinchados y la nariz roja, sinónimo de que ha estado llorando y que el objetivo de la llamada no es solo saludar.

—¿Dime a quién tengo que matar? —suelta Valeria, levantándose del sofá como un resorte y quitándose la manta que tenía encima como si le picara.

—¿Podéis venir a mi casa esta tarde? —habla Micaela con la voz rota.

—Yo en un par de horas puedo estar ahí, tengo una reunión ahora mismo de la que no me puedo zafar, pero en cuanto acabe, zanjo un par de cosas y voy a tu casa —contesta Ignacia angustiada—. ¿Qué ha pasado?

Micaela guarda silencio, si abre la boca para decir algo, teme que ese río de lágrimas que apenas ha podido parar, vuelva con más fuerza. Se sorbe los mocos en un vano intento de llenar sus pulmones y serenarse.

—Tranquila, en unas horas estaremos allí —dice Valeria.

Aunque ella es la más gruñona de las tres, sufre mucho cuando a sus amigas les ocurre algo. Además, conoce muy bien a la escritora y sabe que, en momentos como esos, le cuesta hablar. Sabe que Micaela necesita algo de tiempo para calmarse antes de poder contar lo que le haya ocurrido.

—Sí, Ela, no te preocupes que, cualquiera que sea el problema, lo resolveremos juntas — afirma Ignacia.

Micaela sigue callada, con la mirada encharcada clavada en la pantalla. Lo único que hace es mover la cabeza de forma afirmativa para indicar a sus amigas que no se ha quedado paralizada y que las espera en su casa.

Tras colgar, la escritora revelación da una bocanada de aire tan grande que, si alguien estuviera con ella en su casa, se quedaría sin oxígeno. Lo mantiene en sus pulmones y vuelca la maleta de un solo movimiento, recoge toda la ropa entre sus brazos y, a grandes

zancadas, se dirige a la lavadora para meterla y cerrar la puerta con fuerza. Echa jabón y suavizante en el compartimento y enciende la máquina para eliminar todo rastro de Victoria de sus prendas. No siente alivio, ni tampoco estrés al darse cuenta de que no ha separado la ropa por tejido y color —una de sus grandes manías— como suele hacerlo. Sigue con ese dolor punzante en el pecho que no la deja pensar con claridad.

Decide mantenerse ocupada mientras llegan Valeria e Ignacia, no puede estar de pie en el medio del pasillo con la cabeza dándole vueltas como el tambor de la lavadora. Abre las ventanas para ventilar la casa, tras varias semanas sin estar allí, huele a cerrado y a polvo. Quita la suciedad que se ha acumulado en los muebles y, tras una limpieza rápida, se va a la ducha. Para su alivio, el tiempo ha pasado más rápido de lo que creía.

—Hola —Ignacia es la primera en saludar a Micaela y salta a sus brazos para darle un abrazo de oso.

—¿Cómo estás? —Valeria se acerca a las dos amigas que se mantienen abrazadas y le da un beso en la cabeza a la escritora.

—Hecha una putísima mierda —responde con sinceridad Micaela.

—Ya verás cómo con esto te encuentras mejor —Valeria levanta una bolsa de tela que contiene cerveza y vino—. Vamos a planear un asesinato.

Micaela suelta una inevitable carcajada, solo ha pasado un par de minutos en compañía de las Lelas y ya siente que su corazón empieza a latir con un poco de normalidad.

La escritora saca copas y su vaso favorito para servir el vino y la cerveza. Empieza a contar a sus amigas —que la miran expectantes— como cambiaron las cosas y lo que parecía imposible, se hizo realidad. Victoria y ella empezaron a pasarlo muy bien, se compenetraron de tal forma que parecían una pareja, de hecho, más de una vez se cogieron de la mano cuando iban dando un paseo hasta el bar que eligieron como favorito en Vinuesa.

—No me digas que la hetero flexible se ha enamorado y te da pena romperle el corazón —comenta Valeria con una ceja levantada y el brazo estirado para que Ignacia le eche más vino.

—La que se ha enamorado soy yo y me han dado calabazas.

Ignacia escupe el vino como un aspersor hacia la mesa baja que tiene frente a ella. Ha visto a Micaela triste en varias ocasiones, por perder las entradas de un concierto, por alguna discusión con sus padres o por ese bloqueo que la llevó a recluirse en Vinuesa, pero es la primera vez que la ve rota por amor y, sobre todo, la única vez que alguien la ha rechazado.

—No me jodas —exclama Valeria, atónita.

—Alguna vez tenías que enamorarte, ¿no? —Ignacia no sabe ni qué decir.

—El problema no es enamorarme, es que Victoria me ha demostrado otra cosa mientras hemos estado juntas. Ha sido una mujer cariñosa y atenta que se ha preocupado por mí en todo momento. Estaba segura de que ella se sentía igual que yo.

—Pero ¿te dijo que no quería nada contigo?

—No necesité palabras, su actitud me lo ha confirmado todo. Teníais que ver la frialdad y la rapidez con la que se despidió de mí. Como queriendo quitarse de encima ese tedioso trámite.

—¿Se puede ser más hija de puta? —pregunta Valeria—, vale que no quiere seguir con ese rollo que os habéis montado, pero que se haya portado así al final, me parece

asqueroso.

Ignacia abraza a Micaela al ver que de nuevo se rompe, aunque Valeria tenga razón, es muy burra expresándose y la escritora está tan dolida que cualquier comentario de ese estilo la hunde más.

—Creo que voy a cederle los derechos del libro a Victoria, no me siento con fuerzas para todo lo que viene. La gira promocional nos obligará a pasar mucho tiempo juntas y no puedo estar así con ella, y menos si me enfrento a la última cara de Victoria que vi antes de irme de la editorial —revela Micaela entre lágrimas.

—¿Qué dices?, ni se te ocurra —para el asombro de las dos amigas, Ignacia es la que habla y se levanta del sofá con el ceño fruncido—. Entiendo lo que estás pasando, lo sabes. A mí me han roto el corazón tantas veces que no puedo ni contarlas con los dedos de las manos. Pero regalar tu trabajo, tu esfuerzo y dedicación a una mujer que no ha sabido comportarse como una adulta y, por el contrario, ha huido como una niña de una relación, eso sí que no.

Micaela y Valeria observan a la tercera amiga con los ojos abiertos como discos de acetato.

—Yo no me creo que esa mujer no quiera nada contigo —sigue Ignacia—, lo que pienso es que se ha asustado. Entré en esa casa casi a la fuerza, obligada a pasar tiempo con alguien que ni siquiera le caía bien y ha salido encantada contigo. No ha sabido manejarlo y su comportamiento ha dejado mucho que desear.

—Se ha enchochado y se ha portado como una putarraca mala —traduce Valeria y toma un sorbo de vino orgullosa de su ingenio.

—No sé, de verdad no tengo idea de qué creer. Es todo muy confuso —comenta la escritora.

—Yo creo que tienes que descansar, Ela. Dejar que pasen los días para que puedas ver la situación con la mente más fría. Tomar decisiones así, no es lo más acertado.

—Pocas veces te doy la razón, Ignacia. Pero hoy —Valeria trastea su móvil en busca de algo de música—, como dice la canción, vamos a pasárnoslo bien. Tienes que despejarte, Micaela. Así que levanta, es hora de mover el esqueleto.

Micaela suspira, no tiene ganas de nada más que acurrucarse y echarse a morir. Eso de que le rompan el corazón es algo nuevo para ella y no sabe cómo manejarlo. Pero quizá sus amigas tengan razón, es posible que al pasar de los días se sienta mejor y siga adelante como siempre. Así que se pone de pie y levanta su vaso de cerveza rogando, internamente, que el dolor pase lo más rápido posible. No sabe lo equivocada que está.

## CAPÍTULO 26

Victoria camina hacia el edificio de Daniel con tranquilidad, no como ayer cuando se despidió de Micaela. La escritora toledana comenzó a dar pasos militares, con la espalda recta y la mirada fija en la primera bocacalle. Sabía que a sus espaldas estaba Micaela y la tentación de volverse era demasiado grande, pero no fue capaz de hacerlo, todo ese torrente de sentimientos que burbujeaban dentro de ella la tenían confundida y necesitaba distancia para aclararse.

Llegó hasta el edificio de Daniel caminando y, los casi cuatro kilómetros que tuvo que recorrer desde la editorial, la ayudaron a serenarse y concluir que había hecho lo correcto. Micaela es una mujer directa y descarada, si hubiera querido mantener lo que empezaron en esa casa de Vinuesa; se lo habría dicho, ¿o no? Victoria resopló y llamó al timbre, pero nadie abrió la puerta y cuando llamó a Daniel para preguntarle dónde estaba, su hijo le recordó lo que ya le había dicho el día anterior —también por teléfono— que esa tarde la iba a pasar en la biblioteca preparando un trabajo con unos compañeros.

—Perdona, hijo —se disculpó sacudiendo la cabeza y se despidió para no molestarlo y que siguiera con sus estudios.

Haber olvidado algo así la hizo darse cuenta de lo distraída que estaba, por mucho que le doliera como madre, la mayoría de sus pensamientos esos días, estaban enfocados en Micaela.

Victoria se fue a su casa de Toledo, donde pasó la noche sin apenas dormir. Echaba de menos notar como la escritora italiana se movía cada hora durante la noche hasta acabar con medio cuerpo encima de ella, algo a lo que se acostumbró muy rápido.

Cuando se ha levantado esta mañana, ha tenido que hacer una cafetera para que ese olor a café matutino al que la tenía acostumbrada Micaela, invadiera toda la casa, incluso se ha descubierto a sí misma, pasmada frente al baño mientras pensaba en lo nerviosa que se pondría Micaela al ver todos sus productos de cosmética sin ordenar.

Victoria suspira con un agotamiento que no es físico justo cuando de nuevo, llega hasta la puerta del edificio de Daniel. No le ha avisado de que venía porque era muy temprano cuando ha salido de su casa —prácticamente huyendo de la soledad que siente sin Micaela— y ha decidido darle una sorpresa. Mira la hora antes de pulsar el botón del timbre y comprueba satisfecha que ya son algo más de las once de ese sábado. Sabe que su hijo suele levantarse sobre las diez y solo espera no despertar a su compañero. La escritora pulsa el timbre y se asusta cuando casi de inmediato, una voz ronca y fuerte que no es la de su hijo, pregunta quién es.

—Soy la madre de Daniel, ¿puedo subir?

—Sí, claro.

Un chasquido desbloquea la puerta y Victoria sube hasta la tercera planta. En el rellano encuentra una de las puertas abiertas y a un chico rubio con gafas de pasta, delgado como una hoja y pálido como una pared. A Victoria le da muy buena impresión de inmediato.

—Soy Mario, es un placer conocerla —dice estrechándole la mano antes de dejarla



pasar.

—Lo mismo digo.

Mientras él cierra la puerta, Victoria echa un vistazo rápido por todo el salón, un vistazo de madre, con ojos de halcón, buscando cualquier indicio de actividades que puedan hacer saltar todas sus alarmas, pero no encuentra nada. Todo está relativamente ordenado, salvo por una mesa inundada de apuntes. No huele a tabaco ni le parece que haya signos de que allí se monten fiestas de estudiantes.

—Dani está en la ducha —explica Mario mientras se cuelga su bandolera—. Yo ya me iba, he quedado para comer con mis padres y tengo casi dos horas en tren —añade sonriente—, pero puede usted esperarlo aquí, está en su casa.

—Gracias, Mario. Disfruta de la comida.

Mario le sonríe antes de marcharse y, cuando cierra la puerta, el único ruido que se escucha en el apartamento, es el del agua cayendo dentro del baño. Victoria permanece inmóvil durante unos segundos sin saber muy bien qué hacer, pero movida por esa curiosidad de madre, decide que, ya que tiene que esperar y que su hijo tardará porque le gusta recrearse en la ducha, quiere ver mejor el lugar donde vive. Primero echa un vistazo rápido a la cocina y siente la tentación de fregar los platos que tienen en el fregadero de la cena de la noche anterior, pero después recuerda que si abre el grifo, a su hijo le saldrá el agua fría, así que sigue el recorrido y llega hasta el pasillo, donde están las dos habitaciones. Asoma la cabeza en la de la izquierda y, enseguida, concluye que esa es la de Mario porque la cama está hecha de manera muy pulcra y a Victoria le costó decenas de discusiones con su hijo para al final solo conseguir que al menos estirase las sábanas.

Se asoma en la siguiente y, en efecto, no hay duda de que es la de Daniel, ahora que vive solo, la cama vuelve a estar deshecha como si en ella hubieran dormido una manada de leones.

—Qué fuerte —dice para sí y entra sin pensar.

Victoria solo quería echar un vistazo en el apartamento, pero viendo la cama así, le están doliendo los ojos, así que la hace y se regocija en lo que ella llama paz visual mientras la observa cuando coloca el cojín justo en el centro, dando por terminada su obra.

Un silencio repentino invade el apartamento cuando Daniel por fin cierra el grifo del agua, eso saca a Victoria de su trance y se da la vuelta para salir de la habitación y esperarlo en el salón, pero entonces algo llama su atención y hace que la escritora se detenga en seco. Su mirada marrón se clava en un panel de corcho situado a la derecha del escritorio donde estudia Daniel y su corazón comienza a desbocarse mientras le sube un calor muy incómodo por la espalda. Victoria se acerca y parpadea varias veces mientras mira las siete fotografías que hay clavadas con chinchetas, mezcladas entre recortes de revistas o notas que Daniel ha ido colgando. En esas fotografías que aparentemente pasarían desapercibidas para cualquiera menos para ella, su hijo está en actitud cariñosa junto a Javier, su editor, en distintos puntos de la ciudad o en esa misma habitación.

La mente de Victoria comienza a hervir y se siente tan trastornada por lo que está viendo, que no es capaz de manejarlo en ese momento, necesita salir de ahí y procesarlo antes de hablar con su hijo o matar a Javier, no lo tiene claro, así que a toda prisa, sale del apartamento y baja las escaleras como si el edificio estuviera en llamas.

Una vez en la calle, toma varias bocanadas de aire y mira en todas direcciones sin saber qué hacer. Está muy alterada y no quiere tomar una mala decisión, así que camina hasta su coche, se mete dentro y cierra los ojos mientras intenta serenarse.

Lo primero que se le pasa por la cabeza es llamar a su exmarido Santi, sin embargo, cuando está a punto de deslizar el dedo sobre el botón de llamada, Victoria se detiene y reflexiona. Si ella tiene ganas de estrangular a Javier con sus propias manos y tirar su cuerpo en un pantano con una roca atada en los pies para que no vuelva a salir a flote, Santiago —que es más explosivo que ella— no tardará ni dos segundos en colgarle el teléfono cuando conozca la noticia para ir en busca del editor y hacerle algo que sin duda será mucho peor.

—Mierda —masculla al borde del colapso.

No sabe qué hacer, en una situación así, donde necesita consejo y a alguien que la calme, acudiría sin duda a Javier o, en segundo lugar, a Santiago, pero no puede hacerlo con ninguno. El primero porque es el culpable de su nerviosismo, y el segundo porque querrá matar al primero. La única persona que aparece en su mente y la hace sentir una calma que la sorprende, es Micaela. Victoria echa la cabeza hacia atrás y la apoya en el asiento. Siente que no tiene derecho a llamarla, que su buena relación solo existe dentro de la casa de Vinuesa y que, probablemente, ahora vuelva a encontrarse con aquella Micaela prepotente e insufrible que, con toda seguridad, estará acompañada por alguna chica a la que se ligaría anoche, pero sus dedos no obedecen a su cerebro y cuando se quiere dar cuenta, ya la está llamando.

Con cada tono de llamada que emite el teléfono, Victoria siente un latigazo dentro del pecho que termina con un agradable hormigueo que se expande por su cuerpo cortándole el aliento. Está a punto de darse por vencida cuando escucha su voz.

—Hola —saluda Micaela.

Su tono evidencia su desconcierto y su sorpresa por la llamada de la escritora toledana.

—¿Te pillo en mal momento?

A Victoria se le ha estrangulado la voz al escuchar a una mujer decirle algo a Micaela que ella no ha podido entender.

—Estoy tomando un vermut con mis padres —contesta seca—. ¿Por qué llamas?

Victoria sabe que debería colgar, pero está tan angustiada que solo tiene ganas de llorar, y quiere estar con Micaela.

—Ha pasado algo y necesito hablar con alguien —dice sin disimular su disgusto—, y solo puedo hacerlo contigo.

Micaela parpadea confundida y al mismo tiempo siente que algo se rompe dentro de ella. Nunca había notado a Victoria tan vulnerable y decide dejar a un lado toda esa ira que hasta hace un minuto sentía hacia ella para ayudarla.

—¿Es muy grave? —trata de valorar Micaela.

—No, supongo que no. Perdóname por interrumpirte, hablamos en otro momento.

Victoria se maldice por haberla llamado, y mucho más por haberlo hecho justo en el preciso momento que vuelve a estar con sus padres, sabiendo la relación tan tensa que hay entre ellos.

—¿Dónde estás, Victoria? —pregunta Micaela.

—Cerca del apartamento de mi hijo.

—¿Aquí en Madrid?

—Sí.

—Vale. Pues te envió la dirección de mi casa. Ve yendo para allá, yo llego en media hora —decide la escritora italiana.

—Pero Micaela...

—Ve, Victoria.

## CAPÍTULO 27

Victoria pone la dirección de Micaela en el navegador sin estar muy segura de estar haciendo lo correcto. Ayer salió prácticamente huyendo de la escritora de apellidos italianos y hoy, en cuanto ha tenido un problema, solo ha podido pensar en ella.

Durante todo el trayecto, no deja de darle vueltas al asunto de Daniel y Javier, ahora que sabe lo que pasa, comienza a atar cabos y todo tiene sentido para ella. De repente, comprende esa insistencia de su hijo por irse de casa de su padre, donde no podía recibir las visitas del editor ni verlo en su casa porque Javier está casado. Cuando piensa en esto último, aprieta el volante con tanta fuerza que le duelen los dedos y los nudillos se le ponen blancos.

A su mente viene el recuerdo del día de la presentación de Micaela, cuando Daniel apareció acompañado de Javier alegando que quería darle una sorpresa a ella, ahora está segura de que, a quien en realidad quería ver, era al editor. Y, por último, comprende esa disponibilidad absoluta que Javier siempre le ha mostrado por comer con Daniel cuando ella no podía hacerlo. La rabia crece dentro de ella como la llama de una hoguera, puede comprender que su hijo le oculte una relación como esa, pero se siente traicionada por Javier, al que siempre ha considerado su mejor amigo.

Pensando en eso llega a casa de Micaela y aparca justo en la puerta. La escritora italiana vive en una zona acomodada de Madrid, en una casa adosada que a Victoria le parece demasiado sobria para alguien como la escritora porno. Apenas han pasado diez minutos cuando un Uber se detiene en paralelo a su vehículo y de él se baja Micaela. Victoria no es capaz de contener el salto que le da el corazón dentro del pecho, ni el suspiro que exhala tras el cosquilleo repentino que le recorre el torso.

Micaela, detenida frente al coche de Victoria y mirándola a través de la luna delantera, experimenta las mismas sensaciones que la escritora toledana, pero trata de reprimirlas y no mostrar ningún tipo de emoción porque no quiere llevarse otra decepción.

—No tendrías que haber cambiado tus planes por mí —dice Victoria en cuanto baja del coche.

Las dos quedan frente a frente y sienten unas ganas irrefrenables de besarse.

—No los he cambiado, ya estaba terminando —a Micaela la voz le sale casi inaudible. Su mirada se ha clavado en los labios de Victoria que, de manera inconsciente, se los acaba de humedecer.

Sin decir nada, Micaela sube los tres escalones que dan acceso a su casa e introduce la llave en la puerta. Victoria la sigue muy de cerca y no espera a que la invite a entrar, en cuanto ambas han accedido al interior, la más veterana de las escritoras, cierra la puerta con más fuerza de la necesaria y se gira hacia Micaela, que la arrolla con su cuerpo al mismo tiempo que busca sus labios hasta encontrarlos y fundirse en el beso más ardiente que recuerdan haberse dado. No pasan del salón, enganchadas como si temieran separarse, caen sobre el sofá y dejan que se desate toda la pasión que han retenido desde que salieron de la casa de Vinuesa.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta Micaela levantándose del sofá.

Está despeinada, con el pantalón desabrochado y medio bajado y el pulso todavía disparado tras el orgasmo.

—Agua, por favor, tengo la boca seca —pide Victoria mientras intenta localizar sus pantalones y sus bragas.

Micaela va a la cocina y regresa con una jarra y dos vasos y, como en un acuerdo tácito que no han llegado a verbalizar, las dos deciden no mencionar lo que acaba de pasar.

—Bueno, cuéntame —dice Micaela mientras llena el vaso de Victoria—. ¿Qué es eso tan grave que te ha pasado?

—Javier tiene un lío con mi hijo Daniel —dispara Victoria.

A Micaela la noticia la coge tan desprevenida, que derrama el agua que vertía en uno de los vasos.

—Joder, ¿de verdad? —pregunta sentándose a su lado.

—Sí.

—Creía que Javier estaba casado —comenta Micaela.

—Y lo está, está casado y ha embaucado a mi hijo, el muy cabrón.

Micaela la mira un momento mientras trata de digerir la información y encontrar la manera de ayudar a Victoria a calmarse.

—¿Cómo te has enterado? ¿Te lo ha dicho Daniel? —intenta situarse mientras observa los rasgos de Victoria y concluye que hoy le parece más guapa que nunca.

—No.

Victoria le relata todo lo sucedido y Micaela la escucha atenta hasta que acaba.

—Joder, sería una trama estupenda para una novela —dice sin pensar.

La escritora toledana la mira sorprendida y, cuando Micaela va a disculparse por lo inoportuno de su comentario, Victoria estalla en una carcajada que la ayuda a relajarse un poco.

—Sí, desde luego, sería un buen libro —reconoce divertida contagiando a Micaela.

Sin darse cuenta, han recuperado esa complicidad que desarrollaron durante su encierro y ambas se sienten muy a gusto, olvidando por completo la incertidumbre que les produce lo que sienten la una por la otra.

—No sé qué hacer, si se lo cuento a Santiago, me da mucho miedo su reacción. Él también conoce a Javier, sabe que está casado y, además, joder —Victoria se echa las manos a la cabeza—, tiene edad para ser el padre de Dani. Mi hijo es un crío y él...

—Bueno —Micaela la interrumpe poniéndole una mano sobre el brazo que produce una descarga por el cuerpo de Victoria que la deja paralizada—, yo no tengo hijos y soy incapaz de saber cómo te sientes, pero me puedo hacer una idea. Quizá lo mejor es que hables con Javier antes de contárselo a tu exmarido, o con Daniel. Tal vez solo ha sido un lío tonto.

—No es un lío tonto, Micaela, tú no has visto cómo se miraban en esas fotos, además, esto no es de ahora, en algunas fotografías llevan ropa de invierno y en otras de verano.

—Vaya —dice con las cejas arqueadas—, no veas con Javier, y parecía tonto.

—Tonto lo voy a dejar yo cuando lo vea —escupe Victoria haciendo reír a Micaela.

—Ahora en serio, creo que lo primero que debes hacer es pedirle explicaciones a él incluso antes que a tu hijo. Javier es el que está casado y lleva una doble vida ahora mismo, como has dicho, Dani es solo un crío y es muy fácil que se haya sentido embaucado por Javier, tiene don de gentes, es agradable y también atractivo.

—Tienes razón, primero hablaré con él y después veré qué hago —decide Victoria.

Las dos se miran y sonríen tontamente.

—Quizá deberías esperar a mañana, ahora estás en caliente y no es bueno enfrentarse así a situaciones importantes como esta —dice Micaela y hasta ella se sorprende por la madurez de sus palabras.

—Lo sé —Victoria le coge una mano y se la besa como había hecho tantas veces en la casa de Vinuesa.

—¿Quieres quedarte aquí hoy? —pregunta Micaela.

La escritora toledana no tarda ni una décima de segundo en responder.

—Me encantaría. ¿Qué tal ha ido el vermut con tus padres? —se interesa Victoria.

—Pues sorprendentemente bien —explica Micaela, acomodándose junto a ella—. Me han llamado esta mañana a primera hora diciendo que estaban aquí en la capital. La verdad es que me ha sorprendido después de cómo terminó nuestra última comida, pero han insistido en que nos viéramos y, cuando he llegado, me han pedido perdón.

—¿De verdad? —pregunta Victoria emocionada por Micaela.

—Sí. Dicen que estuvieron reflexionando mucho sobre nuestra última conversación y que se han dado cuenta de que debo ser yo quien decida lo que debo hacer con mi vida. Sigue sin entusiasmarles que escriba romance erótico, pero creo que es un paso saber que, a partir de ahora, no me van a atacar cada vez que nos veamos.

—Claro que sí —Victoria la abraza y le da un beso en la mejilla—. Ya verás como poco a poco lo van asimilando, ya han dado el primer paso, ahora solo necesitan un poco de tiempo.

## CAPÍTULO 28

Victoria se estira como una gata sobre la inmensa cama, ha dormido del tirón y se siente muy descansada, pero abre los ojos de golpe situándose en el lugar en el que está. Ha pasado la noche en casa de Micaela y el corazón se le acelera al recordar la manera tan cariñosa en que la escritora de apellidos italianos la consoló la tarde anterior. Se gira despacio para comprobar que está sola en la cama y, de inmediato, mil recuerdos diferentes de lo que ocurrió se le vienen a la cabeza. Se debate en si salir de la habitación a hurtadillas y marcharse o, por el contrario, comportarse como la mujer adulta que es y actuar con normalidad, pero las dudas le asaltan sin verlas venir y de inmediato cree que Micaela la ha dejado sola en su propia casa con tal de no lidiar con la situación que ambas saben que existe, pero no se atreven a mencionar.

Salta de la cama entre rabiosa e indignada, presa de esa inseguridad que le genera lo que siente por Micaela. Entra al cuarto de baño que es el triple de grande que el suyo y se asea para vestirse y salir de allí lo antes posible. Baja la escalera con pisadas fuertes y en un segundo todo ese rencor que ha sentido al imaginarse un drama, desaparece. Micaela está en la cocina, ataviada solo con una camiseta de tirantes y unas bragas que dejan ver ese trasero que a Victoria tanto le gusta.

Micaela la siente bajar y se gira con una sonrisa en los labios que hace que a Victoria le tiemble el corazón y la entrepierna.

—Buenos días —saluda la más joven de las dos.

Victoria siente tal latigazo que se estremece y tiene que apartar la mirada encendida como las brasas de una chimenea. Micaela tiene los pezones tan marcados que la tela amenaza con ceder.

—Hola —balbucea la escritora toledana a la vez que termina de bajar los últimos escalones.

—Toma —Micaela estira el brazo para ofrecerle un café con leche exactamente como a Victoria le encanta.

Sus miradas conectan y se evidencia la complicidad aplastante que hay entre las dos, esa que se formó unos días después de que ambas empezaran a compartir techo en Vinuesa.

—¿A qué hora te has levantado? Lo normal es que sea yo la madrugadora —pregunta Victoria desviando la mirada a cualquier punto de la cocina.

—Aquí soy la anfitriona. Sé que te levantas muy pronto y además con un hambre voraz —responde Micaela, intentando no proyectar que siente que, en cualquier momento, caerá desplomada al suelo, víctima de una arritmia cardiaca.

—Ya —es la parca respuesta que suelta Victoria.

Entre esos cuatro muros el silencio las devora. Victoria se ha quedado totalmente muda porque comprende, sin temor a equivocarse, que se ha enamorado de esa chica prepotente que antes no podía ni ver y que ahora la hace sentir como una joven viviendo sus primeros amoríos.

—Creo que tenemos que hablar, Victoria —Micaela es la que rompe el pesado silencio al ver que su compañera es incapaz de emitir sonido alguno.

A Victoria le estalla el pecho y siente mucho miedo ante esa conversación, de nuevo, la inseguridad vuelve con fuerza. Bien sabe que tienen que hablar, pero ahora mismo no tiene fuerzas para enfrentarse a una verdad que le es casi imposible ocultar.

—En otro momento, Micaela —Victoria la corta antes de que siga hablando y se bebe el café con leche de un solo trago—. Tengo que ir a ver a Javier.

Micaela se queda paralizada, se siente una tonta. La escritora toledana ha vuelto a esa actitud fría, aunque esta vez sí que le parece fingida. En cualquier caso, siente rabia porque cree que Victoria es una cobarde y prefiere huir antes de enfrentar lo que hay entre ellas y tomar una decisión.

—Vamos hablando, y gracias por lo de anoche.

Victoria no da tiempo a que su compañera conteste, se gira hacia el salón, recoge su bolso que está donde lo dejó la noche anterior y sale por la puerta como si la casa estuviera a punto de derrumbarse y los escombros fueran a sepultarla.

Se sube a su coche y da un largo suspiro a la vez que pega la cabeza al volante. Se da golpecitos en la frente mientras se insulta a sí misma por ser una imbécil y una cobarde, pero, ahora mismo, tiene algo que resolver, algo que no la deja pensar con claridad. Coge su móvil y observa que tiene varios mensajes, pero solo dos de ellos llaman su atención y la ponen muy nerviosa. Su hijo le ha escrito preguntándole si había ido a su casa, porque ha encontrado su cama hecha de esa manera tan peculiar que ya conoce. Horas después, Daniel le confirma que su compañero le ha contado de su visita y le pregunta el motivo por el cual no lo esperó a que saliera de la ducha.

Contesta lo primero que se le ocurre, le dice que tuvo que atender un asunto con urgencia y que luego lo llama. Sabe que esa excusa no cuela, Victoria no es de esas, pero tiene que llamar a Javier y después se ocupará del resto.

—Javier, necesito hablar contigo —suelta en un tono tan seco como la arena del desierto cuando el editor contesta la llamada al segundo timbrado.

—Claro, cariño. ¿Pasa algo? —se preocupa el editor.

—¿Dónde nos vemos? —lo corta abrupta.

—Pues en mi casa si quieres, estoy solo.

—Voy para allá —responde la escritora y cuelga la llamada con gesto rabioso.

—¿Me puedes explicar a qué coño estás jugando, Javier?

Victoria entra como un huracán en casa del editor y sin ni siquiera saludar.

—¿De qué estás hablando, Vicky? —Javier se dirige hacia el sofá entre impactado y asustado al ver a su amiga en ese estado.

—No te hagas el gilipollas —lo señala Victoria, que cuando se trata de su hijo, pierde todas las formas—, has embaucado a Daniel. ¿Desde cuándo te acuestas con él?

Javier palidece y se siente tan mareado que tiene que apoyar ambas manos a cada lado para no caerse. No tiene ni idea de cómo se ha enterado Victoria. Es cierto que lleva casi dos días sin hablar con Daniel, el chico ha estado metido de cabeza en la biblioteca y él en su casa, con su marido que no había podido ir al hospital por un virus estomacal que lo retuvo en cama, hasta hoy que se ha encontrado mejor y se ha ido a visitar a sus padres.

—Cálmate, Vicky, no es lo que crees —responde Javier con la frente perlada de sudor.

—No me llames así. Vicky solo me llaman mis amigos y tú estás muy lejos de serlo. Mis amigos no van por la vida seduciendo a mi hijo.

—En serio, no es lo que piensas. Siéntate y te lo explico todo —Javier intenta mediar



con Victoria y calmarse él mismo. Si no consigue controlar su respiración, sabe que sufrirá un ataque de ansiedad.

Victoria clava sus ojos en el editor de una manera indescifrable. Javier, que lleva una eternidad a su lado, jamás ha visto esa mirada en la escritora. El hombre suspira cuando Victoria se sienta a su lado en el sofá, así que se levanta, coge dos botellas de agua de la nevera y le entrega una a Victoria antes de sentarse de nuevo.

Javier abre la botella y bebe la mitad del contenido de un trago. Tiene la garganta tan seca que parece que acaba de salir del CrossFit.

—Estoy esperando, Javier —Victoria vuelve al ataque al ver que él no habla.

—Estoy enamorado de Dani —responde el editor y empieza a morderse la piel del dedo gordo de la mano derecha.

Silencio. A Victoria los ojos están a punto de saltarle de sus cuencas.

—No lo vi venir, Victoria —continúa Javier—, empezó como un tonto sin importancia. Tú sabes que mi matrimonio está acabado desde hace mucho tiempo. Mi marido va detrás del culo de todos los residentes del hospital y se piensa que yo no lo sé.

Como Victoria sigue con la lengua devorada por los ratones, Javier aprovecha para contárselo todo y liberarse de ese peso que lo estaba matando. Le cuenta que Daniel y él coincidieron una noche por el barrio de Chueca en un bar de copas. Hasta el momento, solo habían tenido contacto para los trabajos esporádicos que el editor le daba, pero esa noche tuvieron oportunidad de conocerse mejor. Salieron del estruendoso local y se fueron a una cafetería más acogedora en la que se pasaron horas hablando. Daniel le confesó que no estaba interesado en los chicos de su edad porque todos les parecían vacíos e inmaduros.

—A partir de ese día empezamos a quedar alguna vez, para comer o tomar un café. Como amigos. Al principio sentía que lo estaba ayudando, ya sabes, una marica vieja corrida en siete plazas guiando a un chico joven que apenas entra al ambiente — cuenta Javier.

A pesar de la rabia que siente, Victoria tiene que contener la risa ante el comentario de Javier.

—Claro, qué bien te lo montaste para aprovecharte de él —escupe la escritora con rencor de madre herida.

—Te equivocas —la corrige Javier, ahora menos nervioso—, es verdad que empecé a sentirme muy bien con él. Hace años que me siento solo, su compañía me hace sentir renovado.

—Entonces, ¿cuándo fue que saltaste de esa amistad a la cama? Porque yo no me voy acostando con mis amigos, y mucho menos con sus hijos porque me siento sola —dispara Victoria un dardo envenenado.

—No seas tan brusca —contesta Javier—, lo de Dani y yo es otra cosa. No se trata de sexo. Nos hemos enamorado y el que sale perdiendo aquí soy yo. Me voy a separar, es un hecho, no puedo seguir al lado de un hombre que se acuesta con medio Madrid, lleva a sus amantes a nuestra casa de verano y a mí me ve como un florero que estorba en el medio del salón.

—¿Y por qué dices que llevas la de perder? Si te separas, eres libre de hacer lo que quieras.

—Daniel fue quien puso las normas desde un principio. No le importaba que yo estuviera casado porque, al fin y al cabo, él iba a seguir experimentando, conociendo a otros hombres. No dudo que me quiera, porque sí, me quiere, pero es un chaval que quiere vivir.

Yo estoy enamorado hasta los huesos y si quiero seguir con él, tengo que respetar su estilo de vida.

Por un momento, Victoria siente compasión por Javier. Daniel es un chico, además de inteligente, muy atractivo, y no quiere ni pensar en cuántos hombres puedan ir detrás de él. Pero de inmediato se recompone, sea como sea, siente que su amigo la ha traicionado.

—Eso no explica que hayas pasado por alto nuestra amistad, Javier, lo que has hecho, no está bien —le recrimina Victoria.

—Lo sé, créeme. Llevo meses intentando dejarlo, pero no puedo. Lo quiero, Victoria, y ahora mismo se me caería el mundo sin él. Daniel también tiene un miedo atroz de que te enteres de lo nuestro, esto —Javier hace un movimiento con ambas manos—, es lo que quería evitar. Que te volvieras loca y quisieras venir a matarme.

—Merecido lo tienes.

—Merecido lo tengo —confirma Javier las palabras de Victoria. Sabe que la escritora tiene razón.

—No se lo he contado a Santi porque sabes lo que va a pasar.

Javier vuelve a palidecer. Santi no será el padre del año, pero adora a su hijo y sabe que, como poco, le rompería la cara al editor.

—Dame tiempo, Victoria. No hables ni con tu hijo ni con Santi, déjame hablar con Dani y te prometo que llegaremos a una solución. No elegimos a quien queremos, pero el destino es caprichoso y a veces nos enamoramos de quien menos esperamos sin poder evitarlo.

Victoria siente una punzada en el pecho y piensa en Micaela, en su sonrisa y como poco a poco esa prepotente se le fue metiendo en el corazón. Intenta no pensar en ella y se centra en Javier, su hijo está por encima de todo.

La escritora lo mira seria, se levanta a la vez que coge su bolso de la mesa y se gira para marcharse, pero antes suelta una última frase que deja a Javier clavado en el sitio.

—Como le hagas daño a mi hijo, te juro que te corto los huevos, Javier.

## CAPÍTULO 29

Desde que Victoria tuvo esa conversación con Javier, ha pasado una semana. Salió de su casa sin tener claro si hacía lo correcto dándole ese tiempo que el editor le había pedido. La mente de la escritora era un hervidero de dudas y confusión, y solo tenía ganas de llegar a su casa y refugiarse en ella con la esperanza de que su mente le diera una tregua para saber cómo actuar, tanto con el tema de su hijo, como con el de Micaela.

Esa noche apenas logró descansar y se levantó decidida a llamar a Santiago y explicarle lo que pasaba, es el padre de su hijo y tiene tanto derecho como ella a saber lo que pasa con su vida. Si encontraba las palabras adecuadas, estaba convencida de que podría controlar ese estallido principal de su exmarido y lograr que no fuera directo a buscar a Javier para arrancarle la cabeza, pero no le hizo falta, porque esa misma mañana, cuando apenas llevaba media hora levantada, alguien llamó a su puerta.

Victoria se quedó muda cuando vio a su hijo Daniel plantado frente a ella, nervioso y ligeramente avergonzado por todo lo que había pasado.

—Hola, mamá —la saludó sin atreverse a dar un paso hacia ella.

La escritora lo cogió de un brazo y lo abrazó con tanta fuerza que Daniel se puso rojo por la asfixia. Victoria sirvió café para los dos, sacó las galletas favoritas de su hijo y los dos se sentaron a la mesa del comedor.

—Javier vino a verme ayer —arrancó Dani armándose de valor—, no sé cómo no caí en que, si habías entrado en mi habitación, habrías visto las fotos —añadió sacudiendo la cabeza, sintiéndose estúpido.

Victoria no dijo nada, prefería dejar que fuese él el que hablase a su ritmo y le contase las cosas sin sentirse presionado por la inquietud de su madre.

—No te enfades con Javier, por favor, la decisión fue de los dos.

Daniel habló con tanta madurez que Victoria se quedó paralizada. Su hijo le explicó exactamente lo mismo que el editor, que sentía cosas por él que cada vez eran más fuertes y que, al mismo tiempo, necesitaba probar otras experiencias y conocer a más gente.

—Pero Javier está casado y te dobla la edad, hijo —habló por fin Victoria.

—Se va a divorciar, eso lo sabes tú tan bien como yo, y lo de la edad a mí no me importa. Como te he dicho, no me cierro a conocer a otras personas porque Javier ya ha tenido muchas experiencias y yo solo he sentido cosas por él, pero cada vez que conozco a un chico más cercano a mi edad, tengo más claro que me gustan más mayores.

La conversación se alargó durante más de dos horas en las que, al final, Victoria se quedó tranquila tras comprobar que su hijo era muy consciente de lo que hacía y que no se había visto obligado a nada, incluso, sintió lástima por Javier otra vez al darse cuenta de que era cierto; su amigo estaba enamorado de su hijo, tanto, que estaba dispuesto a aceptar que él estuviera con otras personas mientras lo necesitase.

Cuando Daniel se marchó, Victoria lo llamó y le dijo que no iba a entrometerse, y tampoco a contárselo a Santiago mientras no fuese algo oficial. Javier se lo agradeció al borde del llanto y le pidió perdón por no haberse atrevido a contárselo antes.

—Te perdono si me invitas a comer en el restaurante de la última vez —soltó

Victoria.

—Qué perra eres —añadió Javier y colgaron con la sensación de que todo volvía a ser como antes entre ellos.

Ahora Victoria da vueltas por su cocina como una leona enjaulada. Siente que la cabeza le puede estallar de un momento a otro, sabe que tiene una conversación pendiente con Micaela, pero le da tanto miedo que nunca encuentra la determinación para enfrentarse a ello. Siempre piensa en esa manera tan cobarde que tuvo de salir huyendo de su casa y siente vergüenza de sí misma. Se excusó en el problema que tenía con el editor para salir corriendo, pero ese problema quedó solucionado hace unos días y ella sigue ahí, refugiada en su casa de Toledo como si en el fondo esperase que fuese Micaela la que llamase a su puerta.

Consciente de que eso no va a suceder y, a punto de que le entre un ataque de ansiedad, se arma de valor y busca su número para llamarla y pedirle de verse para hablar de lo que pasa entre ellas, pero justo cuando está a punto de darle al icono de llamada, le salta una notificación de Twitter que le indica que Micaela ha hecho una nueva publicación.

Muerta de curiosidad, Victoria abre la notificación y el corazón se le detiene cuando ve que la publicación no es otra cosa que una fotografía de Micaela en compañía de otra mujer. Las dos están tan juntas, que a Victoria no le cabe duda de que es otro de sus ligues.

—Zorra —masculla iracunda, devorada por los celos.

Victoria se alegra de haberse reconciliado con Javier, porque en ese momento, necesita desahogarse y, al día siguiente de su llamada, cuando quedaron para comer, la escritora le contó todo lo que había sucedido con Micaela y lo confundida que se sentía por todos los sentimientos que había desarrollado hacia ella. Así que, ahora, en lugar de llamar a Micaela, llama al editor para despotricar toda esa rabia que acaba de sentir.

—¿Has visto su Twitter? —escupe sin ni siquiera saludar.

Javier no necesita mucho para adivinar que le está hablando de Micaela, además, él también lo ha visto.

—Sí, acabo de verlo —confirma tranquilo.

—¿Y no tienes nada qué decir? —pregunta mientras camina por su comedor como una histérica.

—Bueno, yo...

Javier no puede continuar porque Victoria lo interrumpe.

—Está claro que ella no siente lo mismo, porque ya ves lo que tarda en liarse con otra de sus conquistas.

Victoria comienza a despotricar con tanta intensidad, que Javier no entiende la mitad de lo que le dice.

—A ver, Vicky, para un momento —le pide y Victoria se deja caer en el sofá, terriblemente agotada de su propia verborrea.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Creo que no tienes derecho a enfadarte —dice y ella abre los ojos como platos—, esto que está pasando, en mi opinión, es culpa tuya.

—Perdona, ¿qué has dicho? —pregunta incrédula.

—Ya me has escuchado. Según tú, Micaela ha tratado de hablar contigo y tú escurriste el bulto de un modo que, permíteme decirte, fue bastante cobarde.

Victoria balbucea algo que ni ella misma entiende, así que guarda silencio y sigue escuchando al editor.

—Estás jugando con fuego alargando tanto esto. Si no mueves ficha con Micaela, la vas a perder, y los dos sabemos que no quieres que eso pase —remata su amigo y a ella el corazón le da tres saltos cuando comprende que tiene razón, aunque le da mucho coraje tener que admitirlo.

—Sí, quizá debería... —empieza a decir y se queda pensativa, se ha vuelto a bloquear y ya no sabe cómo abordar el tema.

—Mañana tenéis la primera entrevista juntas —le recuerda el editor—, aprovecha para hablar con ella.

—Ya, pero esa mujer de la foto —Victoria la recuerda y echa fuego por los ojos.

—Olvida a la mujer, ya sabes que a Micaela los ligues no le duran más de un día, además, creo que está claro que te quiere a ti, la culpa es tuya por ignorarla.

—Deja de decir que es culpa mía —dice y se levanta.

—Lo haré cuando te comportes como una mujer adulta.

—Está bien, mañana hablaré con ella —decide la escritora y se despide de su amigo.

## CAPÍTULO 30

Victoria llega a la editorial —lugar donde se llevará a cabo la entrevista— diez minutos antes de que empiece. Está tranquila cuando entra, ha estado pensando durante toda la noche, dándole vueltas a todo lo que va a decirle a Micaela, y cree tenerlo tan claro, que está segura de que todo saldrá como ella espera.

Va directa hacia el despacho de Javier, se saludan y él la acompaña hasta la sala donde se celebrará la entrevista.

—Estoy cerrando fechas con muchas librerías para la gira de presentación —dice él mientras caminan.

Victoria asiente y le sonrío, no es capaz de compartir ese entusiasmo de su amigo porque, como algo salga mal entre ella y Micaela, esa gira puede convertirse en un infierno.

—Es en esta sala —dice Javier y asoma la cabeza.

Comprueba que el entrevistador acaba de llegar y se está preparando, así que ellos esperan fuera a que llegue Micaela.

La escritora de apellidos italianos no siente esa tranquilidad con la que ha llegado Victoria. Desde ayer por la tarde, conforme comenzaron a pasar las horas, empezó a sentirse muy ansiosa. La sola idea de ver a la escritora toledana hace que el corazón le dé saltos por el pecho, y eso le provoca mucha rabia, porque está muy dolida por el comportamiento frío y esquivo de Victoria. Con el miedo de sentirse débil en su presencia, les ha pedido a sus dos amigas que la acompañen, eso le dará fuerzas para no derrumbarse delante de la escritora y tratar de no mostrar lo mucho que le afecta su rechazo.

Javier le está explicando a Victoria que ya ha hablado con su marido del divorcio y que este no está muy de acuerdo, eso la inquieta, porque teme que Daniel se vea involucrado en medio de esa batalla o que le salpique de algún modo.

—Javier...

—Tranquila —dice él adivinando lo que la perturba—. Arturo no sabe nada de Daniel, yo jamás permitiría que mis problemas personales le afecten a él —la tranquiliza.

—Te lo agradezco —Victoria le coloca una mano sobre el brazo y le sonrío, pero la sonrisa le dura muy poco en los labios.

Todo su cuerpo se tensa cuando ve aparecer por el pasillo a Micaela acompañada de dos mujeres, de las cuales, una de ellas es la que salía en la foto que ayer subió a Twitter.

—No me lo puedo creer —masculla entre dientes.

El editor se percata de la escena y tiene que esforzarse mucho para que Victoria no monte un número delante del entrevistador.

—Relájate, cariño, seguro que solo son amigas —dice poniéndose en pie para recibir a Micaela.

Javier está buscando una manera de rebajar esa tensión entre ellas cuando el entrevistador aparece justo en el momento oportuno y lo salva del caos.

—Cuando quieran, empezamos.

Las dos escritoras se miran y se dedican un saludo con la cabeza antes de acceder al interior de la sala, dejando a Javier y a las amigas de Micaela en el pasillo.

A Victoria le resulta muy difícil concentrarse durante la entrevista, tarda en responder cuando se le pregunta de manera directa y deja que sea Micaela la que habla cuando se dirigen a las dos. En su mente solo está una de las mujeres que esperan a la escritora de apellidos italianos en el pasillo, se las imagina juntas y los celos le recorren el cuerpo del mismo modo que aquel día en Vinuesa, cuando llegó de comer de su hijo y sorprendió a la escritora con una de sus amantes.

—¿Podemos hacer una pausa? —pregunta Micaela de repente—, necesito ir al baño.

—Sí, claro, por supuesto —responde el entrevistador ante la mirada aturdida de Victoria.

No es que Micaela necesite vaciar la vejiga, es que está tan nerviosa al estar tan cerca de Victoria, que no deja de sudar y se siente muy incómoda. Se levanta y abandona la sala ahuecándose la camisa, dispuesta a refrescarse y a mojarse un poco el cuello para ver si se le pasa un poco ese agobio que tiene.

Victoria ni siquiera piensa, en cuanto la ve salir, se levanta de un salto y la sigue, pasando por delante del editor, que las mira con cara de susto cuando se da cuenta de que van a estar a solas en el mismo espacio.

—Qué Dios nos asista —dice y se santigua.

Ignacia y Valeria se miran entre ellas, la primera, tan asustada como el editor, la segunda, lamentando no poder presenciar la escena.

—Pensaba que teníamos una conversación pendiente —dispara Victoria en cuanto entra en el baño, cuando todavía no se ha cerrado la puerta después de haber entrado Micaela.

La escritora madrileña se gira con el corazón desbocado, caminaba tan obcecada con su cometido, que no se ha dado cuenta de que Victoria la seguía. Tarda unos segundos en reaccionar, pero se recompone y permite que su dignidad salga en su defensa.

—Dijiste que tenías que solucionar primero lo de Javier y te di tiempo, pero ya ha pasado una semana, Victoria —dice muy serena—, y no has sido capaz ni de enviarme un mensaje, así que entiendo que no tienes ningún interés en que entre tú y yo haya nada más, así que, si me disculpas, no tengo nada más que hablar contigo.

Micaela olvida el motivo que la ha llevado al baño y trata de salir de él esquivando a Victoria, pero esta, lejos de apartarse, le bloquea el paso con su cuerpo, la coge por las solapas de la camisa y la besa con todas las ganas que ha estado reprimiendo durante todos estos días.

La más joven de las escritoras no opone resistencia y sigue ese beso con la misma intensidad que lo está recibiendo hasta que apenas pueden respirar.

—Pues estoy muy interesada —declara Victoria tras romper el beso, mirando fijamente a Micaela, a quien el corazón le late tan deprisa, que se siente un poco mareada—, así que ya no hace falta que traigas a tus ligues a las entrevistas —remata con soberbia.

—No son mis ligues, son mis amigas —revela Micaela con media sonrisa burlona—, y Javier tenía razón —añade generando en Victoria una intriga descomunal.

—¿Razón en qué? —pregunta ceñuda, trastornada por esa sonrisa de Micaela.

—En que, subiendo esa foto a Twitter, te haría reaccionar.

Los ojos de Victoria se abren casi tanto como su boca cuando se da cuenta de que su amigo y Micaela han hablado a sus espaldas y confabulado para elaborar un plan donde ella era el objetivo principal.

—Será cabrón —dice y termina sonriendo.

—Se lleva mucha pasta gracias a nosotras, hay que exprimirlo al máximo —le guiña un ojo Micaela.

Victoria asiente y vuelve a darle un beso.

—¿Acabamos la entrevista y nos vamos a tu casa para hablar? —propone la escritora toledana.

Micaela asiente y aspira una gran bocanada de aire que después suelta muy despacio, vaciándose de esa ansiedad que sentía hasta hace unos minutos.



## CAPÍTULO 31

—No la cagues, Vicky —la amenaza Javier con el dedo—, Micaela no te dará más oportunidades.

La entrevista a las escritoras termina fluyendo mejor de lo esperado. Tanto Javier como el entrevistador han acabado satisfechos. Tras la pausa, las dos mujeres se han compenetrado a la perfección y han explicado el proceso de escritura del libro que promete ser un número uno en ventas. El periodista se ha interesado por conocer cómo era el día a día de ellas encerradas en ese pueblo remoto y, Javier, a pesar de que intuía que se habían reconciliado, ha palidecido y las dos han sonreído con disimulo, revelando que tienen una muy buena relación entre ellas.

—Mantente firme, Micaela. Si necesitas algo, me llamas que enseguida voy para allá —le dice Valeria mientras pone su móvil —que eternamente está en silencio— en sonido, después de que la escritora les haya explicado lo sucedido en el baño—. Esta vez no me va a temblar el pulso para ponerla en su sitio.

Ignacia abraza a la escritora de apellidos italianos mientras que Valeria echa miradas amenazantes a Victoria. Las tres amigas se despiden y Micaela se une a su compañera y al editor, al que la escritora toledana también ha puesto al día sobre su conversación con Micaela en el baño.

—La entrevista ha sido fantástica, chicas. Aunque os mantendré informadas, os paso la agenda por correo para que la tengáis a mano —el editor las mira fijamente—, y por el amor de Dios, resolved esta tensión sexual de una vez.

Los tres estallan en una carcajada tan fuerte que una de las secretarias de la editorial que pasaba en ese momento por ahí, y a la que apenas le queda un año para jubilarse, se lleva la mano al pecho casi infartada por el susto.

Victoria y Micaela se despiden de Javier y salen en busca del coche de la mayor de las dos. Ambas están tan nerviosas que no pueden ni sostenerse la mirada. Parecen unas adolescentes que han hecho pellas y van de camino a su primera cita con el miedo en el cuerpo a ser descubiertas.

—¿Estás bien? Pareces acalorada —pregunta Victoria al ver que Micaela está roja y no para de abanicarse.

—No es nada —miente la escritora porno, ni harta de vino confiesa que la situación la tiene de los nervios—. Las primeras entrevistas me agitan un poco.

Victoria no se da por satisfecha con esa respuesta rebuscada, pero intuye lo que le pasa a su compañera; lo mismo que a ella. Por eso le sonríe con ternura y da marcha atrás con el coche para salir del parking.

—Vaya, qué suerte. Es la segunda vez que vengo y vuelvo a encontrar sitio para aparcar justo frente a tu casa —habla Victoria maniobrando con el coche. Ha soltado ese comentario para intentar que Micaela se relaje. Ha ido todo el camino tiesa como un palo. Es la primera vez que la ve así.

—Esta calle es un desastre, pocas veces hay sitio porque la gente aparca fatal —dice Micaela y se baja del coche para buscar las llaves de su casa en el bolso absurdamente

grande que ha elegido llevar hoy.

Ambas se encaminan a la puerta principal, Micaela mete la llave en la cerradura y abre la puerta, se hace a un lado e invita a su compañera a entrar. Lo que pasa a continuación es una repetición casi exacta de la última vez que estuvieron allí, con la única diferencia que esta vez, es Victoria la que se lleva por delante a Micaela con su cuerpo. La escritora toledana sabe que, si no hace algo para relajarla, la conversación no fluirá como ella quiere.

Micaela tarda en reaccionar unas décimas de segundo, pero cuando lo hace, despierta de ese letargo en el que parecía estar sumida desde que salieron de la editorial. Lleva a Victoria hasta la mesa del comedor mientras se comen la boca como dos animales hambrientos. Micaela se posiciona detrás de la toledana al mismo tiempo que le besa la nuca y, con destreza, le desabotona el pantalón para bajarlo hasta las rodillas.

—¿Esto es lo que buscas? —pregunta la escritora revelación mientras aparta el tanga de Victoria a un lado y acaricia toda su zona íntima lentamente.

Micaela sonrío al escuchar un gemido desgarrado salir de la garganta de su compañera. No titubea, se mete dos dedos en la boca para empaparlos en saliva y de inmediato los introduce en el sexo de la escritora toledana.

Ambas acaban sobre la carísima alfombra italiana con el corazón latiendo a la velocidad de un tren. Se giran y conectan miradas a la vez que sonrían cómodas y bastante más relajadas.

—¿Qué te parece si nos damos una ducha y vamos al sofá para hablar? —pregunta Micaela disfrutando de los últimos coletazos de pasión.

—¿Con una copa de vino? —pregunta Victoria pegándose más al cuerpo de su compañera.

—Las que quieras, ahora vamos, que estoy que doy asco.

Esta vez Micaela es la más adulta, tiene que pararle los pies a Victoria en la ducha para que deje de tocarla. La escritora toledana no se reconoce, siempre ha disfrutado el sexo, pero con Micaela, se le va de las manos. Puede pasarse horas disfrutando de ella en la cama y parece que nunca tiene suficiente.

Se visten con un par de pijamas de Micaela y pasan por la cocina para coger esa botella de vino que tanto les gusta a las dos.

—¿Me vas a contar ese plan a traición entre Javier y tú? —pregunta Victoria tras dar un buen trago a su copa.

—Estaba desesperada —confiesa Micaela—, y rabiosa. Sabía que querías estar conmigo y algo te retenía a dar el paso. Pero como no me hablabas, no sabía a qué me enfrentaba.

Micaela le explica cómo surgió la idea de la foto para llamar su atención, Javier le aseguró que funcionaría y ella lanzó el anzuelo sin pensarlo.

—Sois unos cabrones, pero sí, me porté como una imbécil y preferí huir. Tenía miedo, no sabía cómo manejar esto.

—¿Y qué es esto? —Micaela quiere acorrallar a Victoria para que se suelte y sea sincera con ella.

—No sé cómo llamarlo, pero no puedo dejar de pensar en ti. Te echo de menos por las noches y, aunque no pares quieta y me despiertes, me he acostumbrado a sentir tu respiración en mi cuello mientras duermes. Nunca me había sentido así por una mujer que, además, no era santo de mi devoción.

Micaela sonríe, no es la declaración de amor más bonita que le han hecho, sin embargo, para ella es perfecta. No busca una relación idílica con Victoria, solo quiere cariño y respeto. Un viaje de complicidad juntas, una compañera de vida.

Se pega más al cuerpo de la escritora toledana y le acaricia la mejilla.

—Yo quiero intentarlo contigo, Victoria. A mí me gustas mucho y aunque seas la persona más pedante que conozco —Micaela se ríe y esquiva el manotazo de Victoria—, me siento bien a tu lado. Además, hacemos buen par, como escritoras lo vamos a petar y quién sabe si como pareja también.

De repente, Victoria deja de escuchar a Micaela porque por su mente desfilan todas las conquistas de la escritora porno, las filas interminables de mujeres locas por un autógrafo y, si corrían con suerte, un polvo. Los celos de la toledana vuelven con mucha fuerza, cuando se trata de Micaela, le cuesta controlarlos. Entiende que tiene un miedo enorme al pensar que pueda perderla.

—¿Y qué pasa con las pelandruscas que van detrás de ti? No pretendas que te acepte las tonterías a las que te dedicabas en las firmas —suelta Victoria con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Vaya, vaya, pero si tenemos a una leona de safari por aquí —intenta bromear Micaela, pero al ver que Victoria sigue enfurruñada, se sienta recta y habla con seriedad—. Eso lo hacía cuando estaba soltera, ahora estamos juntas o por lo menos vamos a intentarlo. No me interesa otra mujer. ¿Y tú?, ¿el tío ese que te follabas?

—¿Vicente?

—¿Es que acaso hay otro?

—No —responde Victoria—, hace tiempo que solo me veo con él, pero lo nuestro era solo sexo. No te preocupes por Vicente, entre nosotros había un acuerdo de que, si conocíamos a alguien, lo nuestro se acabaría sin dar explicaciones.

—Por mí, eso es suficiente. Entonces, ¿estás de acuerdo con todo lo que hemos hablado? —pregunta la escritora de apellidos italianos moviendo la pierna izquierda con impaciencia.

—Sí, completamente de acuerdo.

—Pues, Victoria Rivas, ve quitándote toda esa ropa que te estorba, te voy a follar hasta que no puedas más. Vamos a celebrar que dos escritoras de puta madre comienzan hoy su aventura juntas.

# EPÍLOGO

Tres meses después

Micaela deja el bolígrafo con el que está firmando libros y sacude la mano para liberar la tensión de los músculos. Ella y Victoria se encuentran en la habitación de un hotel, sentadas frente al mismo escritorio mientras firman las trescientas copias que el editor ha hecho llevar hasta allí para, posteriormente, enviarlas a algunas librerías en el extranjero.

La gira de presentación comenzó hace dos semanas y las dos escritoras no han parado de viajar desde entonces por distintas ciudades españolas. Ahora, en concreto, están en Granada, y quieren dejar firmados todos los ejemplares porque al día siguiente tienen la mañana libre y han planeado ir a visitar el pueblo de Monachil y recorrer la famosa ruta de los Cahorros.

—¿Estás bien? —pregunta Victoria, que también deja su bolígrafo y aprovecha para estirar la espalda.

Micaela, sin ser consciente de ello, vacía los pulmones con un deje de ansiedad y asiente.

—Me duele un poco la mano —dice y le sonrío.

—Y estás nerviosa —afirma Victoria levantándose de su silla para situarse detrás de Micaela.

La relación entre las dos funciona mucho mejor de lo que hubieran esperado, aquella misma complicidad que se forjó entre las paredes de la casa de Vinuesa, se ha trasladado también a sus vidas fuera de ella. Además, Victoria ya se ha ganado la confianza de Ignacia y Valeria y Micaela está tan pendiente de Daniel como su propia madre.

—No estoy nerviosa —responde Micaela aferrándose a esas manos que Victoria, situada a su espalda, le ha puesto primero en los hombros y ahora sobre la clavícula.

—Sí que lo estás —insiste la escritora toledana, que en estos meses ha aprendido a reconocer los síntomas de Micaela mejor de lo que lo hace ella misma.

Micaela sonrío y se le vuelve a escapar otro de esos suspiros.

—Bueno, puede que un poco —reconoce y le besa los dedos de una mano.

—¿Por qué?

Primero encoge los hombros, pero después responde.

—Porque ya se ha filtrado lo de que estamos juntas y que Javier le dé tanto bombo, me agobia, desde que lo saben, nos hacen más preguntas sobre lo que tenemos que sobre el libro.

—Ya conoces a Javier, aprovecha cualquier circunstancia que le sirva para conseguir ventas o publicidad, y reconoce qué, ahora mismo, generamos mucha curiosidad. Pero esto pasará, Mica —Victoria le da un beso en la mejilla, suave y tan cálido, que todo el cuerpo de Micaela se estremece—. Es la novedad, solo hemos de aguantar el chaparrón hasta que termine la gira, después, tú y yo nos iremos de vacaciones a algún sitio donde nadie nos conozca.

—¿De verdad?

Micaela gira la cabeza y mira hacia arriba, buscando la mirada de Victoria.

—¿A dónde iremos? —pregunta ilusionada.

—No sé —Victoria se hace la interesante unos instantes—. Así, a bote pronto y teniendo en cuenta que a las dos nos encanta la playa, ¿qué te parece la Riviera Albanesa?

—¿Lo dices en serio?

Micaela se levanta y abraza con tanto ímpetu a Victoria cuando esta le confirma con la cabeza, que las dos caen sobre la cama entre risas y besos.